

vallas y comiendo en el corral de la granja casera; las cabras de las Highlands habían estado comiendo los tejos en la avenida y envenenándose a sí mismas; los ciervos habían estado derribando las capas de abejas en el césped, y el polvo patentado para engordar a los faisanes había sido extraviado por el viejo Pitblado, que fue comido por los corvos. La famosa ampolla de caballo del teniente James se había aplicado sin efecto a su cazador favorito, Dunearn, y mi viejo amigo Splinterbar se había quedado completamente cojo—¡300 libras fueron para los perros!

Acababa de recibir un aviso de "aumento, modificación y localidad del estipendio (sea lo que sea que signifique todo eso) ante el Tribunal de Tiend," entregado por un — escritor de Edimburgo para el sello, a instancias del ministro parroquial, a quien no le agradaba por ser un sabbatario amargo, y a quien aconsejó en su siguiente sermón explicar cómo "Jeshurun engordó y pateó."

¡Ni una palabra sobre Louisa! Seguí leyendo con creciente impaciencia:—

"Acabo de conseguir mucho de eso que los ingleses llaman mangel-wurzel, compuesto por globos blancos y largos amarillos, para plantar en cintas alrededor de los matorrales donde están los ciervos; son mejores para alimentarse en esta época que los mejores nabos suecos, y para atraer a los ciervos de la cobertura, para una toma tranquila.

"Cora está trabajando todo tipo de edredones, puños y magdalenas para que los lleves en Crimea. Le pedí que escribiera para mí; pero ella se excusó, así que tengo que actuar como mi propia secretaria. No sé qué le ha pasado a la chica últimamente.

"El general Rammerscales, el viejo cazador de tigres gotoso, ha ido a su lugar en el Puente de Allan; y nuestro amigo el diputado, como un verdadero escocés, se echa de lado en sus deberes parlamentarios cuando no puede acceder a un comité que paga, y se cuida especialmente de no estar nunca en la Cámara cuando los intereses escoceses están en juego, salvo que se le interponga cuando el Lord Fiscal tiene algún partido o un asunto privado en mente.

"El viejo Binns y Pitblado te envían su recuerdo. ¿Por qué tu hombre Willie le dio a su padre los dos soberanos que le di a él? El viejo está lo suficientemente bien en su cabaña y vive como el hijo de un rey irlandés. Cazó a un magnífico faisán plateado antes de que el grupo de Chillingham se marchara (¡entonces ya no están!) y Lady Louisa consiguió las alitas para su sombrero de pastel de cerdo.

"Cora parece desear unirse a los Chillingham, que, como tú por supuesto sabes, llevan un mes en su casa cerca de Canterbury. Está de mal humor, pobre chica, y se

va al sur en una semana, cuando quizá la acompañe. Lady Louisa le ha escrito tres veces desde que se fueron. Ella dice que el señor Berkeley les ha estado visitando con frecuencia; pero nunca te menciona. ¿Qué significa eso?"

Me detuve al leer esto, porque ¡encarnaba mucho para reflexionar! Que los Loftus estuvieran en Chillingham Park sin que yo lo supiera no era extraño; tampoco era extraño que, estando tan situados como estábamos, la pobre Louisa no me mencionara en sus cartas a Cora; pero que Berkeley fuera su visitante frecuente, y omitiera mencionarme o ocultarme esa circunstancia, ¡era ciertamente sorprendente!

¡Berkeley! Así que esto explicaba lo que el desorden había comentado: sus frecuentes ausencias de esa agradable junta, de los desfiles y el estado agotado de sus caballos privados. ¿Había algún juego astuto en marcha? En lo que a él respecta, ¿podía dudarlo? Su reserva hacia mí declaraba que sí había; y este juego llevaba un mes jugado, con o sin éxito, ¿cómo iba a aprender? ¡Ja! ¡pensé yo, si supieran de la señorita Auriol, su desafortunada señora! Pero la noble moralidad es a menudo muy opaca—y mi sueldo y expectativas no eran más que licor casero, frente a sus sólidos miles al año.

Me dio pena saber que Cora llegaba tan al sur como Canterbury; por mucho que quisiera y estimara a mi prima, sentía que ahora prefería evitarla. Reanudo la carta.

"¿Cómo va tu aventura con la bella Louisa—eh? Bueno, eso espero; aunque creo que, con Thackeray, 'todo hombre debería estar enamorado unas cuantas veces en su vida y sufrir un ataque fuerte de fiebre. Eres mejor cuando termine.'

"¡Así que por fin vamos a tener hostilidades! Ayer estuve en Edimburgo, respecto al programa de la reunión de primavera en Musselburgh, y escuché la declaración de guerra de Gran Bretaña contra Rusia. Fue proclamado en la cruz del mercado por los heraldos de Rothesay, Albany e Islay, acompañados por los pursuivants de Kintyre, Unicorn y Ormond, todos en sus tabardos, y una fuerte guardia de highlanders, con bayonetas caladas y banderas ondeando. Era una vista pintoresca y pintoresca, que le hizo bien al corazón de tu viejo tío y le hizo pensar; pues las mismas trompetas habían proclamado muchas veces en el mismo lugar la guerra contra Inglaterra en tiempos antiguos."

Así terminó la carta divagante de mi tío, que sin duda me hizo reflexionar también, y con el corazón lleno de repentinas preocupaciones, ansiedad e irritación.

CAPÍTULO XV.

En todo lo que pone a prueba el corazón, cuántos pocos resisten la prueba.

* * * * *

¿Cuál es el peor de los problemas que espera la edad?

¿Qué hace que la arruga sea más profunda en la frente?

Para ver a cada ser querido borrado de la página de la vida,

¿Y estar solo en la tierra como lo estoy ahora?

BYRON.

Si Lady Louisa no me había mencionado en su carta a Cora, sin duda había un motivo secreto y muy válido para la omisión; pero me pareció frío, y ciertamente poco cortés, que la condesa, recién salida de una larga visita en Calderwood, omitiera invitarme a su casa; y que el conde no debería haberme dejado su tarjeta en el cuartel.

¡Así que Cora iba a Chillingham Park! Bueno, en cualquier caso, visitaría a mi prima Cora, si fuera por mostrar mi aprecio por Sir Nigel. Pero saber que Louisa estaba ahora, y lo había estado durante un mes pasado, a pocos kilómetros de mí, y que no la había visto ni sabido de ella, mientras Berkeley era una visitante frecuente en casa de su padre, me llenó de tal mortificación que apenas podía controlar mis emociones en su presencia. Su silencio sobre el tema también aumentó mis sospechas y avivó mi ira contenida; sin embargo, era un asunto sobre el que no tenía derecho a cuestionarle.

La vanidad herida y la autoestima también sellaron mi lengua; y de hecho me desprecié al descubrir que no podía evitar notar su ausencia o su presencia en los aposentos, y sus idas y vueltas de los barracones.

En los viejos tiempos de los duelos —sí, si hubiéramos estado tan circunstanciados hace solo unos diez años, y antes de que así se decidiera que se produjera un cambio en la opinión pública— habría hecho lo que no podía hacer con mi estimado hermano oficial y haber desenmascarado su duplicidad. Podría ser un pretendiente al que no se respondió, aunque Lady Chillingham secundara sus intenciones; pero luego sabía que tenía opiniones sobre Lord Slubber. Sin embargo, Louisa no podía haber cambiado; O, si es así, ¿por qué enviarme la miniatura tan bonita?

En vano me esforcé ocupándome de la economía interior de mi tropa, su gestión y disciplina. En vano intenté matar el tiempo atendiendo de cerca los comedores y el equipo de los hombres, sus libros de pagos, accesorios y caballos, contando los días a medida que pasaban; Pero no llegó ninguna carta. A menudo me ausentaba de los

barracones entre los desfiles, con esa extraña superstición y esperanza que muchas personas tienen, de que si se marchan un tiempo encontrarán la respuesta tan anhelada cuando regresen. Pero salvo las facturas de los comerciantes—misivas que se volvieron más urgentes a medida que se acercaba el rumoreado día de partida—nunca llegaron cercamientos a mí.

Por fin, encontrando la suspense insoportable, una noche—recuerdo que era el final de marzo—Beverley me concedió dos días libres de los desfiles. Monté y tomé el camino por Sittingbourne—una pintoresca ciudad antigua de Kent, que consta de una calle ancha que bordea la carretera, y junto al pueblo de Ospringe, hasta Canterbury, donde me alojé en el Royal Hotel; y, tras hacer que mi caballo se encurralara, lo troté por la carretera de Margate, hasta llegar a la conocida puerta de Chillingham Park.

El refugio —un castillo imitador al estilo Tudor— era bonito y ya estaba cubierto de escaladores verdes; a través de los barrotes de la verja de hierro, coronada por una corona dorada de conde, podía ver la avenida cuidadosamente gravosa que serpenteaba con grandes extensiones entre los imponentes árboles antiguos, bordeada por el liso, aterciopelado césped verde esmeralda, hacia la casa, con un pequeño vistazo del peristilo griego y cuyos muros blancos apenas se veían. Allí residía; y miré con nostalgia la mancha blanca que brillaba bajo el sol entre los tallos retorcidos de sus viejos árboles ancestrales. Al oír un caballo sujeto fuera, el encargado de la cabaña se acercó, llave en mano, y se tocó educadamente el sombrero, como esperando mi placer; pero moví la mano y, con la mejilla sonrojada y el corazón ansioso, dejé caer las riendas de mi agujero sobre su cuello y seguí cabalgando despacio y sin cuidado.

Sin visitas ni invitación, sentí que dejar una tarjeta en Chillingham Park habría sido una intromisión injustificada por las reglas de la buena sociedad—reglas que calurosamente legé a los dioses infernales. Había venido a Canterbury; ¿pero con qué fin?—a menos que me encontrara con Louisa en la carretera o en la ciudad, y esas oportunidades tan deseadas rara vez recaen en los amantes.

Estaba la catedral, donde, sin duda, ella y su familia estarían un domingo, en su banco lujosamente acolchado, acompañado por un alto "Jeames" vestido de lujo, que llevaba una gran Biblia, un cacho nariz y un bastón de cabeza dorada; pero imponerme sobre ella fue un proceso demasiado humilde para mi estado mental de entonces.

Anhelaba con todo mi alma verla, aunque fuera solo por un momento; y sin embargo también anhelaba la ruta hacia Oriente, como alivio de mi tortura actual; Y pronto vendría ahora. Había cierto consuelo en esa convicción.

Las potencias occidentales europeas ya habían declarado la guerra contra Rusia. El día 23 del mes pasado, la brigada de guardias partió de Londres, tras despedirse de la Reina en el Palacio de Buckingham; la flota báltica había zarpado de Spithead; Muchos de nuestros soldados ya estaban embarcados; y la flota francesa hacia el Mar del Norte había zarpado de Brest. Todo ello señalaba preparativos sinceros y rápidos para un prolongado combate; así que me sentí seguro de que nuestros días en Maidstone estaban contados ahora.

No sé cuánto tiempo, o hasta dónde me desvié esa noche, lleno de pensamientos vagos y muy desalentadores—cerca de Margate, desde luego; y el sol se estaba poniendo cuando regresé, manteniéndome cerca de la orilla del mar, y a la vista de las incontables velas blancas y chimeneas humeantes de las embarcaciones que se alzaban hacia afuera o hacia dentro alrededor de las desembocaduras del Támesis y el Medway.

El sol se hundió más allá del horizonte; Pero el crepúsculo era fuerte y claro. El lugar estaba solitario y quieto; y, salvo el roce del mar sobre las rocas de los Reculvers, no se escuchaba ni un sonido en la atmósfera tranquila de la suave tarde primaveral. Estaba allí solo, con mis propios pensamientos como compañía, y me costaba comprender la idea de que el rugido de Londres, con todas sus miríadas mezcladas de la raza humana, estuviera a solo sesenta millas de donde mi caballo mordisqueaba la hierba que crecía junto al camino aislado.

Todo el paisaje era intensamente inglés. Contra el rubor rosado del cielo al atardecer, ese antiguo punto de referencia para los marineros, las Hermanas, como se llaman las dos agujas de la antigua iglesia, se alzaban nítidas y oscuras a una milla de distancia; cerca de mí se extendía un parque inglés, salpicado de madera antigua y fina, un modelo de belleza y fertilidad, el césped del verde más brillante, y cortado con cuidado, como si estuviera rapado con una enorme navaja. El humo del pintoresco y antiguo pueblo sajón se elevaba en el aire quieto, y todo parecía pacífico y tranquilo mientras las sombras de la tarde se profundizaban—silencio como los muertos de los siglos en las tumbas que yacen en el sótano de la antigua iglesia que marca el lugar donde San Agustín—enviado por el Papa Gregorio en la misión de la conversión—puso por primera vez el pie en la orilla sajona; y como si me recordara además que estaba en Inglaterra y no en mi país natal, la campana del toque de queda sonó en el aire tranquilo, dando el "toque de despedida", pues, mientras el poder normando cedía en las orillas del Tweed, el toque de queda es, por supuesto, desconocido en Escocia.

Llevaba un tiempo perdido en un ensueño—cuánto tiempo no lo sé, mientras mi caballo movía la brida y las orejas de vez en cuando ante las moscas del atardecer, y cortaba la hierba que crecía bajo un viejo seto espeso, que bordeaba el camino pedernal y calcarioso—cuando el sonido de voces me despertó; y cerca, un rústico montante de madera, que permitía pasar el seto en cuestión, de repente vi a un hombre y una mujer en una conversación—conversación que no podía llamarse, ya que el primero evidentemente enfrentaba y obstinaba bruscamente el avance del segundo.

En la cima del montón, su figura se distinguía claramente en un contorno oscuro contra el cielo crepuscular.

Parecía joven y guapa, con un elegante sombrerito de terciopelo negro y plumas. Sus pequeñas manos estaban bien enguantadas; Uno sujetaba firmemente su parasol y pañuelo doblado, y el otro sostenía la falda con elegancia mientras intentaba bajar por el montante, mostrando con certeza que se veía una pierna bien redondeada, un tobillo afilado y un pie diminuto, envuelto en una bota de niño a la moda.

Joven y perfectamente femenina, todo su baño estaba acorde con su figura esbelta y elegante; Pero su cara estaba girada hacia mí.

El que la enfrentó era un tipo corpulento, hosco, de ceño escarabajo y de aspecto rudo, como un vendedor de costas, con un sombrero encorvado y roto, que tocaba, medio irónicamente, de vez en cuando; una barba negra de crecimiento de una semana se erizaba en su barbilla; un parche cubría uno de sus ojos descoloridos; Llevaba un gran garrote bajo el brazo, y un bull-terrier feo, con una cabeza enorme y orejas rapadas, le seguía muy cerca. Su mano fue extendida por caridad, y estaba plenamente dispuesto a hacer valer esa buena cualidad.

Alarmada por la aparición del hombre, que bien podría haber pasado por un hermano gemelo de Bill Sykes, la joven se quedó con irresolución en el escalón superior del montante y dijo, tímidamente—

"Permítame pasar, por favor, señor."

"No sin darme un buen nombre, señora; y te digo que no soy ni señor ni señor, sino solo Bill Potkins", gruñó el tipo. "¡Tengo la intención de poner este perro en tus tobillos!"

"Pero te repito que he dejado mi bolso en casa", insistió.

"Lo has dejado en quién te ha quedado; eso es todo gammon, porque te conozco, por todas tus delicadas aires, y también al capitán, por lo que siento. ¿Quieres que diga

su nombre?" preguntó con el ceño fruncido, mientras la observaba de arriba abajo, como buscando algo para arrebatarse o arrebatarse la llave inglesa; pero parecía carente de adornos.

"Sí, efectivamente lo he dejado; pero, por el amor de Dios, permíteme pasar", dijo, débilmente, y luego, reuniendo fuerzas, añadió: "Además, amigo, debes hacerlo."

"Caray; eso es un buen 'un—¿de verdad tengo que hacerlo?"

"Sí, por favor", respondió la joven, llorando.

"Bueno, entonces no lo haré—no hasta que haya revisado tus bolsillos y rebuscado un poco, y eso es todo."

En un instante, sus manos de mala muerte estaban sobre ella; La chica emitió un grito agudo y él un juramento feroz. Espoleé a mi caballo, lo frené con precisión de dragón y, con la punta de mi látigo de montar, asesté al ladrón un golpe que lo hizo rodar en un montón al pie del montón.

Con una terrible maldición, mientras la sangre le corría por la cara, se tambaleó, agachó la cabeza y, al tapar bien los ojos con el sombrero, seguía adelante con un garrote levantado, cuando con destreza le corté "uno" en la cara y hice que mi caballo se encazara para montarlo. Ante esto, él gritó, se abrió paso a la fuerza entre el seto y, al alzar el vuelo, desapareció, con su bull terrier ladrando furiosamente a sus talones.

La joven a la que había salvado con tan oportuno auxilio seguía de pie, pálida y temblorosa, en la cima del montón, indecisa sobre hacia dónde girar, cuando desmonté, y echando las riendas sobre mi brazo, levanté mi sombrero y expresando la gran satisfacción que me daba haber sido de tan oportuno servicio, Le ofrecí la mano y la ayudé a bajar.

Me dio las gracias con voz agitada y con apresurada, en un lenguaje bien elegido, pero que le parecía perfectamente natural.

Ahora percibía que era mayor de lo que su figura esbelta al principio sugería. Parecía tener unos veinticinco años, con un rostro suavemente femenino y puramente inglés, pestañas largas y temblorosas, y una nariz y barbilla perfectas. Era casi hermosa; pero con un aire de tristeza en sus encantadores rasgos, que, cuando su alarma se calmó, fue demasiado evidente como para no interesarme.

"Si no me consideras intrusivo", dije, levantando el sombrero de nuevo y retrocediendo respetuosamente un paso, "estaré encantado de acompañarte a casa."

"Le agradezco, señor."

"Ya casi es de noche, y tus amigos pueden estar preocupados por ti."

"¿Amigos?" repitió, inquisitiva, con una voz extraña, mientras una tos de un sonido sumamente consumptivo parecía sacudir su figura esbelta.

"O permíteme escoltarte hasta donde ibas. Por suerte fue en esta dirección, o solo podría haber llevado mi caballo por encima del montante con un salto a toda velocidad."

"Pero, señor——" empezó, y se detuvo.

"Considera que ese tipo puede estar al alcance del oído y puede que regrese de nuevo."

"Cierto, señor. Muchas gracias. Hubo un tiempo en que no solía estar tan desprotegido; pero soy tan desagradable——"

"Para incomodarme; ¿no es así?"

"Sí, señor."

"Oh, no lo digas. Soy de los cuarteles de Maidstone, aunque en muftí, como ves, y confío en que me permitirás ser tu escolta. Mi tiempo por ahora está completamente a tu disposición."

"Vivo a unos 800 metros de este lado del pueblo; y si eres tan amable——"

"Me dará mucho placer", respondí, con una reverencia respetuosa; y guiando a mi caballo por la brida, seguí caminando a su lado.

Conversaba conmigo con facilidad y gracia sobre muchos temas—sobre la extrañeza de estar en el extranjero a esa hora sola; Pero en el campo la gente no le daba importancia. Había estado visitando a la esposa de un pescador enfermo, o a su hijo, o algo así, en Herne Bay, y había sido detenida; Las carreteras no eran peligrosas en general por allí; Pero debe tener cuidado para el futuro.

Luego comentamos, por supuesto, la belleza de la noche, el romanticismo del paisaje a lo largo de la costa y sus asociaciones, junto a Herne Bay, los Reculvers y Birchington; y mi bella compañera parecía bien leída, pues sabía todo sobre los antiguos reyes de Kent y, señalando hacia el mar, me mostró que, donde ahora se extendía el océano, en otros tiempos había una buena ciudad sajona, con algo sobre un rey llamado Ethelbert, cuyo palacio estaba cerca de los Reculver; Así que, charlando agradablemente con un tono de voz muy atractivo, pues había un acorde musical en ello, seguimos por la carretera, hasta que de repente ella se detuvo en la

verja de hierro de una bonita cabaña rústica que se encontraba dentro de un jardín, a unos cincuenta pasos de la carretera.

"Aquí, señor", dijo ella, "está la puerta de mi hogar; al menos, lo que ahora es así; y, con mi más sincero agradecimiento, debo despedirme."

La voz, el aire y la actitud de la chica eran sin duda encantadores, y había en ella una tristeza lastimera que resultaba decididamente interesante; pero mi mente estaba demasiado llena de una pasión pura, un amor exaltado por Louisa Loftus, para tener mucho entusiasmo por las chicas guapas entonces, ni para tener gusto por correr tras ellas, como en los días en que me puse por primera vez mis atuendos de lancero. Así que, bastante descuidado al cultivar su amistad, estaba a punto de retirarme con una reverencia educada, cuando añadió—

"Después del gran servicio que ha prestado, y con tanta valentía también, espero que no me considere descortés al no invitarle a descansar unos minutos; pero—pero——"

"Papá puede fruncir el ceño, y mamá tiene cierto miedo a un dragón ligero", dije riendo. "¿No es así?"

"¡Mi papá!" respondió con una voz extremadamente conmovedora. "Señor, por supuesto que no puede saberlo; pero está muerto, y mi querida mamá ha estado a su lado estos siete años."

"Perdón", dije, "si con un discurso imprudente he sondeado una herida oculta—una pena tan profunda. Pero tus amigos, quizás, podrían querer descubrir al resistente mendigo del que te salvé, y si puedo ser de alguna ayuda, enviando una nota a los cuarteles de Maidstone, dirigida——"

En ese momento se abrió la puerta de la cabaña, y apareció una anciana atractiva, vestida con buen gusto maternal, con una vela encendida en la mano y una expresión de alarma en su rostro de buen humor, mientras exclamaba—

"¡La, señorita! ¡Qué tarde llegas! Me alarmé bastante por miedo a que hubieras regresado, como suele pasar, junto a la orilla del mar, y sufrieras un accidente entre las rocas."

"No, querido amigo, estoy aquí a salvo, gracias a este amable caballero; pero por cuya afortunada intervención podría haber dicho algo muy distinto."

Y en pocas palabras relató todo lo ocurrido, acariciando a mi caballo con amabilidad y gracia con sus bonitas manos, e incluso sin miedo, besándole la nariz, porque aunque con ojos tristes, la chica parecía naturalmente juguetona.

La mujer a la que se dirigió tenía toda la apariencia de una sirvienta maternal o de una niñera anciana; la tomó amablemente en brazos, la besó y me agradeció muy sinceramente por mi servicio. Luego propuso que entrara en la cabaña y tomara al menos una copa de vino de vaquero o de flor de saúco, o alguna destilación similar; Pero la chica parecía bastante alarmada. Ella no secundó la invitación y, al ver que me estaba volviendo *de trop*, puse el pie en el estribo y monté.

"No considere que nos falten ni de cortesía ni de gratitud, señor", dijo ella, ofreciendo la mano y mirando hacia arriba con sus ojos tristes y sinceros, que ahora estaban llenos de lágrimas; "Pero no conoces la—la peculiaridad de mi posición aquí."

Me incliné; Pero, por supuesto, permaneció en silencio.

"Quizá sea una institutriz—alguna joven útil, alguna víctima de una madrastra", pensé.

"Percibí que eras oficial, aunque sin uniforme, y—y——"

"¿No te tomas a todos los agentes por un triste libertino, verdad?" dije riendo.

"No, no, señor; ¡El pelaje escarlata me es muy querido!"

"¿Tu padre, quizás, estuvo en el ejército?"

"Mi pobre padre era un hombre de paz y un hombre del corazón de Dios, señor. No, no; Me confundes", respondió ella, con un aire de fastidio y orgullo herido; "Pero tú perteneces, supongo, a la caballería?"

"Sí", respondí, mientras su actitud me desconcertaba cada vez más.

"¿Los lanceros?" preguntó, impulsiva.

"Sí, los lanceros."

Pude ver, incluso en el crepúsculo, que su color se intensificaba, mientras un suspiro doloroso escapaba de ella.

"¿Conoces a alguien en mi cuerpo?"

"Sí—no; es decir, nunca lo vi; pero sí conocía a un—un——"

Quién, o lo que ella sabía, no estaba destinado a saberlo, pues, justo en ese momento, el cartero pasó con una linterna brillando en la mano, una bolsa colgada a la espalda.

"Una carta. ¿Tienes uno para mí, verdad?" preguntó, con voz clara y penetrante, mientras extendía las manos.

"No, señorita, lamento decirlo," tartamudeó el hombre, tocando su gorra y pasando abruptamente; "Espero que tenga más suerte por la mañana."

"No hay carta, enfermera Goldsworthy, aún no hay carta", murmuró. "¡Qué cruel, qué crueldad! ¿O, querida Nussie, es esto simplemente el modo del mundo—el mundo en el que ha vivido? ¡Oh, hace frío—frío y egoísta!" y, presionando las manos contra el pecho, se tambaleó contra la verja de hierro, y entonces se desató un violento ataque de tos.

"Mi buena mujer", dije yo, "el aire frío de la tarde no es adecuado para una tos como la que parece tener su joven."

"Sí, señor, sí, lo sé", respondió la enfermera, mientras sostenía a la niña con una mano, cerraba y aseguraba la verja de hierro con la otra; y, besándola en la frente mientras tanto, dijo: "Paciencia, pobre ángel sufriente, recibirás una carta por la mañana, te lo digo."

"Por favor, dime si puedo ayudarte. Soy el capitán Norcliff, de los —th Lancers; ¿por favor dígame si puedo ayudarle?" Le insistí.

"Oh, no, señor, no puede servirme en lo que más me aflige", respondió la joven, llorando; "Pero mil gracias a ti; Y ahora, buenas noches."

"Buenas noches", respondí, y me fui cabalgando, sintiéndome extrañamente desconcertado e interesado por esta chica, por su belleza, gracia y manera singular.

En la posada del pueblo, cuyo cartel, debo mencionar, en realidad lleva la cabeza del rey Ethelbert, cuyo espíritu parece aún rondar alrededor de su *jamón* anglosajón de los Reculvers, me preparé con la excusa de conseguir un encender para mi puro, pero en realidad para hacer alguna pregunta sobre el atractivo enigma que habitaba en la cabaña en el camino de Margate.

Justo cuando me acercaba, un hombre a caballo me pasó a toda velocidad, y por su figura, asiento y vestido, juraría que era—¡Berkeley! Y también iba en dirección a Chillingham Park.

De dos a tres paletos de Kent, con zapatos clavados y vestidos de lona, intenté, tras repartir unos chelines por cerveza, extraer información, y la obtuve astutamente y a regañadientes, y tras mucho mirar con desprecio, sonrisas y rascar cabezas despeinadas.

Una me informó que ella "estaba" como para ser, de alguna manera, la esposa de esos caballeros de Calavaria en Maidstone"; otra "tan buena como la vidder de una

hossifera marina;" y una tercera, que se metió la lengua en la mejilla gorda, comentó "que como había pagado mi dinero, podría elegir a mi gusto", con lo que le di un corte en la cabeza con mi látigo, y se marchó, seguido de un grito de risa burlona de estos chawbacons anglosajones que, en lo que respecta a la civilización, eran prácticamente como si Su Majestad el Rey Ethelbert siguiera en su trono.

También me pareció que escuché entre sus voces la de los compañeros Potkins, a quienes había golpeado tan recientemente en el palo.

CAPÍTULO XVI.

Aún así, como una ruina a la luz de la luna, es tu poder,
O la mansedumbre del mármol tallado, que ha rezado
Durante siglos en una tumba; serenamente atendido
Como una hermosa embarcación que ha desafiado la tormenta,
Y pasó a su refugio, cuando el ruido
Que alegraba su hogar, todo ha muerto en silencio,
Su tripulación se ha separado hacia la orilla y no tiene voz
Perturba su imagen dormida en la marea.

ALFORD.

Mi mente era presa de una gran inquietud—¿debería llamarla celos indefinidos?—mientras galopaba de regreso a mi hotel. Había dejado instrucciones a Pitblado de que, si llegaba alguna carta para mí durante los dos días que debía estar ausente del cuartel, él montara mi caballo de repuesto y los llevara en la espuela directamente a Canterbury; pero no había llegado ninguno, pues él no había aparecido.

Me detuve solo con mi vino, en mi habitación solitaria del Royal, reflexionando sobre las aventuras de la noche.

¿Era realmente el jinete que me había adelantado Berkeley?

Si era así, iba a Chillingham Park y llegaría justo a tiempo para la cena—un hecho que, si no le invitaban, daba a entender una familiaridad considerable con esa orgullosa y exclusiva familia.

Luego estaba la chica a la que rescaté en el palo. ¡Qué enigma era! Repasé toda su conversación conmigo y su extraño comportamiento. Su conocimiento literario y

educación parecían de un tipo muy superior, y su manera era incuestionable. Parecía también amable, y que había estado en un recado de caridad o misericordia. ¿Por qué estaba tan alterada cuando mencionaron nuestro cuerpo? Su amor por un abrigo rojo podría ser lo bastante natural; Pero, ¿quién era "la capitana" a la que el maleante se refería al amenazarla? Luego vino la ansiedad descaradamente disimulada por una carta. Eso también era natural; y era una emoción que podía compartir plenamente.

Esos paletos con vestidos y zapatos con clavos la llamaron esposa, e incluso viuda; pero la sirvienta, o nodriza, solo la llamaba "señorita".

¿Y si ella y su nodriza, la vieja cepilladora de arañas, no eran más que una ilusión y una trampa? ¿Y si su modestia y temor, junto con el amor y la ansiedad de la anciana, no fueran más que una actuación engañosa?

Prudence sugirió que tales cosas no eran infrecuentes en esta buena tierra de Gran Bretaña.

A la mañana siguiente me levanté y desayuné temprano, y las horas soleadas de la mañana me vieron montado, y, tras pasar la puerta de Chillingham Park a un rápido galope, no sé por qué, salvo para calmar mi irritación mental, paseando lentamente mi caballo por las cercanías de los Reculver e inhalando la agradable brisa que venía del mar, mientras quelom, como dijo mi compañero de anoche, araba junto a las galeras de César, y a lo largo de la misma orilla donde los bárbaros de Kent se reunían, con su pintura de guerra, para oponerse a él.

El sol caía enrojecido sobre las pintorescas agujas de la antigua iglesia y las pintorescas cabañas del pueblo apartado. Pasé junto al signo del rey Ethelbert y me quedé un momento en la puerta de la cabaña ornée, donde había pasado la noche. Sus persianas estaban muy cerradas; Pero un pájaro cantaba alegremente en una jaula de alambre dorado que colgaba en el porche, cubierto de remolques de escalada, ya en plena floración.

Pasé de largo y pronto llegué al estilo rústico—el escenario del encuentro de anoche con ese individuo interesante que había solicitado limosna con la ayuda de una barba negra y un garrote. Conducía a un camino estrecho entre los campos y el bosque hasta el mar. Los pájaros cantaban y algunos árboles ya estaban brotando. El resplandor amarillo del mediodía se extendía entre sus tallos sobre la hierba verde, y podía ver las olas azules del mar brillando bajo la gloria del sol a lo lejos.

En la cima del montante cubierto de musgo, la fantasía evocaba la figura de la joven; y tenía un anhelo vago e indefinido de volver a verla y aprender algo de su historia, si es que tenía una.

¿Qué era esa chica para mí, o yo para ella? Sin embargo, tenía el deseo de verla una vez más y, por suerte o destino, algo brillante entre la hierba llamó mi atención y, al desmontar, lo encontré en un pequeño relicario dorado, con un mechón de cabello castaño, atado a una cinta de terciopelo negro. Llevaba las iniciales "J.D.B." y la fecha "1st June".

Sin duda, se había caído o había sido arrancado del cuello de la joven en la lucha de la noche anterior. Decidí de inmediato restaurarlo y giré la cabeza de mi caballo hacia la cabaña, no sin la desagradable reflexión de que era el 1 de abril—el Día de los Tontos—y que quizá simplemente estaba buscando algún tipo de problema.

Dejando mi caballo en la puerta, toqué el timbre, y la anciana (cuyo rostro mostraba tal evidente decepción que vi que se esperaba a alguien más), y a quien bien podría presentar por su nombre como la señora Goldsworthy.

Hizo una reverencia muy baja y me miró con duda, como si se le ocurriera la letra de la canción del comedor—

¡Los pelajes escarlata! ¡Los abrigos escarlata!

Son un grupo torpe,

Desde la tira del hombro de encaje peinado

A las charreteras de lingotes.

El dos está en la lengua de esos soldados;

¡Qué mentiras tan absurdas cuentan!

Y lo que es peor, es tan perverso,

La lista de mujeres también.

Si esas eran sus especulaciones, recordaba que los lanceros vestían de azul, y que las supuestas seducciones del escarlata no eran aplicables a quien estaba en muftí.

"Mi querida señora", dije yo, con mi tono más insinuante, "pasando esta mañana por el castillo, donde, anoche tuve el placer de rescatar a su joven, encontré este baratija, que quizá le pertenece."

"Así es, señor, sí. ¡Lawkamercy! ¡Casi se ha echado a llorar por ello, querida alma! Ah, yo, ¿no la oyes toser ahora?" dijo la digna mujer, bajando la voz. "¡Ay, qué pena que lo recupere! ¡Ay, la apendicite principal! Porque si se perdió en la orilla del mar, en los

campos o si el ladrón la había tomado, nunca podría haberlo adivinado ni mucho menos. ¡Oh, señor, cómo le daría las gracias!"

"¿Espero que no haya sufrido por su alarma de anoche?"

"No, señor", dijo la mujer, mirándome fijamente a través de unas grandes gafas, que se limpió cuidadosamente con el delantal y se puso para ese propósito; "¡Pero tiene una tos terrible, pobrecita! Por favor, señor, espere un momento."

Se alejó apresuradamente y, regresando casi de inmediato, me invitó a entrar, diciendo—

"Mi joven señora le recibirá, señor Hossifer."

Me condujeron a un pequeño salón bonito y aireado, cuyas ventanas abiertas daban al mar sobre los campos verdes. Otro pájaro en una jaula de alambre dorado colgaba piando en la faja abierta, donde las inmaculadas persianas de muselina blanca se mecían de un lado a otro con la suave brisa de la mañana de abril.

Todo estaba escrupulosamente ordenado y limpio, aunque sencillo. Había varios libros, principalmente novelas, en la mesilla auxiliar; algunos paisajes en acuarela, en marcos dorados, mostraban el gusto del propietario; Una caja de trabajo abierta de diseño elegante estaba sobre la mesa central; Y unos guantes de seda muy pequeños con algunos tirones de cinta indicaban que un trabajador había estado ocupado allí últimamente.

En la pared, una guirnalda de flores artificiales rodeaba la miniatura de un encantador niño de cabello dorado, cuyo rostro, de alguna manera, me resultaba familiar.

En una pequeña pianette, que estaba abierta, había un montón de música. Las dos piezas superiores eran "La Forza del Destino" y "La Pluie de Perles", que llevaban la inscripción "A Agnes. De su querido papá."

Todo reflejaba la presencia de una mujer limpia, ágil y ordenada de gustos elegantes; pero en una esquina detecté una gorra de forraje de caballería, bastante gastada, y en el extremo de la repisa, donde evidentemente había escapado al plumero de la señora Goldsworthy, el extremo de un cigarro.

Acababa de hacer este alarmante descubrimiento cuando entró mi amiga de la noche anterior y, francamente, me entregó la mano, medio sonriendo, y dándome las gracias por el relicario, que inmediatamente se colgó del cuello, diciendo, mientras lo besaba y escondía en su pecho, ¡que por mundos no lo habría perdido!

Ahora sin guantes, podía percibir la delicada belleza de sus pequeñas manos y, además, que en el tercer dedo del izquierdo no había anillo de boda. Su rostro era muy pálido, pero singularmente hermoso, y su vestido ceñido dejaba al descubierto toda la simetría de sus brazos, cintura y pecho. Sus ojos expresaban una dulzura y tristeza extremas, y combinaban bien con la delicadeza de su tez pura. El enrojecimiento extremo de sus labios parecía bastante antinatural, o al menos poco saludable; pero tosía con frecuencia, y el consumo, bajo el que temía mucho que estuviera de parto, hacía que su delicada belleza fuera aún más atractiva, y la mirada sincera y inquisitiva de sus ojos azul oscuro más interesante y conmovedora.

Las frases habituales de las primeras presentaciones y conversaciones cotidianas se difundieron rápidamente y, mientras me demoraba, sombrero y látigo en mano, repetí eso, de no ser para devolverle el relicario, yo, como completo desconocido, no me habría atrevido a invadir a una dama. Le rogué que se asegurara de eso.

"Asegúrate, señor", dijo ella, alisando nerviosamente las trenzas de su rico y espeso cabello, y ajustando el pulcro del cuello blanco que rodeaba su delicada garganta y bordeaba el cuello de su sencillo vestido gris; "Asegúrate de que no es una intrusión, sino una gran amabilidad, aunque vivo aquí casi sola, y—y——"

Hizo una pausa y se sonrojó profundamente.

"Anoche estabas ansiosa por las cartas. ¿Espero que esta mañana te haya aliviado?"

"Lamentablemente, no, señor", dijo ella, negando con tristeza con su bonita cabeza.

"El cartero siempre tiene cartas para todos menos para mí. He sido olvidado por aquellos que deberían haberme recordado."

"Puedo compartir tus sentimientos plenamente", dije con una sonrisa inventada. "Yo también estoy muy ansioso por cartas que parecen nunca llegar."

"Siento oír esto; pero pensaba que vosotros, jóvenes alegres del mundo, no tenáis penas—ni problemas, salvo vuestras deudas y vuestros dolores de cabeza ocasionales por la mañana; el primero curado con post-obituarios, y el segundo con brandy y agua con gas."

"¿Es idea tuya?" dije yo, sonriendo.

"Sí."

"Bueno, tengo otras penas, más sinceras, que estas."

"¿Cuántas veces he deseado ser un hombre—uno fuerte, para luchar con el mundo en todas sus artimañas y fuerzas; luchar y enfrentarla, y sentir que era poderosa,

grande—más grande incluso que el destino—en lugar de ser la pobre y débil cosa que soy! ¿Entonces podría mostrarle a la humanidad——"

No sé qué iba a decir. Sus ojos brillaban y su mejilla se sonrojaba mientras hablaba; Pero se produjo un violento ataque de tos. Se llevó el pañuelo a los labios y, al quitárselo, estaba manchado de sangre.

"Permítame", dije con amabilidad, y la entregué a una silla.

Este acceso a la tos hizo entrar tan rápidamente a la señora Goldsworthy que creo que debía estar escuchando fuera de la puerta. Sus caricias y cuidados calmaron a la joven, aunque esta se sumió en una avalancha de lágrimas nerviosas y, durante un minuto o así, se retiró.

"¿Tu señora parece extremadamente delicada?" Observé.

"¡Sí, pobrecito! Nunca volverá a ser la chica que era."

"¿Eres tú, si puedo preguntar, su madre?"

"¿Su madre? ¡Lawkamercy, no! No soy digno de ser más de lo que soy."

"¿Y qué es eso, amigo mío?"

"¡Su sirviente, pobre ángel! Su madre está, estoy seguro, en el Cielo."

"Perdona. Recuerdo que anoche me dijo que era huérfana."

"Ay, pobre niña, una huérfana sin duda—una huérfana de la arte", añadió, negando con la cabeza, mientras se volvía poética sin querer.

"Temo que mi visita te emociona", dije yo, dirigiéndome hacia la puerta, mientras la joven reaparecía y parecía haber recuperado completamente la compostura. "Tu tos requiere el mayor cuidado, y esas ventanas abiertas——"

"Oh, debería morir sin aire", exclamó, mientras sus ojos brillaban; "Porque hay momentos en que incluso mis propios pensamientos parecen sofocarme."

"¡La, señorita!" dijo su asistente, con tono de advertencia, mirándome impaciente.

"Una chica extraña", pensé; "¿Pero puede ser objeto de vuelos de fantasía—locura?"

"Si en algún momento puedo ser de ayuda, por favor, ordéneme, aunque no tardaremos mucho en Britania ahora, pues pronto partiremos hacia Crimea."

"¿Muy pronto?" preguntó, con los ojos y la voz llenos de sincera pregunta.

"No puedo decir exactamente cuándo; pero pronto, desde luego."

Presionó la mano izquierda sobre su pecho, como para contener la tos, y bajó las pestañas. En ese momento parecía sorprendentemente hechizante, suave, modesta y casi Madonna.

Estaba a punto de irme de nuevo, y aun así me quedé, porque anhelaba aprender, al menos, su nombre.

"¿Y tú sales alegremente para enfrentarte al peligro y a la muerte?" preguntó, levantando la vista con una sonrisa triste en sus ojos suplicantes.

"No alegremente, porque mi camino no está exento de espinas; pero a pesar de eso no temo la muerte, eso espero."

"¡Muerte!" dijo, pensativa, como para sí misma, mientras miraba la mancha de sangre en su pañuelo. "Cada día me siento cara a cara con él, y le daré la bienvenida cuando se acerque, porque la muerte no me tiene terrores."

"No hables así, cariño", dijo su seguidora, con una mezcla de tristeza e irritación en su actitud; "Aunque el que lloras es un mal tipo en arte, y lo sé."

"Oh, no rompas la mía diciéndolo, enfermera."

"Confío en que solo te crees peor de lo que realmente eres", dije yo, con sincera simpatía en mi tono y manera. "Recuerda, la larga y dulce estación del verano está ante nosotros. Eres tan joven, y la vida debe seguir llena de esperanza para ti."

"¡Hope! ¡Oh, no, no de esperanza! ¡Mi destino ya se ha cumplido!" respondió, con una fuerte amargura en el carácter; "Así que la esperanza se ha acabado conmigo."

"Perdón; pero ¿puedo preguntarte tu nombre—te dije el mío", dije, posando mi mano sobre la suya.

Se sonrojó profundamente, casi dolorosamente. Fue solo el rubor frenético de un momento, y cuando pasó se puso pálida como el mármol.

"Capitán Norcliff, ¿creo que dijo?"

"Sí; Newton Calderwood Norcliff—¿y el tuyo?"

"Agnes Auriol."

"¡Dios mío!" Casi exclamé, mientras todo el misterio de su vida y su manera de ser estallaba con una nueva luz sobre mí.

Así que mi misteriosa incógnita era esa pobre chica de la que el desastre había susurrado. La amante de Berkeley—Agnes Auriol—la chica cuya carta—probablemente desgarradora—había dejado en Calderwood, y que quemó con tanto cuidado cuando se la devolví. Así que *las de él* eran las iniciales que estaban en el relicario de oro al cuello de ella, y *las suyas* la gorra de forraje y el puro que llamaron mi atención al entrar por primera vez en el salón de la cabaña.

Sin duda, fue una situación incómoda para mí, esta autopresentación y visita. Si me descubría allí, no sabía hasta qué punto eso podría comprometerme con él, y aún más con otros cuya opinión valoraba.

Y mientras pensaba en los Chillingham y en el desorden, sentí que habría cambiado de lugar con gusto con Sinbad en el lomo de la ballena, o Daniel en la guarida del león.

CAPÍTULO XVII.

Oh, por las alas que solíamos llevar,

Cuando el corazón era como un pájaro,

Y flotó en el aire del verano,

Y pintó todo lo que parecía en la hermosa,

¡Y cantada para todos los que escuchaba!

Cuando la fantasía pone el sello de la verdad

¡En todas las promesas de la juventud!

HERVEY.

Presentarme abruptamente a la esposa del señor De Warr Berkeley, si es que la tuviera, podría explicarse satisfactoriamente; pero presentarme ante la señorita Auriol, como estaba relacionada con él, no podía haber ninguna paliación, y en los días de duelo solo podría haber dado un resultado: ¡la pistola!

Algo de lo que pasó por mi mente, junto con un aire de desconcierto, debió de ser evidente en mi rostro, porque la joven, tras mirarme con sinceridad, como si sus claros y brillantes, pero oscuros ojos azul oscuro leyeran mi alma, bajó la mirada de repente y dijo, mientras su color iba y venía, y su pecho se agitaba dolorosamente—

"Puedo percibir, capitán Norcliff, que mi nombre le explica mucho; Pero no todos— ¡oh no! No todos. Hay secretos en mi corta pero miserable vida que nunca podrás aprender—¡secretos conocidos por Dios y solo por mí!"

"Realmente no me explica nada, señorita Auriol", respondí con una sonrisa, dispuesto a aliviar su vergüenza, fingiendo ignorar lo que todo el lío sabía: su posición ambigua; "porque no sé que—que alguna vez nos hayamos conocido antes."

"Pero ha oído, quizás—¿conoce al señor Berkeley?"

"De los nuestros—sí; estuvo conmigo en Escocia hace unas semanas."

"Eso lo conozco demasiado bien para mi propia tranquilidad", dijo la chica, tosiendo espasmódicamente y llevándose el pañuelo a la boca.

"Él está frecuentemente en este barrio, ¿no?"

"Sí."

"¿En esta bonita cabaña, quizá?"

"No, señor."

"¿Entonces dónde—los Reculvers?"

"En Chillingham Park. Desde que empezó a visitarla, casi nunca viene. ¿No has oído— ¿no has oído", repitió, haciendo un esfuerzo temeroso por articular, "que va a casarse con la única hija y heredera de Lord Chillingham?"

Sentí que me volvía casi tan pálida como ella, mientras respondía—

"Desde luego, no he oído hablar de tal alianza; Probablemente sea el humor tonto de un barrio cotilleo."

Negó con la cabeza con tristeza y se sentó con aire de lassitud.

"¿Está seguro de que el señor Berkeley no estaba aquí después de que le acompañara a casa anoche?"

"Sí, desafortunadamente, pero estoy demasiado seguro. ¿Por qué preguntas?" preguntó, levantando la vista mientras sus ojos se dilataban.

"Porque juraría que lo pasé a caballo al anochecer."

"¿Cabalgando en esta dirección?"

"No, hacia Canterbury."

"Ah, hacia Chillingham Park, sin duda—¡allí brilla su estrella de carga ahora!"

"Y el mío también", pensé, amargamente.

La inteligencia de esta chica, fuera falsa o verdadera, me destrozó el corazón más de lo que puedo describir.

Sin embargo, consciente de la necesidad urgente de retirarme, cogí mi sombrero y me despedí de ella; pero con el fin de aprender más sobre los movimientos de Berkeley, prometí, al montar por allí, volver a llamar y preguntar por su salud.

"El relicario que acabas de devolver fue un regalo del señor Berkeley para mí en un día fatal", dijo ella; "Y, créame, señor, que—que, hayas oído lo que hayas oído de mí, o lo que pienses, he sido 'más pecado contra ese pecado'."

En un minuto estaba en la silla y de camino de vuelta a Canterbury.

Aunque ella no lo sabía, ni podía saberlo, esta desafortunada chica me había estado clavando espinas en el pecho. No podía creer la realidad de tal perfidia por parte de Louisa—de tanta facilidad por parte de la altiva condesa, su madre—ni en un progreso tan rápido por parte de Berkeley con toda su riqueza, los miles de cervancieros fallecidos.

¡Cuánto anhelaba ahora la llegada de Cora, que podría resolver o justificar algunas de las dudas que me rodeaban!

Mi corazón se hinchó de rabia; y sin embargo sentía que amaba a Louisa con una pasión que me llamaba la atención.

Como la señorita Auriol seguramente sabría algo sobre los movimientos de Berkeley y como ella y su fiel seguidora, la vieja señora Goldsworthy, podrían ser invaluable para informarme de lo que ocurrió en Chillingham Park, pues tenían celos que avivar en su espionaje, decidí visitar una o dos veces más la cabaña de los Reculvers, cuando podía hacerlo sin ser visto. Y así lo hice, sin saber cuánto me interesaría la pobre chica en su triste destino, y mucho menos prever que el camino que seguía sería peligroso. Pero la agonía de mi ansiedad, la amargura de mis sospechas y mi amor por Louisa, superaron cada escrúpulo y me cegaron ante todo lo demás.

Ella, en cambio, estaba naturalmente ansiosa por aprender los movimientos de Berkeley, a quien, a pesar de su fría deserción, amaba ciega y desesperadamente. Así podríamos ser útiles el uno para el otro.

A veces mi corazón se estremecía ante ese modo de trabajar; pero no podía tener otra opción hasta que llegara mi prima Cora.

Al llegar a la puerta del hotel, mi corazón dio un vuelco al ver a Willie Pitblado esperándome allí.

"¡Por fin una carta!" Exclamé, mientras él se acercaba.

"Del coronel, señor", dijo él, tocando su sombrero con cocarda.

"¿El coronel?" Repetí con decepción y sorpresa, mientras rompía la nota, cuyo contenido decía brevemente así:—

"MI QUERIDO NORCLIFF,—Como los cuarteles aquí se están volviendo incómodamente abarrotados, por los depósitos indios y demás, tu tropa está destacada a Canterbury durante una o dos semanas, para compartir los cuarteles de los húsares. Probablemente te quedarás allí hasta que llegue la ruta. No necesitas volver a la sede, a menos que lo decidas; pero puede presentarse ante el teniente coronel que comanda el depósito consolidado de caballería en Canterbury. Este es un día de desconocidos en el comedor de un desconocido. Vamos a tener un número inusual de invitados y la banda. Ojalá estuvieras con nosotros.

Créame, etc., etc.,

LIONEL BEVERLEY, teniente coronel

"P.D.—Entrenaréis a la tropa una vez al día en el ejercicio de espada y lanza a caballo."

"¡Qué suerte!" pensé. "Tendré Canterbury como base de mis operaciones, y a los Reculvers como puesto avanzado; ¡acuartelados aquí, y Chillingham cerca!—
¿Cuándo entra la tropa, Willie?"

"Mañana por la mañana, señor, bajo el señor Jocelyn."

"Bien. Llevarás mi tarjeta al jefe de cuarteles, y mis caballos a los establos, y recibirás mis aposentos. Me quedaré en el hotel hasta que llegue la tropa."

No fui a caballo hasta los Reculvers esa tarde, aunque recorrí todas las calles cercanas a la ciudad, por Sturry, Bramling y Horton.

A la mañana siguiente fui una o dos millas en dirección a Ospringe, y pronto vi a la tropa avanzar tranquilamente, con sus caballos paseando, por la polvorienta carretera de Kent, sus puntas de lanza brillando con todos sus brillantes adornos al sol, sus bannerolas escarlata y blancas, y las largas columnas de los gorros cuadrados de los hombres bailando al viento, mientras trotaba y me unía a ellos, aunque en muftí.

Mi teniente, Frank Jocelyn, y el cornete, Sir Harry Scarlett, eran jóvenes agradables y caballerosos, y habrían sido una incorporación muy bienvenida a mi residencia en Canterbury, de no ser por las esperanzas, los miedos y los planes que me ocupaban. Me preguntaron qué tal me parecía la ciudad catedral, y tenían una sonrisa en la cara que, junto con mis pensamientos secretos, me irritaba y me inquietaba. Sin embargo, no pude notarlo.

Acompañados por una multitud de grandes "no lavados", nos dirigimos directamente a esos amplios cuarteles que se han construido para caballería, artillería e infantería, en el camino que lleva a la isla de Thanet, y allí los lanceros fueron rápidamente "mandados a sus cuarteles", los caballos estabulados, encorchados y bebidos.

Cenamos esa noche con un cuerpo de húsares, del cuyo comedor fuimos nombrados miembros honorarios mientras permanecíamos en Canterbury, y por Jocelyn supe casualmente que en los últimos tres días Berkeley apenas había estado en cuarteles. La esperanza de haberme acosado en vano se desvaneció ahora, y solo quedaba el miedo.

Mientras el primer grupo de decantadores recorría la mesa, me escabullí sin ser visto y, sin cambiarme de uniforme, tomé la carretera a un ritmo áspero directo hacia los Reculver. La luna apenas salía del mar, y las últimas notas del toque de queda se estaban apagando, mientras me detenía en la puerta de la cabaña de la señorita Auriol.

Estaba sola y sentada en el té, a la que me dio la bienvenida, de una manera que mostraba que dudaba en parte de la honestidad de mi visita, y traicionaba tales emociones de vergüenza, confusión y torpeza, que me sentí bastante intruso. Pero simplemente le pregunté si había oído más sobre Berkeley.

Ella admitió que sí, y afirmó con tristeza que durante los últimos tres días él había estado constantemente en el parque, confirmando así lo que Frank Jocelyn me había contado.

En el transcurso de otra visita o dos, fui aprendiendo poco a poco toda la triste historia de la pobre chica, y cómo se convirtió en víctima, primero de una mala fortuna, y después de un hombre frío y de sangre fría como De Warr Berkeley.

CAPÍTULO XVIII.

¿Dónde están las ilusiones brillantes y vanas

¿Eso se avecinaba?

Hundidos de nuevo en sus silenciosas cuevas,
¡Auroras del norte!
¡Oh! que viviría esas visiones,
Por brillantes que parezcan,
Como la tierra no es más que una orilla desértica,
¡Y la vida un sueño cansado!

MOIR.

Era hija huérfana del pobre cura de un pueblo apartado en la frontera de Gales. Su madre, también hija de un cura, había fallecido cuando Agnes era muy pequeña. Así quedó siendo la única apoyoría y consuelo de los últimos años del anciano, y él la quería profundamente—más aún que, con un hermano pequeño, un hermoso niño de cabello dorado (el mismo cuya miniatura comenté), ella sobrevivió de todos sus hijos, diez en total.

El resto murió pronto; pues todos poseían esa terrible herencia, cuyas semillas Agnes ya maduraba en su propio pecho: el consumo.

Uno a uno, el viejo clérigo los había visto salir de su pequeña casa parroquial con techo de paja, bajo la puerta lyke cubierta de hiedra de la iglesia del pueblo, y colocar junto a su madre, una fila de pequeñas tumbas cubiertas de hierba, donde crecían los crocus púrpura y dorado en primavera, y las margaritas de ojos blancos en verano, todos tan alegres como si las últimas esperanzas de un corazón roto no estuvieran enterradas bajo ellos.

Con el paso del tiempo, la sombra de la muerte volvió a caer sobre la antigua casa parroquial, y los cabellos blancos del cura quedaron en el polvo, cerca de la tranquila pequeña iglesia sajona en la que había ministrado durante tanto tiempo; y ahora las diez tumbas de la familia que antes era amorosa yacían una al lado de la otra, sin una piedra que las marcara.

"En los días previos a esta última calamidad que me afectó, capitán Norcliff", dijo la señorita Auriol, "cuando mi pobre padre solía acariciar mi rostro entre sus manos temblorosas, besarme la frente y alisarme el cabello, me decía que mi nombre, Agnes, significaba ternura—un cordero, de hecho—que venía de la palabra latina *Agnus*; y cuando me bendecía con un corazón tan puro como cualquier vez ofrecido una oración a Dios, ¡qué poco podía prever la criatura en la que iba a

convertirme! ¡Oh, mi padre—oh, mi madre! qué vida ha sido mía; Y después de que muriera mi padre, ¡qué joven!

"A menudo he pensado en las palabras de Mademoiselle de Enclos, cuando, en el rubor de su belleza, exclamó al príncipe de Condé: '¡Si alguien me hubiera propuesto tal vida en algún momento, habría muerto de dolor y miedo!'

"Así que mi padre falleció; El nuevo titular vino a tomar nuestra mansión, con sus humildes muebles a una tasación. Tras pagar algunas deudas, con una pequeña suma, me encontré con mi hermano pequeño, que estaba enfermizo y enfermo, en Londres, buscando subsistir ejerciendo los talentos que poseía—la música, principalmente, porque soy bastante competente como músico."

Ella continuó contándome todas sus luchas desgarradoras, sus peligros y amargas mortificaciones, y los sufrimientos agudos de ese pequeño hermano rubio, en quien se centraba todo su amor y esperanza; y cómo, cada día, en la atmósfera fedina de un alojamiento humilde, lejos de los campos verdes, el sol brillante y los bosques susurrantes de esa querida vieja rectoría en la ladera de las colinas Denbigh, el pobre niño empeoraba y se debilitaba; y cómo su corazón aplastado se retorció cuando su pequeño dinero se derretía como la nieve en primavera; Sus pocos adornos fueron después, y no llegó ningún empleo.

Cómo la miseria, la depresión y los horribles presentimientos del futuro la atormentaban; cómo recordaba todas las historias desgarradoras que había leído—y las que podemos leer a diario—sobre los pobres de Londres, y cómo perecen bajo los pies de la inmensa multitud que avanza en la carrera por la existencia, o en la búsqueda del placer; y cómo pensamientos y dudas sobre Dios mismo, y sobre Su misericordia y justicia, a veces la invadieron, incluso cuando ahora el hombre que más amaba y en quien confiaba la había engañado.

Finalmente empleada como música contratada, salía frecuentemente a tocar el piano en bailes y fiestas nocturnas, por medio guinea por noche, en Londres, y así se ganaba un escaso sustento para la niña sufriente y para ella misma.

Después de recibir su pago de la mano de algún mayordomo somnoliento o sirviente superior altivo, mientras cada noche se envolvía con su escasa capa y, abandonando las habitaciones abarrotadas y abarrotadas, se apresuraba por las calles oscuras, mojadas y nevadas, hasta un alojamiento casi miserable, que ni siquiera su pulmonía nativa lograba iluminar, y hasta el sofá donde los pobres, Un chico delgado y despierto, con sus grandes, tristes y sinceros ojos, la esperaba; Pronto empezó a notar un resfriado y una tos asentándose en su delicado pecho; Y entonces el terror la

invadió y que, si se enfermaba gravemente y no obedecía a sus clientes en la tienda de música más cercana, ¿dónde conseguiría el niño comida? Y si ella moría—quizá en un hospital—¿cuál sería su destino, su final, en otras manos menos tiernas que las suyas?

Luego, mientras lloraba por él en el silencio de la noche y recordaba las oraciones que su viejo padre le había enseñado, se esforzaría por ser más serena y dormir como ese niño que yacía en silencio en su pecho; pero sus sueños, aunque no llenos de terrores por el presente, siempre estaban atormentados por los tristes recuerdos del pasado; pues los rostros amables y las dulces sonrisas de los muertos aparecían vívidamente ante ella, y el sonido familiar de sus voces parecía mezclarse en el murmullo somnoliento de las calles londinenses fuera, o con el murmullo de su Dee natal, y el agradable susurro de las hojas veraniegas en los bosques de la vieja casa pastoral que nunca volvería a ver, o las verdes colinas de Denbigh que la eclipsaban.

Previendo y temiendo que le arrebatarían al niño, tomó su lápiz, con el que era muy hábil y hábil, y así produjo el parecido que colgaba en su pequeño salón. En este trabajo de amor me llamó la atención la gran semejanza que tenía con ella misma.

En una ocasión, en una fiesta en el West-End, recordó haberme visto. Al verme ahora con uniforme, el recuerdo le vino por completo; y parece que, en la noche en cuestión, cuando todo lo demás había olvidado a la música pálida y cansada en medio del bullicio y la alegría del comedero, yo le envié pastel y vino, y el primero lo guardó en secreto para su hermano pequeño; pero de este encuentro casual no tenía ningún recuerdo.

En otra ocasión, ocurrió que el "joven" descuidado y solitario, pero útil, tras quien la juventud, la belleza y la alegría giraban en satén blanco y diamantes, encajes y flores, llamó la atención del señor De Warr Berkeley. Sus miradas suaves y melancólicas a sus antiguos iguales atraparon su atenta mirada; y la cortesía elegante con la que accedió a sus sugerencias contrarias de tocar más rápido o más despacio, junto con el gran brillo de su ejecución, fueron todas remarcadas por él.

Fue en una de esas noches, como en otras, cuando viejos compañeros pasaron junto a ella en el vals y el galop, y antiguos amigos también, sin una sonrisa ni una mirada de reconocimiento; Sin embargo, al pensar en el niño en casa, con el corazón aplastado e hinchado, jugaba una y otra vez mecánicamente.

Alguna ofensa inusual le habían caído y, mientras tocaba, en la amargura de su alma, sus lágrimas calientes cayeron sobre las teclas del piano. En ese momento, para Berkeley presentarse era algo sencillo. Lo hizo tan silenciosamente, con tanto

respeto, que la pobre chica se sintió tranquilizada. Nunca desconfió de él y, como su mala suerte quiso, él la conoció tres noches, casi consecutivas, en tres lugares distintos. Así se estableció una intimidad.

El tercero, la lluvia caía a cántaros por las desoladas calles de un distrito suburbano. La maleza empapada y las barandillas del jardín brillaban a la luz de las lámparas, y las nubes oscuras pasaban en masas sombrías sobre ellos. Era una noche salvaje, o mejor dicho, una mañana, y ni siquiera un policía, con su capa de piel de ace, parecía estar fuera.

Apretándole el vello raído que se rodeó, Agnes, aterrorizada y desconcertada, se ponía en marcha, tímida y temblando, de camino a casa, con varios kilómetros de Londres que recorrer, cuando Berkeley, que se había demorado hábilmente hasta el final, le ofreció respetuosamente un asiento en su cabriolet, y al dejarla donde ella mencionó, descubrió su residencia, y la marcó como su presa.

Las atenciones de Berkeley llenaron a la chica de gratitud en lugar de alarma, y pronto la inspiró con pasión por él. "Cuanto más cree una joven en la pureza", dice un escritor, "más fácilmente se abandona a sí misma, si no a su amante, al menos a su amor; porque, al no desconfiar, carece de fuerza; y hacerse amar por uno así es un triunfo que cualquier hombre de veinticinco años puede asegurarse cuando quiera. Y esto es cierto, aunque las jóvenes están rodeadas de extrema vigilancia y de todas las posibles murallas."

Trazar el curso gradual y descendente que siguió, y cómo Berkeley ganó hábilmente su dominio por el interés que sentía en su pequeño hermano enfermo, y cómo generosamente proporcionó los medios de tales comodidades que la pobre niña nunca había poseído ni siquiera en la casa parroquial de su padre, no puede ser para mí describirlo, ni mi lector lo sabe.

Baste con que la dulce Agnes cayó en la trampa, como hizo nuestra antepasada común antes, y se convirtió en lo que ahora la consideraba ser.

* * * * *

Desde esa hora nunca había conocido la verdadera paz, y el recuerdo de sus padres, mezclado con las agonías del remordimiento, la atormentaba día y noche. Como un desdichado ahogado se aferrará a la paja, así se aferró a la desesperada esperanza de que Berkeley la amara mientras la vida durara, y que él redimiera su promesa casándose con ella, pues ella le amaba ciega y devota, con toda la fuerza de su joven corazón y de una primera y única pasión.

El cambio ahora, de trabajar todo el día y música toda la noche, con ir y venir arrastrando las piezas, bajo lluvia o aguanieve, era sin duda grande; Pero el cambio no trajo ni alegría ni paz mental.

Si hubiera tenido mil caprichos, en el primer arrebató de su amor, su amante roué los habría complacido a todos; Pero, por suerte, sus gustos eran sencillos, y se encogía ante los palcos ofrecidos en la obra o la ópera, las fiestas rurales y todo lo que la hacía pública.

Pero la venganza llegaba ahora; Sus lágrimas y su tristeza le inquietaban, y empezó a ausentarse. Los lujos con los que la rodeaba no le trajeron felicidad, ni a su hermano pequeño ni salud, pues el niño murió, falleciendo pacíficamente una noche mientras dormía, y fue enterrado—no en el agradable y verde cementerio del pueblo donde yacían sus parientes—sino en un horrible y fétido cementerio londinense, entre el humo humano de los siglos; y cuando el pequeño ataúd de plata fue llevado, Agnes Auriol, al lanzar un ramo de lirios sobre él, sintió que ahora no tenía un vínculo real con la tierra, salvo que fuera su amante, y de él incluso se encogía en un momento como este.

Estaba sola junto a la pequeña tumba, la única doliente allí. Había pensado en pedirle a Berkeley que la acompañara; Pero, de algún modo, su presencia parecía una especie de contaminación junto a la tumba del niño puro y sin pecado, y el rostro de su padre parecía estar siempre ante ella.

Su arrepentimiento no deseado le inquietaba, y sin reparos vio la agonía de su espíritu, cómo el brillo se desvanecía de su ojo y las rosas morían en su mejilla. Con esmero, se esforzaba por ocultar la tristeza que amargaba su existencia, pues percibía que solo servía para repugnarle. Y a medida que crecía esa tristeza, su fuerza disminuía, y el rubor frenético del consumo y el declive prematuro se extendía por su delicado rostro.

Ahora solía estar ausente de ella durante semanas, y esos periodos parecían insoportables, porque el amor por él se había convertido en un hábito; y romper ese hábito parecía romper la débil duración de su vida.

Él también dejó de proporcionarle dinero. Sus antiguas conexiones musicales quedaron completamente rotas. A menudo se quedaba sin medios de subsistencia salvo la venta de sus ornamentos; y por fin se había separado de todo salvo el anillo de boda de su madre, que deseaba enterrar con ella.

En enero pasado descubrió que Berkeley estaba en Calderwood Glen, Escocia. Ella le escribió una carta muy lastimosa, a la que, sin embargo, él no respondió; y en ese

momento debió morir, no se descubrió a su nodriza, Goldsworthy—un viejo y fiel sirviente de su padre—y la llevó a esta cabaña cerca de los Reculver.

Cuando los lanceros estaban en Maidstone, Berkeley la visitaba de vez en cuando y fingía que aún tenía sus antiguas opiniones sobre el matrimonio para entretenerla, pero cargado de secreto; y últimamente había ridiculizado por completo sus cartas. Además, había llegado a la amarga y dolorosa conclusión de que él la odiaba, ya que poseía cartas suyas que le comprometían legalmente.

Quien hace daño a otra persona nunca le perdona por lo que ha soportado. Le odia y le teme por igual; y en este espíritu Berkeley temía y odiaba a la pobre joven a la que había perjudicado.

Así era la historia sencilla y sin adornos de Agnes Auriol, que relataba en los intervalos que no interrumpían con una tos, dura, consumida y, sin duda, "tos de la iglesia".

"Ahora solo tengo un deseo", añadió, mientras se recostaba exhausta; "y eso no puedo gratificarlo."

"¿Es tan difícil de conseguir?" Pregunté, en voz baja.

"Hay dificultades insuperables."

"¿Y este deseo?"

"Es dejar este lugar para siempre", dijo, casi en un susurro, mientras las lágrimas calientes corrían sin atención por sus pálidas mejillas; "y—y——"

"¿A dónde?"

"De mirar la tumba del pobre papá, y la de la querida mamá, y luego morir."

"No, no, no hables de esta manera desesperada", insté, sintiendo que yo, un joven oficial de caballería, era un consuelo o consejero muy poco adecuado en tal época; y me levanté para retirarme, pues la noche ya estaba muy avanzada.

"Este anhelo es tan fuerte en el corazón de la pobre cordera, señor, que morirá tan segura como la miremos, a menos que se satisfaga y que un ángel venga del cielo; No sé cómo se debe hacer", dijo la señora Goldsworthy, llorando ruidosamente, como todos los de su clase, mientras me guiaba hacia la puerta y hacia mi caballo, que arañaba el suelo impacientemente, con el rocío en su pelaje y silla de montar.

"Llévala allí sin perder tiempo, buen amigo mío", dije.

"Ayer dividió su última corona con un pobre pescador, para conseguir algo de consuelo para su esposa enferma."

"¡Dios mío! ¿Entonces no tiene recursos?"

"Exacto, señor; y si el señor Berkeley——"

Golpeé con mis tacones espolonados contra la grava al oír su nombre y exclamé——

"Pobre chica, le daré los medios."

"¿Usted, señor?"

"Sí."

"Oh, señor—señor—pero ella nunca se lo quitará", dijo la señora Goldsworthy, sollozando en su delantal con gran voz.

"Debe hacerlo; y que me recuerde en sus oraciones cuando esté lejos. A las ocho de la tarde de mañana estaré aquí por última vez, mi digno amigo, y le proporcionaré lo que necesite."

Antes de que la enfermera pudiera responder, ya estaba en mi silla y había cerrado la verja de hierro; pero justo cuando me marchaba, casi atropellé a un hombre que estaba amortiguado con una capa de poncho, y que se apoyaba en el pilar de la puerta—no sabía si escuchaba o dormía; sin embargo, si hubiera mirado más de cerca, podría haber detectado el rostro bigotudo de mi antiguo amigo, el señor De Warr Berkeley. Porque este vagabundo, o oyente, demostró en la secuela no ser otro que él.

Flanquearme y ponerse a sí mismo, su fortuna (y sus deudas), a disposición completa de Lady Louisa Loftus, era ahora el plan—el juego—de mi amigo oficial hermano; y con qué éxito veremos en breve.

Estaba pensativo mientras volvía lentamente a casa a los barracones en la carretera de Thanet; Anhelaba la llegada de Cora para desentrañar el misterio de la conducta de Louisa, y sin embargo temía enfrentarme a mi prima o sacar el asunto con ella. Me inspiró la simpatía por la pobre criatura perdida que acababa de dejar, y me llenó de indulgencia por su modo de vida, y excusas para su destino y caída. Su belleza singular ayudaba enormemente a emociones como estas, pues el estado mórbido de su salud daba un brillo maravilloso a sus ojos azul oscuro y una maravillosa transparencia a su hermoso rostro; y sentí una satisfacción extrema de que estuviera en mi poder satisfacer un deseo que fue, quizás, su último: hacer una peregrinación al lugar de descanso de sus padres.

Se me ocurrió el dulce verso de la honesta orfebre—

El único arte que su culpa podía cubrir,

Ocultar su vergüenza a todos los ojos,

Para dar arrepentimiento a su amante,

Y retorcirse el pecho es—¡morir!

Al mismo tiempo, me parecía muy dudoso que tal catástrofe pudiera exprimir el acolchado seno de Berkeley.

Si Agnes Auriol hubiera sido una anciana arrugada, podría ser cuestión de considerar si yo—una joven oficial de lanceros—habría sido tan extremadamente filantrópica en su causa. Espero que sí.

Al llegar a los barracones, mi primera tarea fue enviar a Pitblado en tren nocturno al cuartel general, con una nota para M'Goldrick, el pagador, por al menos cincuenta libras, diciendo que quería el dinero y que debía tenerlo antes del mediodía de mañana.

CAPÍTULO XIX.

Pero el rencor no lo es, no hay elogios

Me corresponde en absoluto;

El amor conmigo no ha hecho que nadie se enfade

¿Lo hubiera sido alguien, pero ella?

Si hubiera sido alguno de ella,

Y esa misma cara,

Al menos antes de esto había habido

Doce docenas en su lugar.

SIR JOHN SUCKLING.

Pronto, en un tren temprano, llegó Willie Pitblado con el dinero de M'Goldrick, y con eso que tanto me desconcertaba como me provocaba—una breve nota de mi amigo Jack Studhome, el ayudante, aconsejandome que, por rumores que él, Scriven y Wilford habían oído—rumores circulaban insidiosamente, no sabía cómo ni por

quién, en las salas de billar que frecuentábamos, y de hecho, sobre los cuarteles de Maidstone en general—mis visitas a cierta cabaña romántica cerca de los Reculver eran bien conocidas. Puede que no quiera hacer nada mal, desde luego; ¿Pero fue sensato o prudente meterme en un lío con un compañero oficial?

No había duda del objeto de esta epístola amistosa de Jack, y me llenó de una nueva ira contra Berkeley. ¿Quién más que él podría difundir insidiosamente esos informes sobre lo que solo él sabía o en lo que podría influir en un interés? Conocía su forma sutil y torcida de trabajar; y su objetivo final era sin duda que este rumor contra mí llegara pronto a Chillingham Park.

Sin embargo, alejado de la sede, no pude hacer nada al respecto y, por el momento, solo "aguantar y sonreír".

Con el desfile matutino terminado, en obediencia a la orden del coronel Beverley, estaba sometiendo personalmente a la tropa a un curso de ejercicio con espada y lanza, y estaba tan entregado al trabajo del momento, que no percibí un apuesto phaeton, tirado por un par de ponis grises y azotados, acompañados por un jinete con librea, montado en un caballo bayo llamativo, que entró en el patio del cuartel y se acercó como si sus ocupantes quisieran observar el progreso del ejercicio.

Tras unos minutos, el sargento mayor Stapylton avanzó trotando y dijo—

"Disculpe, capitán Norcliff, pero algunos amigos suyos le están esperando, señor."

Al girar en mi silla, qué gran sorpresa fue ver a Lady Louisa y Cora en el phaeton, que iba conducido por Berkeley, que vestía un traje muy fiel de muftí de la mañana. Desmonté, envainé mi espada, lancé las riendas a Stapylton y le dije a mi teniente, Jocelyn—

"Frank, como buen chico, termina esta pieza de ejercicio por mí, por favor," se acercó de inmediato para saludar a mis queridos amigos, cuya visita, sentía, era por Cora.

"¡Qué interesante es esto!" dijo Lady Louisa, mostrando su manita cuidadosamente enguantada con una sonrisa radiante, mientras procedía a imitar mi última orden, "¡Prepárense para desmontar! uno; la lanza que se levanta fuera del cubo, deslizándose con la mano derecha hasta la extensión del brazo; dos—ah, se me olvidan dos; Eres todo un entusiasta."

Bajo esa broma detecté, o eso pensé, una profunda mirada de ansiedad y significado oculto, especialmente cuando añadió: "Evidentemente piensas más en el trabajo de este sargento instructor que en mí."

Mi corazón se llenó de alegría repentina que no supe lo que dije; pero besé la mano de Cora para ocultar mi confusión.

"¿Y qué hay del buen Sir Nigel, Cora?" Pregunté.

"Papá viene a Inglaterra para verte marcharte y para llevarme a casa", respondió mi primo, con voz calmada; "a casa en Calderwood, cuando todo termine."

"¿Se acabó todo?"

"Me refiero a cuando el ejército se vaya."

"Y percibo que estás de permiso, ¿Berkeley?"

"Aw—haw—sí, durante un día o así. Doocid se encargó del trabajo en Maidstone", dijo con voz arrastrada.

Aún me vi obligado a disimular, aunque había en mi camarada un aire de triunfo sonriente mal disimulado que me causaba considerable inquietud.

"Y ahora, señor, ¿qué tiene que decir en su defensa?" dijo Lady Louisa, tocándome la charretera con su paraguas, y hablándome con un aire de falsa severidad. "Así que las reglas de la sociedad deben invertirse para adaptarse a tus gustos de lanceros; ¿Las damas deben atender a los caballeros? En realidad acuartelados en Canterbury, y sin embargo nunca se acercaron a nosotros."

"Lady Louisa", empezaba, aunque no sabía qué decir, pues nunca podía imaginar que dudara de la razón de mi ausencia en Chillingham.

"¿Qué se me debe pensar al respecto?" continuó, sonriendo.

Berkeley se rió. Creo que el tipo pensaba que estábamos a punto de ser un poco más cool.

"Recuerda mi timidez constitucional", le insté.

"¡Timidez en un capitán de lanceros!" exclamó, riendo.

"Me atreví a esperar que el conde, al menos, pudiera haberme recordado."

"¿Sabías que estaba en Chillingham Park, al parecer?" observó, con un aire agradable de enfado.

"Sí", respondí, tranquilizado por su mirada de cariño reproche; "La carta de Sir Nigel me lo decía."

"Sin embargo, nunca viniste ni una sola vez a visitarnos, y anhelaba tanto verte, porque tenía mucho de lo que cotillear sobre nuestra residencia en Calderwood."

"Pero el conde omitió dejar una tarjeta, y tu madre nunca escribió; ¡y luego las reglas de la sociedad!" Insistí, aún insistiendo en mi queja.

"¡Las reglas de las tonterías! ¿Cuándo les prestaron atención los enamorados?" preguntó en un susurro rápido, mientras Berkeley dirigía unas palabras a Jocelyn, y sus ojos oscuros y brillantes lanzaban una mirada que me hizo olvidarlo todo. "Bueno, aquí tienes las tarjetas de papá y mamá, con una invitación expresa a Chillingham. Cenarás con nosotros esta noche, ¿verdad?"

"Con mucho gusto."

"Papá y mamá van a cenar en el priorato, pero otro día los veréis."

"¿Y la hora?"

"Ocho."

"¡Ocho!" Repetí, porque esa era la hora misma de mi cita con Agnes Auriol, y el parque estaba en dirección opuesta a los barracones. ¡Aquí había un dilema! Pero decidí, si era posible, mantener la fe en ambos, y dije—

"Disculpe, reza; pero al reflexionar, me resulta imposible estar presente a esa hora."

"¡Así es!"

"Pero me presentaré poco después en el salón."

"¿Qué te lo impide?" preguntó, alzando sus cejas oscuras.

"Deber, desafortunadamente."

"En ese caso, debo disculparte. La lealtad hacia mí no debe preceder a la que debes a la Reina. Hasta esta tarde, entonces, adiós."

Ella le tendió la mano y se inclinó con una gracia inimitable. Yo lo tomé en la mía, y quedando un rato, estoy seguro de que lo habría besado, de no ser por la tropa cercana y por decenas de ociosos que descansaban en las ventanas del cuartel con sus chaquetas de concha o mangas de camisa. Había una sonrisa gloriosa en su rostro radiante que contrastaba fuertemente con la mirada triste y melancólica de los ojos oscuros y suaves de Cora; y, mientras el phaeton se alejaba de la plaza del cuartel, olvidé despedirme de Berkeley, aunque le deseé en un espacio muy cálido. Incluso se me olvidó dirigirme a Cora, o volver a unirme a la tropa. Me había olvidado

por completo de la carta de Studhome y su importancia; y, dejando a Jocelyn terminar el ejercicio como quisiera, caminó mecánicamente hasta mis aposentos, lleno de un gran repulsión de sentimientos, recordando solo que Louisa me amaba—¡todavía me amaba! ¡De ese día podría haber previsto el final! Conté las horas que transcurrieron entre el momento en que debería estar en el parque. Decidí, si era posible, no dejar nada sin hacer para ganarme la buena opinión del conde y la condesa; y, pensándolo después, lamenté haber excusado mi presencia en la cena, y creí que podría haber hecho mi última visita a la cabaña en los Reculvers una hora antes, y haber realizado mi tarea de filantropía, incluso arriesgando a ser visto; aunque, es bueno, temía ese suceso, dado que estaba con Louisa; y dado que las nubes que descendían en mi horizonte ya se habían dispersado, la desafortunada víctima de Berkeley ya no podía servirme más.

Berkeley había estado observando mi entrevista con Louisa de cerca y asimiló toda nuestra situación de un vistazo o creía hacerlo.

Temía que la alegría de Lady Louisa fuera demasiado espasmódica para ser real, en alguien que normalmente era calmado y reservado; y, por tanto, ocultaba una emoción más profunda de lo que parecía a simple vista. Mi sensación ante su aparición, y durante toda la entrevista, debió ser evidente incluso para un espectador menos interesado que Berkeley, ¡y toda su alma se conmovió por emociones de celos, rivalidad y venganza!

Habiendo tenido la entrada completa de Chillingham Park durante el último mes y más, había, al concebir, hecho un alojamiento justo, por usar una expresión militar, en el cuerpo del lugar—que tenía las cartas en sus manos y no perdería tiempo en descubrir cómo Lady Louisa se sentía afectada por él.

Frío, vanidoso, insolente y apasionado, este parvenu indiferente pensaba en sus planes mientras el phaeton rodaba por la carretera de Canterbury; y el aspecto aristocrático de la puerta coronada y la logia almenada, la extensa extensión de césped verde que se extendía bajo los majestuosos olmos, esquilados y cuidadosamente enrollados—césped que nunca se había arado desde los días, quizás, en que el escocés y el inglés medía sus espadas en Flodden y Pinkey, encendió aún más el fuego de la ambición en él, y le hizo decidirse a toda costa a suplantarme.

Un hecho lo había decidido: que, aunque los días de los asesinatos corporales ya habían desaparecido de la sociedad inglesa, o solo existían en las páginas de los romances sensacionales, si no conseguía a Louisa Loftus, yo nunca tendría éxito.

CAPÍTULO XX.

No así puede pasar la sombra,
Eso está en tu corazón,
No hay sol en los cielos terrestres
Puede ordenar que su penumbra se vaya;
Porque la mancha de la falsedad está en él,
Y crueldad y astucia—
Y estas son manchas que nunca desaparecen,
Y gafas que nunca sonríen.

SEÑORITA LANDON.

La mansión de Chillingham es una de las más señoriales de esa parte de Inglaterra.

Consta de un gran bloque central y un peristilo, con dos alas que se adelantan, formando una especie de cuadrángulo. Detallado en el gusto que existía alrededor de 1680, y erigido por el segundo par de la casa, que había sido nombrado conde en la Restauración, fue construido enteramente de ladrillo rojo, salvo las ocho columnas corintias del peristilo, la gran escalinata que ascendía hasta allí, las elaboradas cornisas, esquinas, balaustradas y vasos, que eran todas de piedra blanca y en el estilo denominado palladiano.

Elaboradamente tallados dentro del frontón central están las armas de la familia Loftus: un chevrón enredado entre tres tréboles, sostenido por dos águilas; el timbre es una mano agarrando un hacha de batalla, con el lema, "*Prend mot tel que je suis*", o "Tómame tal como soy."

Ocupa una eminencia suave en el centro del amplio parque, y se ha añadido cada adorno para armonizar las bellezas naturales de la escena, algo plana y pacífica. Aunque igualmente aristocrático en tono, es muy diferente en aspecto de la audaz y pintoresca mansión de Calderwood, con sus torretas y troneras para balas o flechas; y es, de hecho, un estilo de edificio casi enteramente peculiar de Inglaterra y Holanda.

Cora y Berkeley eran aún los únicos invitados en el parque, y al entregar a las damas del phaeton, suplicó unos minutos para entrevistar a Lady Louisa, en la biblioteca o en el invernadero, como ella quisiera, después del almuerzo.

Se sonrojó profundamente, casi de fastidio, ante una petición tan extraña, y mirando su reloj, dijo—

"Comemos a las dos. Papá y mamá están en Canterbury; Tengo cartas que escribir, pero estaré en la biblioteca a las seis—es decir, dos horas antes de la cena."

"Gracias; después de que nos hayamos peleado entonces", dijo él, levantándose el sombrero y pasando tras ella y Cora al vestíbulo de mármol, con una sonrisa satisfecha.

"¿Qué demonios puede decir ese hombre de forma tan solemne, Cora?" susurró Louisa.

"No puedo concebir", respondió mi primo, pensando en otra cosa.

El almuerzo, al que estuvieron presentes esos tres, con un gran mayordomo de cabello blanco y chaleco blanco, y tres sirvientes empolvados y decorados, pasó en silencio casi molesto, pues todos estaban completamente ocupados con sus propios pensamientos o planes.

Berkeley, que miraba a Louisa de vez en cuando con admiración mal disimulada y vanidad satisfecha, consideraba que la ausencia del conde y la condesa en este momento tan interesante auguraba bien su éxito, las oportunidades para un tête-à-tête en esa casa usualmente numerosa y siempre aristocrática eran escasas.

Lady Louisa, que más de la mitad había anticipado las esperanzas de su admirador, estaba llena de su breve y apresurada entrevista conmigo y, anticipando una escena, se sintió aburrida y preocupada; mientras que los pensamientos de la pobre Cora eran solo suyos; un poco—no, era una gran tristeza, que nadie podía conocer ni comprender, llenaba su corazón en secreto, pues no era comunicativa y, por tanto, aunque compartía todas las confidencias y cotilleos de mi Lady Louisa, apenas daba lo suyo a cambio.

Así que el progreso del tiffin fue "doocy slow", como Berkeley lo pensó, y se sintió algo aliviado cuando Lady Louisa se levantó y, con una sonrisa, le dijo a Cora—

"Disculpe, ahora voy a escribir mis cartas;" añadiendo, "no olvidaré", con otra sonrisa que, si la hubiera leído bien, auguraba poco éxito para sus queridos planes.

Puntualmente en el momento, Lady Louisa navegó hacia la biblioteca, donde Berkeley, cuyo valor había ido alternando entre fluctuaciones, lo esperaba. Le entregó un asiento y, tras algunos comentarios despectivos, como prefacio, tomó su mano derecha entre las suyas y, como ella no la retiró de inmediato, él tomó un nuevo valor

y le hizo una declaración formal de su amor y admiración, y luego, antes de que pudiera hablar, empezó a divagar sobre sus finanzas, sus hábitos sociales, sus ingresos —unos seis mil al año—, sus expectativas adicionales y mucho más con el mismo propósito.

Lady Louisa permaneció perfectamente en silencio, y ese silencio, ya que no tenía nada más que decir, le causó una confusión infinita.

"No hablas—no respondes, querida Lady Louisa. ¿No me entiendes? Os digo que os amo con toda la devoción de la que el corazón humano es capaz, y os ruego que me perdonen—ay, ay—presunción de alguien en todos los aspectos tan indigno de ti, al atreverse a dirigirte a ti en el lenguaje del amor; ¡pero quién puede controlar las—ay—emociones del corazón!"

Aun así, no habló.

"Di que sientes lástima—di que tú—ay—¡me entiendes!" le instó.

"Lo entiendo, pero no puedo compadecerte", respondió Louisa, con calma y sin mostrar el más mínimo aleteo o vergüenza. "Y te ruego asegurarte que—que, en este asunto, debes——"

"¿Dirigirte al conde, a tu padre, a la querida Lady Louisa—ay, ay—por escrito o verbalmente?" fue la pregunta fría y rápida.

"Ni verbalmente ni por escrito", dijo ella, levantándose y adoptando una dignidad de porte que hizo que Berkeley se sintiera intolerablemente pequeño.

"¡Ay, ay—el desastre! ¿Entonces cómo?" preguntó, recurriendo a sus gafas.

"Iba a decirle que le doy las gracias, señor Berkeley—muchas gracias, de verdad—por el gran honor que me concede al dirigirse a mí así y al hacerme tal oferta; pero debes esforzarte por desechar todos esos pensamientos de tu pecho en el futuro, ¡como yo nunca, nunca podría amarte! Perdona una declaración tan dolorosa y permíteme marcharte."

Su frialdad y su porte casi inmóvil despertaron a Berkeley y herieron su autoestima, que era desproporcionada.

"Tus flores nupciales", dijo él, con una amarga sonrisa, "¿deben estar mezcladas con las hojas de fresa desvaídas de alguna línea anglonormanda, supongo?"

"No es así, señor. Tengo esperanzas, lo admito, pero no son tan altas", respondió, con una mirada calmada y firme, aunque su labio superior corto temblaba de orgullo y rabia contenidos.

"¡En — hecho!" se burló Berkeley, mientras su habitual insolencia acudía ahora a pleno en su ayuda; "¿Y así de una vez por todas me rechazas de verdad, Lady Loftus?"

"Lamento decir, señor, que sí—de una vez por siempre. Esfuercémonos por olvidar esta escena tan desagradable y, si es posible, ser como antes—amigos."

"¿Y por quién me rechazas?" exigió, pues el orgullo y los celos le dejaban ciego ante todas las consecuencias futuras.

"Para quién, señor, no le importa."

"Creo que me importa mucho."

"Quizá; pero permítame recordarle, señor Berkeley, que no estoy acostumbrado a que me cuestionen así."

"Oh", dijo él, haciendo una profunda reverencia, "muy bien. Yo—aw—deseo tu perdón; pero si no me dices tu preferencia, Lady Louisa, ¿tendré el honor de decírtelo?"

"Si me permite", respondió, girándose a medias y encogiéndose de hombros, mientras su color se intensificaba y sus ojos oscuros brillaban con una repentina ira.

"Es para alguien que quizá incluso ahora está con una criatura inútil, cuya compañía prefiere a la tuya—¡ja! ¡Ja! ¡la señora abandonada de un compañero oficial!"

"¡Es falso, señor!" exclamó ella, con voz agitada, mientras le miraba con sus ojos brillantes y alzaba su figura alta y gloriosa como una reina de la tragedia; "Es falso, y no puede serlo."

"Oh, no, no es falso, querida señora; pero, por desgracia, es—ay—demasiado cierto."

Hubo una pausa, durante la cual se miraron fijamente.

"¿Por qué no pudo cenar aquí a las ocho de esta noche?" preguntó Berkeley.

"Porque el deber requería que asistiera a otro lugar, si es al capitán Norcliff a quien se refiere, señor; pero ya no voy a hablar contigo aquí."

"¡Deber—doocy good! A esa misma hora de esta noche—ocho—los encontraremos juntos, si decides acompañarme."

"¿Yo, señor, le acompaño?" repitió, con desdén.

"Sí."

"¿A donde él está—con ella?"

"Sí."

"¿Te atreves a hacerme una propuesta así?"

"Me atrevo", respondió, con furia ciega; "y te digo además, Lady Louisa Loftus, que este joven caballero tan noble y moral, el capitán Norcliff, tiene un romance con una chica bien conocida en todo nuestro desorden; como los franceses la llamarían felizmente, *une femme entretenue*, de un hermano oficial—alguien que tiene un defecto absurdo en su justa fama, y la mayoría decidió a su galope", añadió, grosero y malicioso, decidido a toda costa arruinarme con Louisa, e incluso con mi tío y mi primo, aunque no podía ganar nada con ello.

"¡Y tú, su amigo, cuéntame esto!" exclamó Louisa, con un desprecio mordaz en su actitud, mientras jugaba nerviosa con el anillo de diamantes rosa que le había dado.

"¿Acompañaréis usted y la señorita Calderwood esta noche a la cabaña cerca de los Reculver? Y tendré el placer de mostrarles cómo nuestro moderno capitán Bailey se consuela en los 'aposentos campestres'."

Al mencionar esta cabaña, Lady Louisa se sobresaltó y cambió de color visiblemente, y entonces fue Berkeley quien sonrió, pues ciertos rumores extraños sobre ella y su hermosa ocupante le habían llegado a través de los sirvientes del parque, y más especialmente de su propia asistente; pero recordando su posición, dijo, con altibencia y decidida firmeza, mientras alzaba su altiva cabeza—

"¡Es falso, señor! Estoy indispuesto a actuar como espía, y él no estará allí."

"Oh, sí, estará allí, será fiel como una tórtola—exacto como—haw—el reloj de los Guardias a Caballo. Lo encontraremos mezclando sus lágrimas con las de la Traviata; un Howard filantrópico con uniforme de lancer—un muy Joseph—haw—haw—haw—¿un hombre de nieve'?"

"¡Señor!" exclamó Lady Loftus, pisando fuerte con su pequeño pie.

"Últimamente ha estado muy mal de dinero—esta mañana le ha dado cincuenta libras al pagador—o eso le dijo su hombre al mío; La chica es bailarina, y todos saben que son ganado caro y absurdo para mantener y calzar."

"¡Señor, se olvida de sí mismo!" exclamó Lady Louisa, mientras sus ojos brillaban con una expresión de rabia, que ni siquiera sus largas pestañas lograron suavizar. "Papá y mamá van a cenar en el priorato—así que esta noche estoy libre, y tú nos llevarás, es decir, a la señorita Calderwood y a mí—a esa odiosa cabaña, y con mis propios ojos demostraré quién es falso, ¡tú o él!"

"De acuerdo, estoy completamente a su disposición", dijo, haciendo una profunda reverencia.

Y así terminó esta entrevista singular. Así terminaron las esperanzas de Berkeley de una malicia casi satisfecha, y se separaron, cada uno con la ira contra el otro brillando en sus ojos y ardiendo en sus corazones.

* * * * *

Louisa buscó de inmediato a Cora y relató todo lo que había pasado—la repentina propuesta y su única secuela—sin saber que la última parte de su narrativa, como un arma de doble filo, cortaba en dos sentidos a la vez, y cómo sus palabras apuñalaban a la pobre Cora en el corazón; pues la buena chica preferiría haber oído que yo era firme y fiel en mi aprecio por su brillante rival antes que que era la criatura que Berkeley había intentado hacerme parecer.

"He amado demasiado a tu primo Newton como para dejar de hacerlo ahora, a menos que lo considere indigno, cuando apartaría su imagen de mi corazón como si nunca le hubiera visto ni conocido. y siento, Cora Calderwood, que debo amarle o odiarle!" exclamó Louisa, con una extraña energía que sorprendió bastante a la callada escocesa. "Tengo un deseo de conocer su verdad o su falsedad, personal y sin duda. Así que vendrás conmigo, Cora. ¡Solo buscas a tu primo!"

"Louisa Loftus", exclamó. "No puedo, ni quiero, creer en esta duplicidad o depravación de mi primo Newton."

"Iremos a la cabaña de esta vil mujer, querida, en secreto, y descubriremos la verdad por nosotros mismos."

"¿Incluso arriesgándose a parecer culpable de espionaje?"

"¡A todo riesgo!" fue la respuesta impetuosa. "¡Esa cabaña junto a los Reculvers! ¡Ajá! Recuerdo que la *soubrette* de mamá dijo algo sobre el joven que reside allí con una anciana, su madre o su tía, o algo igual de verdadero y digno de lo común; y añadió que nunca se conocía a nadie que la visitara, salvo un caballero como un oficial—fíjate, como un oficial—que normalmente venía a caballo y de noche."

"Oh, Louisa, no puedes—no puedes—no creerás todas esas calumnias sobre el querido Newton", dijo Cora, vehementemente, en una pasión de lágrimas, mientras se lanzaba sobre el agitado pecho de su amiga más ardiente y enérgica, que, sin embargo, también lloraba. "¿No notaste lo pálido, casi demacrado, pobre Newton cuando lo vimos hoy con su tropa?"

"Bueno, quizá las caminatas nocturnas y los viajes tardíos de los Reculvers——"

"Ahora paz, Lady Loftus, si no me rompería el corazón", exclamó Cora, deteniendo un comentario mordaz con un beso en sus labios rosados y temblorosos.

Al anochecer, el pony phaeton volvió a salir de Chillingham Park con las dos jóvenes. No había ningún explorador presente en esta ocasión; y su auriga, bien encapuzado, era el señor De Warr Berkeley, que era muy callado, con quien nunca hablaban y que, para ser sinceros, se sentía algo incómodo ahora, y apenas sabía dónde acabaría todo el asunto.

Un hecho del que estaba seguro. Sabía, por experiencia pasada y por mi carácter general cuando servía en la India, que no era para jugar.

Quizá habría echado atrás en todo el asunto, si hubiera visto cómo hacerlo. Luego Louisa era inflexible, aunque Cora era casi pasiva.

Las damas sentían que, aunque la información fuera cierta, no debían odiar y despreciar menos al informante, que satisfacía su rencor y malicia a costa de un amigo por un lado, y de su paz por otro.

"Estamos haciendo mal, querida Louisa", susurró Cora, mientras las pesadas puertas del parque tintineaban fuertemente tras ellos, y avanzaban por la carretera que se oscurecía, hacia donde las agujas de Canterbury eran visibles contra el rubor que persistía en el cielo hacia el oeste.

"Sé que en cierto sentido lo somos", respondió Lady Louisa, entre dientes apretados y velo bien corrido; "pero no estoy menos decidido a resolver este asunto, a indagarlo al máximo y a condenar al capitán Norcliff o al señor Berkeley por perfidia. ¡Así que toma valor, y *vamos*, mi amor!"

A medida que avanzaban, el crepúsculo de abril se profundizó. Una o dos veces Cora habló de volver; y luego fue Berkeley quien les instó a continuar.

"Aw—haw, absurdo absurdo—no os pongáis fuego ahora, chicas, por favor", dijo él. "Dibujaremos la portada directamente."

Sin embargo, no estaba exento de desagradables dudas sobre cómo podría aparecer después de que "la portada" estuviera dibujada, a menos que pudiera despedir a las damas al instante, antes de que se hicieran explicaciones, y esto formaba parte de su programa previsto.

"Después de tener pruebas convincentes de que el capitán Norcliff está aquí, por supuesto no permanecerás—ay—para reprender y todo eso, Lady Louisa?" preguntó, algo nervioso.

"Proceda, señor, pero no me cuestione", fue la altiva respuesta, que hizo que su mejilla se sonrojara de rabia en la sombra. Por ahora, Lady Loftus recordaba, y sentía plenamente, que en su ira y confusión había quedado completamente descolocada; y que había revelado y reconocido nuestro compromiso mutuo, y su pasión por mí, a Cora Calderwood (que siempre lo había sospechado) y, peor que todo, a Berkeley, a quien despreciaba profundamente y que, temía, pudiera hacer un uso peligroso de la información que había obtenido.

También había sido atraída a cometer un acto de espionaje, lejos de ser apropiado o apropiado. Pero, sin embargo, decidió seguir adelante ahora y indagar el feo asunto hasta el final a toda costa—incluso enfrentándose a la ira ardiente de su madre, la elevada indignación del conde y el asombro vacío y senil de mi Lord Slubber.

"Qué extraño es, Cora", susurró, mientras se sentaban de la mano, "que un impulso me lleve aún a amara Newton, y otro impulso más me atrae a odiarlo! ¿Dónde está mi constitucionalidad, y dónde está mi orgullo familiar y mi modestia femenina, cuando me rebajo a un acto así y te arrastro a ti, pobre niña, también? Oh, seguro que debo quererle mucho—y tú, Cora—tú——"

"Yo también le quiero", fue la respuesta calmada y entrecortada, bajo el velo bien corrido.

"Por supuesto que sí—es tu primo y tu antiguo compañero de juegos."

Cora asintió solo con un pequeño suspiro.

Ambos, al parecer, esperaban desesperadamente que Berkeley aún pudiera equivocarse en todo el asunto, en lo que a mí respectaba, pues sentían amargamente la verdad del máxima, que "la fe, una vez destruida, se destruye para siempre, salvo en un corazón que en sí mismo es intrínsecamente infiel."

Al anochecer, lágrimas rodaban invisibles por el rostro amable de Cora; pero Louisa reprimía toda apariencia de emoción mordiéndose el labio inferior y apretando sus pequeños dientes blancos, como la heroína de un melodrama francés.

"¡Por fin hemos llegado! ¡Silencio! acerquémonos con cuidado", dijo Berkeley, mientras se acercaban a la pequeña cabaña donde residía la señorita Auriol; y convirtió el phaetón en un camino cubierto de hierba, y entre setos altos cercanos; abrió un wicket privado y ayudó a Cora a caer; pero despreciando la ayuda de su brazo ofrecido, Lady Louisa saltó sola al suelo.

"Por aquí—sígueme, y suavemente, si es tan amable", dijo Berkeley, mientras sacaba una llave privada para la puerta trasera—un medio de entrada que solo poseía él mismo—y recorrían el pequeño jardín de flores que rodeaba la cabaña.

Mi caballo estaba en la puerta principal, con la brida sujeta al porche; y ante esta circunstancia se aseguró de llamar su atención.

"Es la negra molestia de Norcliff—su truco de portada con la estrella blanca en el mostrador. ¿Lo reconocéis, chicas?" susurró.

"Un regalo para él de parte de mi pobre papá", dijo Cora, con reprocho, mientras su corazón latía dolorosamente y Louisa se mordía los labios mientras la agonía de la convicción la invadía.

"Adelante, señor", dijo ella, altiva; "¿Y ahora qué?"

"Voces en el salón—allí deben estar nuestros pájaros; por aquí", dijo Berkeley, que, tras una rápida inspección del interior, entre los remolques verdes, los escarlata y las cortinas de muselina blanca, se había tranquilizado con quién había dentro, y se sentía seguro de que si perdía a Lady Louisa, yo al menos nunca la ganaría, y que si, por un lado, me hacía enemigo, por otro, se deshizo generosamente de la infeliz chica de cuyas caricias hacía tiempo que se había cansado, y cuyas insistencias y reproches le aburrían y preocupaban ahora.

Entre él y yo no habría amistad desperdiciada, ni amor perdido; Así que se consoló con la peligrosa máxima: «Que todo es válido en el amor o en la guerra», mientras abría suavemente la puerta con la llave y guiaba a sus ahora agitados compañeros al interior de la cabaña.

CAPÍTULO XXI.

Esos hombres siempre son los más inescrupulosos en la venganza. He visto asesinatos en sus ojos veinte veces en las últimas dos semanas. Si nuestras líneas hubieran caído en los agradables lugares italianos, habría invertido veinte escudos hace tiempo en alquilar una daga. Tal como están las cosas, la civilización y la policía rural son nuestros amigos.—GUY LIVINGSTONE.

El día pasó, llegaron las sombras de la tarde, y sin ser conscientes de la vara que me estaba en apuros, y de la incómoda sorpresa que se preparaba, tras hacer un baño muy cuidadoso en los barracones para poder cumplir mi preciada cita en el parque, metí la remesa del señor Goldrick en mi porte-monnaie y salí en muftí hacia la cabaña cerca de los Reculvers. Mientras galopaba, ansioso por cumplir con mi deber allí, y sin perder tiempo para dirigir mi brida hacia Chillingham Park, contrastaba la felicidad y la esperanza del amor de Louisa y mía con la pasión inútil que la pobre Agnes Auriol perdida albergaba por el inútil Berkeley; y aunque mi corazón, inspirado por nuevos y alegres impulsos desde la entrevista matutina, la lloraba sinceramente, al mismo tiempo se sentía aliviado por la convicción de que podía permitirle partir en esa melancólica y filial peregrinación a la que había dedicado sus energías fallidas—que seguramente parecía sus últimas—.

También medio esperaba no saber más de ella y de sus penas, y con las variadas contingencias del servicio en el extranjero en el campo ante mí, había diez posibilidades contra una que nunca lo hiciera.

Más de una vez me había preguntado por qué esta desafortunada joven me interesaba tanto; y con qué propósito, si no era pura benevolencia y para aprender algo sobre los movimientos de Berkeley, buscaba o continuaba su relación.

Para Louisa, mi amor y constancia permanecieron inquebrantables; Y avivados de nuevo por la entrevista de la mañana, ahora eran más fuertes que nunca. Sin embargo, esta noche, algún extraño impulso me impulsó a esta visita secreta—una que ya había decidido que sería la última—cuando la prudencia me habría hecho detenerme, e incluso arriesgando herir los sentimientos de la señorita Auriol, haber enviado de la mano de Willie Pitblado el dinero prometido a la señora Goldsworthy.

Berkeley, desde la primera hora que nos conocimos juntos en el comedor de los lanceros, nunca me había gustado, y apenas sabía por qué; pero, como el Caballero Achille, sentía que, "si tuviera una estrella del destino, y ese hombre otra, mi estrella se ponía furiosa y pálida cuando la cruzaba." Era el viejo dicho del Dr. Fell, y tenía la convicción de que estaba predestinado a hacerme daño de alguna manera, o de alguna manera, y que ahora había llegado el momento.

Llegué a la cabaña, dejé mi caballo en el pequeño porche verde de enrejado y fui debidamente acompañado en presencia de la señorita Auriol por su ansiosa y maternal vieja asistente. Estaba sentada en un sillón, medio apoyada en cojines, y tan grande era la languidez que la oprimía que esa noche (porque el aire era sorprendentemente cercano) apenas podía levantarse para saludarme.

Un pequeño chal escarlata estaba extendido sobre su cabeza; y su tono brillante, al combinarse con la palidez y la pureza extremas de su tez, y la negrura de su cabello con bandas suaves, hacía que la extraña belleza de la joven fuera más fascinante y picante que nunca.

Había un encanto en su medio rubor, su reverencia sonriente y la gracia tímida con la que me recibió, lo que me hizo sentir que, con todos los defectos del pasado, aún había un gran valor y sinceridad en Agnes Auriol, y que merecía un destino muy diferente en la vida; pero, ansioso por cumplir mi cita en el parque, le entregué de inmediato la porte-monnaie que contenía el dinero y, sin aceptar la silla que me ofreció la señora Goldsworthy, ni siquiera apartar mi sombrero, dije—

"Señorita Auriol, he venido con mucha prisa y me necesitan en otro lugar, casi en este momento. Allí encontrarás lo que necesitas para tus propósitos y necesidades inmediatas."

"Capitán Norcliff, esta amabilidad es demasiado—demasiado. La enfermera Goldsworthy me dijo que habías prometido este regalo; pero yo—no sé si debería aceptarlo—si me atrevo a aceptarlo de ti——"

Las lágrimas ahogaron su pronunciación, y luego vino un paroxismo de su tos dura, seca y desgarradora.

Le acaricié la cabeza con una mano y le aconsejé que cuidara su salud, porque esa terrible tos——"Es toda la esperanza que me queda ahora de alivio definitivo", dijo, levantando la vista, con sus ojos oscuros llenos de lágrimas y un brillo sublime en ellos. "Mi querida mamá murió de tuberculosis, y con una tos así; Y todos mis hermanos y hermanas pequeños también; y el presentimiento es fuerte en mí de que pronto me uniré a ellos—de ahí mi deseo, morir cerca del lugar donde yacen."

"No debes hablar de esta manera melancólica, señorita Auriol—eres demasiado hermosa y demasiado joven para cortejar un destino tan prematuro", dije.

"Sin embargo, mi hermanito de cabello dorado, por quien trabajé y me dejé pasar hambre en medio de la vasta y egoísta naturaleza salvaje de Londres, murió antes. Oh, capitán Norcliff, ojalá él y yo hubiéramos muerto juntos, y ahora una tumba pudiera habernos contenido; pero entonces tenía Berkeley por el que vivir—aún no me había engañado. El amor me dio esperanza, y tenía que redimir el apellido de mi padre. Pronto moriré—lo sé y lo siento. El consumo fue mi única herencia, y la agonía mental que he soportado durante tanto tiempo, desde mis días de trabajo y pecado, no ha hecho más que servir para fomentar y desarrollar esa terrible enfermedad."

Mientras decía esto, sus dientes castañetearon, como si tuviera frío, y giré su silla hacia el escaso fuego que ardía en la pequeña rejilla.

"Y este dinero, que usted, señor, tan amablemente me da; No sé, como dije antes, si debería aceptarlo—de hecho, no debería——"

"No, no me ofendas con una negativa", dije, tomando sus dedos fríos y delgados entre los míos y cerrándolos sobre el paquete de notas.

"Pero, señor—señor," insistió ella con tono lastimero, "aunque me salven para vivir unos años, nunca podré devolverlo."

"No le hagas caso, señorita Auriol—puede que me sobrevivas; a finales de este mes me llevo lejos de Gran Bretaña."

Me miró con sinceridad y nostalgia, y dijo—

"¡Que el cielo le bendiga y proteja, señor! Mis últimas oraciones serán por ti y por tu seguridad», e inclinando su rostro sobre mi mano, la besó y lloró, mientras yo luchaba en vano por retirarla; pero al mismo tiempo colocó amablemente la otra sobre su cabeza, para calmarla y tranquilizarla.

En ese momento, la puerta del pequeño salón se abrió violentamente y un grito de terror escapó de la señora Goldsworthy. Alzé la vista y sentí como si me hubiera desmontado el tono.

Allí estaban Lady Louisa Loftus, Cora y Berkeley. ¡Esos tres aquí! Mentalmente me preguntaba quién demonios vendría después.

Me aparté apresuradamente de la señorita Auriol, que levantó la vista alarmada, y luego sus ojos se desviaron con desconcierto de los rostros de sus bellas visitantes, hasta que se posaron con una mirada triste, demacrada y suplicante en el rostro bien bigoteado de Berkeley, que permanecía allí con su habitual sonrisa sin sentido.

"¡Cuadro, que es un desastre bueno—haw!" murmuró.

"¿Así que—así que este es el deber que nos impidió disfrutar de su compañía en la cena, capitán Norcliff?" dijo Lady Louisa.

"Un deber urgente, sin duda", añadió Berkeley.

"¿De dónde viene esta intrusión?" Exigí, percibiendo toda la red de traiciones de un vistazo rápido. "¿De dónde viene esta intromisión, señor Berkeley?" Reiteré con vehemencia, mientras mi corazón se hinchaba de pasión por mi posición ambigua, y sentía que mi vida, ciertamente la pérdida del amor de Louisa, podría pagar el precio

de mi supuesta, y, por lo que yo sabía, supuesta intriga con una pobre criatura a la que simplemente compadecía.

Sentí que me habían superado y me superaban ante un parvenu frío, astuto y sarcástico; uno de esos snobs militares acolchados y perfumados, que están entre los peores tratos de Su Majestad, y que excitan tanto el desprecio del soldado como el ridículo del civil. Yo también sentí todo el peligro de mi posición, y casi me estremecí ante el extraño y salvaje brillo de los ojos de Louisa, mientras me observaba. Llevaban una sonrisa que podría haber iluminado la de Judith, cuando retorció sus dedos blancos en la riza de la Holofernes dormida.

"¿Me ha oído hablar, señor Berkeley?" Solté un trono.

"Ay—ay——" empezaba.

"¡Sin duda lucharé por esta criatura!" dijo Louisa, "Pobre Cora, siento que tengas que sonrojarte por tu digno primo."

En vez de sonrojarse, la pobre y dulce Cora lloró profusamente y no supo qué pensar; El terror parecía ser su emoción predominante.

"¿Qué voy a entender con todo esto?" Reanudé. "¿Tú aquí, Lady Loftus, y tú, Cora? Podría esperar la visita del señor Berkeley; Pero su aparición aquí, damas, y a esta hora, no es involuntaria. Habla—explica—o mejor dicho, señor, buscaré otro lugar y tiempo, y si—como yo también creo—esta escena ha sido planeada y desarrollada por usted, señor Berkeley, ay de usted, porque su vida pagará el precio."

Se puso pálido, hizo una mueca y luego volvió a sonreír eternamente.

"¡Qué escena para protagonizar!" dijo Louisa, con desprecio elevado; "Pero esta cabaña será derribada—está en tierras de papá; y el mayordomo debe tener cuidado a quién permite como inquilinos en las cercanías de Chillingham Park."

Aplastada hasta convertirla en polvo por la vergüenza, la humillación y la enfermedad, la pobre Agnes Auriol se cubrió el rostro con su pañuelo, en el que las manchas de sangre aumentaban con cada nuevo ataque de tos, y su vieja nodriza, ajena a todos nosotros, extendía sus gruesos brazos a su alrededor con caricia y protección; pero el odioso Berkeley miraba fría y sin piedad.

"Escúchame, Lady Louisa", dije; "y unas palabras servirán para explicar por qué estoy aquí."

"¡Oh, su bolso en la mano de esa criatura lo explica todo, señor!" respondió ella, con una sonrisa cortante.

"¡Oh, Newton, Newton!" sollozó Cora; "Parece muy cierto—¿por qué deberías darle dinero a esa chica?"

Berkeley era el objeto sobre el que debería haberme dirigido; pero Lady Louisa me fascinaba, y su presencia y la de Cora por sí solas me impedían derribarlo o hacerle un corte en la cara con mi látigo de montar. ¡Louisa era, sin duda, una película!

Erguida al máximo de su alta figura, se mantenía de pie con la cabeza imponente echada hacia atrás y su figura redondeada medio girada, como si le mostrara desprecio. Un amplio chal indio de alternancia negra, dorada y escarlata había caído medio de su hombro; Su vestido—que había estado preparando para la cena cuando empezó esta desafortunada y poco decorosa tarea—de seda brillante color maíz, con adornos y volantes de encaje negro rico, mostraba el magnífico desarrollo de su busto y cintura esbelta, y encajaba bien con su tez. Su altiva nariz, con sus delgadas fosas nasales rosadas, parecía torcerse de rabia, y su frente parecía más baja de lo habitual, tan fuerte caía la masa ondulante de cabello oscuro sobre su rostro, que estaba más pálido que nunca, aunque la sangre fluía furiosamente bajo esa piel transparente mientras su ira se acumulaba.

Sus labios, normalmente escarlata como los pétalos de la fucsia, ahora estaban incoloros; la superior corta era definida y de popa; el inferior, lleno y enfurruñado, temblaba con la emoción que ella intentaba reprimir; y sus gloriosos ojos negros tenían en ellos una expresión mezclada de ira feroz, profundo reproche, amor doloroso por mí y vergüenza por todo el asunto—una expresión que esperaba no volver a ver en ellos.

Cuando su ira prevalecía, no era un relámpago de verano lo que brillaba de los ojos oscuros de Luisa—pues ni siquiera su gran antepasado sajón, Lofthus, que poseía ese thanedom en Yorkshire, antes de que el conquistador de Inglaterra encabezara a sus nobres domos, no tenía un temperamento más orgulloso ni más fogoso.

Me lanzó una mirada profunda, sincera, silenciosa y llorosa, que decía más de mil palabras, y, tomando a Cora de la mano, se dio la vuelta y se retiró de la cabaña antes de que pudiera hablar—giró con el aire de alguien convencido y resuelto a la vez.

Berkeley, normalmente tan frío y indiferente, también tenía una extraña luz en los ojos; pero era un brillo tan intenso como cabría esperar ver en las esferas carnucantes de la serpiente encapuchada; y, evidentemente, sin deseo de quedarse solo conmigo, se giró con bastante precipitación y siguió a las damas.

Sin embargo, justo cuando salía de la cabaña, hice un salto tras él y, agarrándole el hombro, lo giré con fuerza hasta que me miró.

"Señor Berkeley", dije yo, con la voz ronca y baja de pasión concentrada, "esta noche, en la sede, este asunto se organizará para una reunión mañana. ¡Tu vida o la mía deben ser la pena de esta pequeña escena de sensación, que tu malicia infernal ha elaborado con tanta destreza!"

"Aw—aw—no entiendo, a menos que quieras decir——"

"Que debe encontrarse conmigo, señor", dije yo, mientras con mi guante de cuero le golpeaba de lleno en la cara; "Encuéntrame en otro lugar que no sea este."

Sus ojos brillaron ahora, y se puso muy pálido, mientras sus dedos se movían convulsivamente; Pero, retomando su sonrisa, dijo—

"Eres cálido, capitán Norcliff—de mal genio y, de hecho, grosero; Pero—¡ay—bah! Hoy en día la gente no pelea duelos, al menos en nuestro servicio. Desde que Munro de los Guardias a Caballo luchó ese duelo absurdo con Fawcett del 55º, una reunión hostil se ha convertido en un asunto de ahorcamiento—un asunto pequeño para el jurado del forense y la consideración de Calcraft. Así que—aw—mantén la calma y *au revoir*."

Lady Loftus y Cora, que ya habían saltado sin ayuda al phaeton, le llamaban—¡a él, y no a mí!—así que él levantó su sombrero, con una reverencia irónica de cortesía, y se unió a ellas, tras lo cual pronto escuché el sonido de las ruedas apagarse a lo lejos.

Por un momento permanecí como aturdido por la repentina y peculiaridad de todo el asunto; Al momento siguiente, todos mis propósitos estaban tomados.

Volví al salón, donde la señorita Auriol seguía sollozando, pero no violentamente—estaba demasiado débil para eso.

"Señora Goldsworthy", le dije, "debe haber percibido la falsa posición en la que nos han colocado esta noche, y debe saber que no puedo volver más. Guarda para la señorita Auriol el dinero que le he dado y sé como has sido hasta ahora, cariñosa y fiel. Así que ahora adiós."

Sentí la impropiedad e indelicidad de prolongar una entrevista tan desagradable y, presionando suavemente las manos pasivas de la joven y de su nodriza, antes de que cualquiera pudiera hablar, ya había salido de la cabaña y estaba en mi silla, espoleando como un loco por la carretera hacia los barracones en la carretera de Thanet, con la intención únicamente de exponer Berkeley y vengarme de mí mismo.

Mis subalternos, Frank Jocelyn y Sir Harry Scarlett, eran demasiado jóvenes e inexpertos para ser consultados en el asunto, así que decidí partir en tren nocturno hacia Maidstone y presentarlo ante mis amigos mayores en la sede.

Le di mi caballo a mi mozo, Lanty O'Regan, y corrí a mis habitaciones, sacando mi estuche de pistola como único equipaje. Sentía calor, fiebre, casi enfadado, y una copa de champán bien helado no lograba calmarme. Escuché las risas, el tintinear de copas y la jovialidad del comedor de húsares resonando por las ventanas abiertas mientras cruzaba la oscura plaza de los cuarteles camino a la estación de tren; pero cuando estaba a punto de salir por la puerta principal de guardia, Pitblado me colocó en la mano un pequeño paquetito, que un sirviente montado acababa de traerme y que parecía contener una cajita pequeña.

Temblando, lo abrí a la luz de la linterna principal y vi que contenía mi anillo—mi famoso anillo de Rangún—*devuelto*.

Lo coloqué discretamente en el dedo de donde lo había sacado en Calderwood Glen y, agradeciendo al centinela que sostenía la linterna con una sonrisa de comentario, continué mi camino hacia el tren, que pronto me llevó a Maidstone.

Aunque no lo sabía, Berkeley estaba en otro compartimento del vagón que ocupaba.

CAPÍTULO XXII.

Tus palabras han sido tan dolorosas, como si hubieran sufrido

Para poner en práctica el homicidio involuntario, preparar peleas

Sobre la cabeza del valor:—

Es realmente valiente y sabe sufrir sabiamente

Lo peor que ese hombre puede respirar, y cometer sus errores

Su exterior; los llevas como su ropa sin cuidado,

Y nunca prefieren sus heridas a su corazón,

Para ponerlo en peligro.

Si los agravios son males, y nos obligan a matar,

¡Qué locura es arriesgar la vida por el mal!

TIMÓN DE ATENAS.

Escribir a Lady Louisa una explicación completa del asunto fue una de mis primeras resoluciones; ¿pero me creería?—contra quien las apariencias, ya, sin duda, coloreadas, distorsionadas y elaboradas por las astutas insinuaciones de Berkeley, eran tan fuertes?

Sin una palabra de pregunta ni ninguna exculpa, ella y Cora se retiraron juntas, y con él, bajo la escolta que él había pedido. ¡Qué uso fatal no haría del tiempo que le han dado! Adelante, el rápido tren siguió; ¡Pero para mí incluso el Expreso me pareció un retraso esta noche!

¡Ay! que a quien amaba tan profundamente debería pensar tan mal de mí, como sin duda lo hacía ahora.

Si llamaba a Berkeley y le disparaba, arriesgando y infringiendo tanto las leyes civiles como militares del país, sabía que mi tío perdonaría y que Cora lloraría por mí; Sabía cómo Louisa se echaba nerviosa ante la publicidad de un asunto así; pero también sabía que ninguno de ellos me perdonaría por un supuesto romance con una criatura aparentemente tan inútil como la amante descartada de otro—un encuentro por el que perdí el amor de alguien tan brillante como la heredera de Chillingham. De todas esas transacciones, el viejo baronet cazador de zorros, el espejo del honor, tuvo un gran horror, y en los mares que lavan nuestras costas no hubo corazón más noble que el suyo. Aún no veía el final del romance; mi corazón estaba hinchado y mi cabeza mareada, de rabia; ¡Solo anhelaba consejos amistosos y una venganza rápida! Si la historia llegara a oídos de Sir Nigel, y él me cortara la asignación, mi sueldo como capitán de caballería de línea—es decir, catorce chelines y siete peniques por día—incluso con la asignación contingente de setenta u ochenta libras anuales (para entierros y reparación de armas, etc.), nunca me mantendría, incluso en servicio, en un cuerpo tan caro como el nuestro; así que, si yo era un hombre arruinado, ¡todo era gracias a los encantos de Berkeley! Económicamente no podía quedarme, y retirarme, vender, renunciar o cambiar por India en tal crisis, cuando la guerra ya estaba declarada en Europa, solo sería provocar la deshonra y la destrucción.

Bajo cualquier circunstancia, "enviar mis papeles" era una ruina social. Vendería mi tropa y seguiría al regimiento como lancero voluntario, antes que no ir al centro de la guerra en el Este; y todo este dilema, este vórtice de pensamientos atormentadores, esta agonía de vergüenza anticipada, unida a la pérdida de Louisa Loftus, se lo debía a las maquinaciones, el odio y los celos del único hombre que realmente odiaba o despreciaba en todo el regimiento. Por fin llegué al cuartel (donde hacía tiempo que sonó la última trompeta de tatuaje) y busqué los aposentos de Jack Studhome, quien, para mi confusión y algo molestia, encontré ocupado con el coronel en asuntos

militares. De hecho, con la ayuda de un par de decantadores de un puerto de comedor muy poco reconocible y una caja de puros, estaban revisando el "Libro de Descripción", que, para información de lectores que no pertenecen a la caballería, debo mencionar que es uno de los dieciséis libros de contabilidad llevados por el personal del regimiento, siendo un registro de la época, tamaño y descripción de los caballos de cada tropa; los nombres y la residencia de las personas a quienes fueron comprados, con la fecha de su compra, y demás, y se asigna una columna para comentarios, para mostrar la forma en que se dispone de cada caballo.

"¿Estás aquí, Norcliff?" exclamó el coronel Beverley, sorprendido, al cerrar el volumen.

"Disculpe, coronel, sé que debería estar en Canterbury; pero me he aventurado en la sede por un asunto tan particular——"

"Ahora, Norcliff, ¿qué demonios pasa?" interrumpió Studhome, mientras se ponía unas gafas limpias y empujaba la caja de puros hacia mí.

"¿No pasa nada con tu tropa, eh?" dijo nuestro teniente coronel, bajando las cejas.

"No, coronel—un asunto personal me ha traído aquí", respondí, mientras ellos, percibiendo que estaba pálido y agitado, intercambiaban miradas inquisitivas.

"Pronto partiremos, Norcliff", dijo el coronel; "Travers y otros se han deshecho de sus caballos de repuesto; Scriven ha enviado a su semental a Tattersall's; El arrastre lo dejaremos aquí con el depósito. El yate de Wilford viaja en Cowes con la escoba simbólica en la cabecera del mástil. He estado cambiando a los hombres desmontados cada tres días, para que, pase lo que pase, todos sean lanceros perfectos cuando llegue la montura completa; Y hemos hecho que el veterinario inspeccione a los caballos una vez por semana, para determinar si hay alguna enfermedad contagiosa entre ellos, ya que eso, ya sabes, nos daría la pena en servicio. Los dragones sin caballos (el pobre Beverley no previó los horrores que esperaban a la caballería antes de Sebastopol) serían como fusiles sin cerraduras. También deseo que el cuerpo reciba cubiertas de agua,[*] pero no puedo conseguirlas; y ahora, Norcliff, que has respirado, vacía tu copa y di en qué modo podemos ayudarte."

[*] Un trozo de lienzo pintado, para cubrir la silla, la brida y las cinturas de un caballo de caballería, y a veces clavado al suelo. El nombre del cuerpo solía estar pintado en el exterior; y cuando el soldado fue montado para el servicio, la cubierta fue sujeta sobre su acrónimo.

"Escucharás, coronel", dije, tomando su mano tendida; "Busqué a Studhome para obtener su consejo, como mi amigo más antiguo y uno de mis más valiosos en el regimiento, y con gusto me beneficiaré del tuyo, bajo la promesa de secreto, ya que el nombre de una dama se refiere a lo que tendré el honor de relatarte."

"Ah", dijo el coronel, abriendo de par en par su desordenado exceso y medio cerrando los ojos, mientras se recostaba en dos sillas, con el aire de quien espera y escucha, "este prólogo augura algo desagradable."

La voz y el trato de Beverley se vieron ligeramente afectados, pero aun así resultaron muy agradables. Era, como he dicho en otros lugares, un hombre muy apuesto, de mediana edad, con un ojo gris oscuro agudo y cabello cerrado y nítido, algo arrastrado al hablar, pero bien y con complexión poderosa, hombros anchos, flaqueos delgados y un buen oficial de dragón medio. Bajo la emoción, sus rasgos y su porte cambiaron; se volvió breve y rápido; sus labios se volvieron decididos, aunque su bigote negro los ocultaba.

Relaté de forma concisa la historia de la señorita Auriol, y las calumnias contra mí circulaban en Maidstone—calumnias de las que Studhome era muy consciente; Me referí a mi compromiso con Lady Louisa, y detallé la trampa en la que había caído y el uso que Berkeley había hecho de ella, añadiendo que había decidido pasearle con él—para confrontarle, y se lo había dicho cara a cara.

"Ah, ¿y qué dijo?" preguntó el coronel, quitando las cenizas de su puro con un dedo adornado de joyas.

"Si vivieras hasta la edad de Methusaleh, coronel Beverley, nunca lo adivinarías."

"¿Y bien?"

"Poniéndose la copa en el ojo, soltó con un ceceo frío, '¡Bah! Ahora la gente no pelea duelos. Al menos en nuestro servicio, desde el fatal romance de Munro con Fawcett,[*] las reuniones hostiles han sido asuntos pendientes.'"

[*] El duelo desastroso e imprudente al que se refiere —el último, creo, librado en nuestro servicio— ocurrió en 1844, entre los maridos de dos hermanas, en una disputa sobre asuntos monetarios: el teniente coronel David L. Fawcett, C.B., del 55º Regimiento, y el teniente y ayudante Alexander T. Monro, de los Royal Horse Guards. El primero fue asesinado, y el segundo, tras sufrir un breve encarcelamiento, fue restituido al servicio, pero no a su regimiento. Las circunstancias deben estar frescas en la memoria de algunos de mis lectores.

"Mayor es mi lástima", continuó Beverley.

"¿Y realmente te respondió así?" dijo Studhome.

"Estas fueron sus palabras, o casi."

Beverley frunció el ceño y una sonrisa de desprecio curvó su orgulloso labio.

"Una descarada tan fría es deliciosa", dijo riendo.

"¡Pero el asunto no puede terminar así!" Exclamé, impetuoso.

"Por supuesto que no, querido amigo—por supuesto que no. Pero si el asunto llega antes que el lío o el público, ¿cómo vamos a mantener fuera el nombre de Lady Loftus? Aunque podría disfrutar el éclat de que su apodo de trompetería tintinee con el de la hija de Lord Chillingham, y con el tuyo, para Lady Louisa es un asunto muy distinto. Debemos ser cautelosos y cautelosos, o te pondremos entre los cuernos de un dilema. Las mujeres complican infernalmente las disputas de los hombres."

"Con gusto me haré de tu consejo, coronel, y Studhome actuará como mi amigo."

Jack llamó a su sirviente por un proceso rápido peculiar de los barracones y lo envió a la guardia principal para preguntar si el señor Berkeley había pasado por allí.

La respuesta llegó de inmediato: estaba en sus aposentos.

"¿Cuánto tiempo lleva allí?"

"Unos treinta minutos, señor."

"Madre mía, Norcliff, habéis venido en el mismo tren desde Canterbury", dijo el coronel, después de que el sirviente se retirara. "¿Cómo si hubieras estado en el mismo compartimento?"

"Podría haber estado tentado de tirarlo por la ventana."

"Studhome, ve a Berkeley y arregla este asunto; pero recuerda el honor del regimiento", dijo el coronel, "así como el de tu amigo, porque bajo todo riesgo y peligro no permitiré escándalos públicos sobre nosotros—ni se le dé el control a los miserables whipsters de la prensa periodística, cuando estemos a punto de partir hacia el centro de la guerra."

"Confía en mí, coronel", dijo Jack, mientras encendía un puro nuevo, se ponía su gorra de forraje con laca dorada justo sobre la oreja derecha, cogía su látigo de montar por costumbre y se alejaba apresuradamente.

El tiempo de su ausencia pasó lentamente. Me encontraba en un dilema, del que no veía claramente el camino; y el coronel continuó castigando el puerto de Jack, fumando en silencio y hojeando el "Libro de Descripción".

En lo más profundo de mi corazón maldecía tanto las comodidades de la vida civilizada como las leyes de la sociedad moderna, que me privaban de los medios de una retribución rápida y segura, incluso arriesgando mi propia vida y mis miembros. Tales obstáculos, en estos tiempos de policía bien ordenada, afortunadamente, quizás, nos obligan a ocultar nuestros odios y animosidades; someterse silenciosamente a la injusticia, el insulto y la oblocución, por los que las mismas leyes que pretenden protegernos y guiarnos no ofrecen la debida reparación; trampas que aprovechan mucho a los groseros, cobardes y mezquinos, que así pueden burlarse o insultar con impunidad, cuando en los viejos tiempos de la pistola sus vidas habrían pagado la pérdida; Y sea cual sea la locura, error o maldad del duelo como sistema, no cabe duda de que, cuando los hombres tenían como último recurso la prueba del valor moral, el tono de la sociedad era más alto, más saludable y mejor, especialmente en el ejército. Después, las bromas pesadas, la grosería y los concursos eran desconocidos en una mesa de comida; mientras que una injusticia o insulto abierto llevaba consigo la terrible pena de una vida humana.

Por las reglas del servicio sabía que ningún oficial o soldado podía enviar un desafío a otro oficial o soldado para luchar en duelo, a menos que, si era oficial comisionado, bajo pena de ser expulsado; si un suboficial o soldado, que sufre castigo corporal, u otra distinción que pueda imponer un consejo de guerra.

Sabía que las penas del derecho civil eran aún más severas; y sin embargo, John Selden, uno de los abogados más capaces, eruditos y patriotas de Inglaterra, dice que "un duelo aún puede concederse por la ley inglesa, y solo entonces. Que la Iglesia lo permitiera aparece una vez así: en sus liturgias públicas había oraciones designadas para que los duelistas dijeran; El juez solía pedirles que fueran a una iglesia así a rezar, etc. ¿Pero si esto es legal? Si haces la guerra legal, no dudo en convencerte de ello. La guerra es lícita porque Dios es el único juez entre dos que son supremos. Ahora bien, si ocurre una diferencia entre dos súbditos y no puede decidirse por testimonio humano, ¿por qué no pueden poner a Dios a juzgar entre ellos, con el permiso del príncipe? No; ¿Y si la bajáramos—por argumentar—a la espada. Uno me da la mentira: es una gran vergüenza aceptarlo; la ley no ha previsto que se preponga un remedio por el daño (si puede suponer algo de un daño para el que la ley no presume remedio), ¿por qué no soy, en este caso, supremo y, por tanto, correcto yo mismo?"

Mientras Beverley y yo empezábamos a hablar sobre esos temas, Studhome, como él mismo dijo, estaba "llevando a Berkeley a juicio" en el asunto.

Encontró a ese caballero en un estado mental algo perturbado, calmándose con un puro, mientras descansaba en su chaleco y pantalones en un lujoso sofá, en su elegante habitación amueblada, cuyas paredes estaban cubiertas de grabados de colores de caballos y balletistas. Una alta copa de cristal sobre la mesa mostraba evidentes restos de brandy y agua con gas, de la que se habían bebido recientemente.

"Entonces, después de todo lo que ha ocurrido, no conocerás a Norcliff, como él desea?" preguntó Jack, después de que el asunto se hubiera analizado a fondo.

"Ay—decididamente no", dijo él, emitiendo sus palabras y un volumen delgado de humo lentamente juntos.

"En Gran Bretaña, al menos, tal y como está la ley ahora, difícilmente puedo culparle, señor Berkeley", dijo Studhome, con rigidez; "pero como están las órdenes de Londres, pronto partimos, y hay que hacer algo al respecto; porque, tal como están las cosas por ahora, no podéis permanecer ambos en el mismo regimiento."

"Ay—qué bien eso", respondió Berkeley, enroscándose el bigote; "Pero—ay—¿quién es el idiota que lo dejará, ahora que tenemos órdenes de preparación?"

"Usted, señor", dijo Jack, algo desconcertado.

"Gracias; Pero—ay—suplicar que no lo haga. Y este misterioso algo que debe hacerse—aw—eh?"

"Te recomendaría una confesión sincera por tu parte; tal explicación, por escrito, como mi amigo, el capitán Norcliff, pueda mostrar a Lady Loftus y luego entregarla a las llamas, o devolvérsela."

"¡El dos!" arrastró Berkeley, sujetando su puro a distancia y girando el sofá medio alrededor para tener mejor vista de nuestro ayudante. "¿Hay alguna otra cosita que te apetezca?"

"Creo que no, señor."

"Mi buen amigo, Studhome, no tengo duda de que eres un ayudante excelente, muy experimentado en ejercicios de lanza, espada y pistola—sabiendo cómo 'poner un escuadrón en el campo', como el amable Otelo; pero tú—ay—ay—realmente debes permitirme ser el mejor juez de mis propios asuntos."

Studhome se inclinó altivamente, y luego se puso de pie, gorro y látigo en mano, erguido; así que Berkeley continuó—

"Estás al tanto de los susurros sobre Norcliff y esa chica, Agnes Auriol—¿no es ese su nombre?"

"Sí, señor; Sé que ha habido susurros maliciosos, y ahora tengo la vista puesta en el circulador de ellos."

"Muy bien", dijo Berkeley, sonrojándose ligeramente; "son muy actuales entre los 16^o Lanceros y 8^o Húsares. He conocido un poco a la chica; pero ya me cansamos—ay—de ella. Todos nos cansamos, querido amigo, de tales asuntos con el tiempo. Toma un puro—aw—no lo harás—¡qué aburrimiento! bueno, así que mi consejo para tu irritado amigo escocés sería que, como ella está perfectamente libre de salir de mi protección, pueda entrar tranquilamente en su protección; Así que aquí termina el asunto de los tontos."

"Así que puedes pensar en ello", dijo Studhome, mirando la tumbona con desprecio airado.

"¿Qué podría ser más ambiguo, como admitió Lady Loftus, que las circunstancias en las que los encontramos? La apoyaba—de hecho la acariciaba; Y luego estaba su billete de cincuenta libras que le ofreció. Querido amigo, la gente no es tan diabólica como—ay—para dar cincuenta libras a esas chicas por—¡ay—nada!"

"Lo que pretendas pensar, o pretendas decir, de ese asunto, de las intenciones últimas de mi amigo, como hombre de espíritu, no puedes ignorarlo."

"Oh—no prefiero especular sobre ellos."

"¡Esta tontería, señor, es insoportable! Puede que te azote en la cara con su látigo delante de todo el regimiento, cuando Beverley lo ponga en línea mañana, y así te conviertas en un escándalo para nosotros, para Maidstone y para todo el ejército británico, desde los Life Guards hasta los Cape Rifles."

"¿Azotarme?"

"Sí; ¡Y con firmeza también!"

"No creo que lo haga."

"¿Por qué?"

"Porque entonces saldría a la luz toda la historia, habría un arresto—aw—y un tribunal de investigación, y mi Lady Louisa Loftus tendría su augusto nombre en todos los periódicos, desde el *Morning Post* hacia abajo."

"Y bajo esta creencia en su paciencia, que le hace un gran cumplido a mi amigo, ¿realmente te proteges?" dijo el digno Jack Studhome, con intenso desprecio.

"Aprovecharé mi oportunidad."

"Entonces, señor, astuto como sea, y aunque cree que mi amigo debe someterse a mentir bajo una vil acusación y, si ocurre, ser arruinado con Lady Louisa Loftus y sus amigos, no puede esperar salir impune. ¡El diablo! Vivimos tiempos extraños. ¿Estamos tan bajos que oficiales y caballeros, que honorables y valientes miembros, que nobles lores, consejeros eruditos en derecho e incluso estudiantes alegres, resuelvan sus disputas a la manera de las ollas, mediante vituperios femeninos o peleas vulgares, sin soñar jamás con recurrir a la pistola? Hombres de todos los rangos, desde el par más destacado hasta los anónimos escribas de la prensa diaria—

Esos que se arrastran, pisan, azotan, desnudos, traidores,

Compuesto de volúmenes, veneno, manchas y picaduras,—

ahora pueden etiquetarse mutuamente como mentirosos, cobardes y matones, con total impunidad. ¿Me entiende, señor?"

"No del todo."

"¿Cómo es eso? ¡Hablo bastante claro!"

"Esos tipos están—ay—fuera de mi camino."

"Entonces entenderá esto, señor", dijo Studhome, agarrándole con fuerza por el hombro y con una expresión en los ojos que hizo que incluso la indiferencia de Berkeley se evaporara, "unas semanas nos deben llevar al Levante, en las costas de Turquía y ante el enemigo. Allí se celebrará un duelo, y para evadir tanto las leyes de Britania como las reglas del servicio, los segundos se obligarán con una solemne promesa de declarar que quien pueda ser herido, o quien pueda ser asesinado, fue alcanzado por un disparo fortuito del enemigo. ¿Comprende este acuerdo, señor?"

"Perfectamente."

"¿Y tu amigo—quién es él?"

"Capitán Scriven, nuestro."

"Bien—lo veré al instante."

"¿Así que ese era tu acuerdo, Studhome?" preguntó Beverley.

"Sí; No había otra manera. Scriven promete y acepta, y ha dado su palabra de secreto. ¿Lo aprueba, coronel?"

"Supongo que debo hacerlo; ¿y tú, Norcliff?" preguntó.

"¡Deseo al cielo haber visto Malta, o incluso Gibraltar, hundirse en el mar en nuestro cuarto de sotavento!" dije, con fervor feroz, mientras estrechaba la mano de Studhome, y al menos esa noche, me vi obligado a conformarme y regresar a mi tropa en Canterbury.

"Si uno de nuestras filas muestra la pluma blanca ante los rusos, creo que Berkeley será el hombre", dijo Beverley, mientras él y Studhome fumaban un último puro conmigo en el andén antes de que comenzara el tren de bajada.

CAPÍTULO XXIII.

Como no hay ayuda, ven, besémonos y separémonos.

No, lo he hecho; No tendrás más de mí;

Y me alegro—sí, me alegro con todo mi corazón—

Que así tan claramente yo mismo puedo liberar;

Dadle la mano para siempre. DRAYTON, 1612.

Sin dormir y sin descansar, tras regresar a Canterbury, me encontré al día siguiente en el desfile matutino, y sometíendome a toda la rutina del entrenamiento regimental, por tropas y escuadrones, con el cuerpo de húsares al que estábamos adscritos, mientras que mis pensamientos y deseos aparentemente estaban a mil kilómetros del tiempo y las circunstancias actuales.

La perspectiva de la "satisfacción", como se le llama, incluso en el modo inusual en que debía obtenerse, y aunque pospuso, me calmaba; pero ¿cómo me relacioné con Louisa? ¡Ella creyó que no le era fiel! Todavía estaba bajo los falsos colores con los que el artístico Berkeley había logrado mostrarme.

Me devolvieron el anillo, y aunque seguía llevando el suyo, nuestro compromiso pareció romperse silenciosa y tácitamente; su miniatura ya no la contemplaría más—sus rasgos me llenaban de rabia y tortura.

Durante el día que siguió a mi última desafortunada visita a la cabaña cerca de los Reculver, me apresuraré con gusto. Encargando mi caballo—el tapa negra con la estrella blanca en el mostrador—estaba a punto de salir a dar un paseo, antes del desorden, hacia Ashford, cuando Pitblado me puso en la mano dos billetes, que acababan de llegar por correo. En uno reconocí la letra de Cora; por el otro, la corona y el monograma de la condesa de Chillingham. El corazón me saltó a la cabeza y abrí primero la segunda.

Era simplemente una tarjeta de invitación en la forma habitual—el conde y la condesa de Chillingham solicitaron el honor de la compañía del capitán Norcliff en una cena amistosa, a las ocho de la tarde del día 20 de este año—solo tres días después, por lo que el tiempo era breve; pero entonces estábamos bajo órdenes de alerta, y por todas partes tropas—a caballo, a pie y de artillería—se dirigían hacia Southampton y otros lugares para embarcar. La nota concluía mencionando que se esperaba a Sir Nigel Calderwood desde Escocia.

La invitación era desconcertante; pero reflexioné que el conde y la condesa eran igualmente ignorantes de las relaciones que habían existido entre su hija y yo, y del brusco trasfondo por el que esas tiernas relaciones se habían roto tan repentinamente.

No pude negarme; y si aceptaba, ¿cómo iba a conocer a Louisa? Y ahora, ¿qué dijo Cora?

Su querida nota fue breve y rápida, pero explicó todo, y más de lo que podría haber esperado. La señorita Agnes Auriol, al ver la falsa posición en la que Berkeley había logrado colocarme, había transmitido generosamente, anoche, por su antigua enfermera, todas las cartas que poseía del señor Berkeley, y estas habían servido para explicar completamente su relación con él y exonerarme, proporcionando una pista completa de lo que ya había despertado sus sospechas y sorpresa: el conocimiento íntimo de Berkeley sobre la cabaña, y el extraño hecho de que poseía una llave para ello.

"Louisa lo sabe todo, y ahora cree que ha sido demasiado precipitada;" así decía la nota. "Devuélvele el anillo cuando os encontréis, y os contaré mucho cuando os veamos aquí. Louisa te pide que la veas como si nada hubiera pasado. ¿Puedes creerlo que ayer por la mañana, antes de que ocurriera esa horrible escena, Berkeley le había pedido matrimonio en forma formal, y fue rechazado—rechazado, querido Newton, y para ti? (Esta parte de la nota estaba singularmente borrosa, manchada y mal expresada para Cora.) No hace falta que te digas que te pongas agradable, porque se espera a papá y Lord Slubber debe estar aquí."

Un posdata añadió que el paquete de cartas había sido devuelto a la cabaña esa misma mañana por un sirviente—pero encontró el lugar cerrado y los internos desaparecidos, nadie pudo decirle dónde; así que, en este dilema, habían sido destinados él mismo a Berkeley, en los cuarteles de Maidstone. [*]

[*] Mientras servía en Oriente, un párrafo en un periódico galés relataba la muerte de Agnes Auriol en la parroquia donde su padre había sido titular. Fue encontrada muerta en el estiramiento que conducía al cementerio del pueblo; y el veredicto del jurado fue "Muerte por la visita de Dios."

Respondí a las notas, se las di a Pitblado para que las enviara y giré por Ashford Road como alguien en un sueño, dejando caer las riendas sobre el cuello de mi caballo y teniendo suficiente para la reflexión seria y la reflexión madura; Porque todas estas reuniones, comunicaciones y pasajes tan importantes para mí se habían comprimido en el corto espacio de apenas dos días.

Aún quedaban tres días antes de que volviera a ver a Louisa, escuchar su voz y alegrarme con su sonrisa.

Tres días fueron una invitación corta a una casa de moda, incluso a un oficial en el campo, pero a mí me parecieron tres siglos.

También sentí que nunca disfruté menos de la compañía de Louisa que en su propio círculo familiar. Es cierto que mi nombre no estaba registrado en Douglas, Debrett ni en ningún otro *libre d'or* de la nobleza escocesa o inglesa, pero no era menos caballero, y toda mi alma se encendió—casi con republicanismo rojo—ante la postura fría que solía mostrar hacia mí Lady Chillingham.

Unas horas después, la idea de ser marcado por una bala moscovita o una lanza cosaca no había sido cuestión de gran importancia; ahora que la nube se había disipado, que sabía que Louisa aún me amaba—ahora que sentía de nuevo toda la brujería con la que el amor de una chica así puede enriquecer la existencia—ahora que el dulce sueño ya no era, como lo fue en Calderwood, un mero sueño, sino una deliciosa realidad—llegué a la conclusión de que la guerra era un aburrimiento impertinente, gloria una ilusión y una trampa, Marte y Belona un par de farsantes — el primero un alborotador y el segundo no mejor de lo que debería ser.

Puedo asegurar al lector que habría soportado la inteligencia de una paz repentina con gran fortaleza cristiana y perfecta ecuanimidad mental; y si hubiera complacido al emperador Nicolás y a las potencias occidentales estrechar la mano y dejar sin molestar a Crimea y al "enfermo" en Stamboul, ciertamente nadie habría bendecido sus tranquilas intenciones más que yo, Newton Norcliff.

Pero el destino lo había ordenado de otra manera; y, como el senador romano, su "voz seguía siendo a favor de la guerra!"

La emocionante noche del "20 del mismo día" me llevó al salón de Chillingham Park, y en esta ocasión fui con uniforme completo, sabiendo bien que eso aumenta el interés con el que se observa, en tiempos en que la atmósfera huele tanto a pólvora, como ciertamente ocurría en ese periodo de mi historia; Y cuando uno se inventa —

Por juventud, por amor y por un sastre militar,

La impresión es generalmente favorable.

Las circunstancias me desconcertaron, y no sin una inusual emoción de confusión me abrí paso entre otomanes, mesas buhl y cortinas de cristal, y pareciendo ver en los espejos reflectantes al menos cien figuras con uniforme de lancero recorriendo las vastas perspectivas.

Incluso la habitual condesa fría y altiva me recibió con cordialidad (quizá pronto se libraría de mí para siempre). Lord Chillingham, un digno y anciano noble, a quien es difícil describir, ya que carecía de características y nada destacable en él, salvo la extrema longitud de su chaleco blanco, me recibió con la calidez educada y agradable que otorgaba a todos los que no le importaban.

Cora se apresuró a encontrarse conmigo, pareciendo muy pálida y no muy bien vestida—de seda azul oscuro intenso, con volantes de encaje negro—y más allá de ella vi a Lady Louisa. Cuando me acerqué a esta última, me dolían las sienes y jugaba nervioso con las borlas de mi banda dorada, como un niño crudo que acaba de informar de su llegada.

Estaba tranquila, serena y grave—con estilo, dolorosamente—pero vuestros británicos bien educados odian tanto una escena que han aprendido el arte de mantener cada emoción bajo el control más completo, relajando la acera solo cuando les conviene.

Salvo Cora, que presenció nuestro encuentro sonriente y agradable, nuestro elegante intercambio de reverencias y una ligera presión en la mano, nadie podría haber leído los pensamientos que llenaron nuestros ojos y corazones, y mucho menos imaginar el tormentoso adiós de la otra noche. Las gotas de diamante que brillaban en los ojos de Louisa al encontrarse conmigo no llegaron corriendo; pero fueron absorbidos por sus gruesas pestañas oscuras, que las cerró un instante y luego bajó la mirada. Iba vestida simplemente con seda blanca, con adornos de diamantes y collares de perlas entre las trenzas de su magnífico cabello negro.

"Invité a su amigo, el señor De Warr Berkeley, para la velada", dijo la condesa, "pero la invitación, me temo, fue demasiado corta y, desafortunadamente, él alegó un compromiso previo."

En ese momento, una sonrisa brillante e inteligente brilló en los ojos de Louisa. De hecho, todo el asunto reciente solo lo conocían los actores que lo interpretaban—salvo que incluyera a Beverley y Studhome.

"Capitán Calderwood Norcliff—mi Lord Slubber", dijo el conde, mientras me guiaba hacia un anciano caballero que estaba encorvado sobre la silla de la condesa, con quien sonreía y conversaba en un tono monótono educado.

"Ah—en efecto—que tengas mucho placer", dijo este personaje, inclinándose con una amplia sonrisa convencional y mostrando dos de sus dedos marchitos; "¿Algún parentesco de Sir Nigel Calderwood?"

"Su sobrino."

"Encantado de verle, querido señor. Sir Nigel está aquí—ha llegado esta mañana."

"Solo esperamos su aparición para la cena; nuestro grupo es pequeño, como verá, capitán Norcliff", dijo la condesa, que ciertamente seguía siendo hermosa, siendo una versión más grande, mayor y majestuosa de Louisa, y un peluco empolvado le habría quedado bien a su rostro y estatura.

Entre discusiones vacías o comentarios desordenados sobre las probabilidades de la guerra, el clima y las cosechas, con la sospechosa política de mi Lord Aberdeen—comentarios antes de la cena—mientras mis ojos buscaban de vez en cuando los de Louisa, estudiaba el aspecto de mi rico rival, quien, sin sospechar el secreto de mi corazón, me había entablado inmediatamente en conversación.

Lord Slubber no era tan alto como antes; Sus rasgos, aunque finamente definidos, ahora estaban algo flácidos y se habían convertido en un cúmulo de arrugas indudables, pero había sido considerado "el hombre más apuesto de su época", un periodo sobre el que no nos atreveremos a especular. El veterano roué se consideraba aún "un perro vivaz" y esperaba lograr conquistas. Así, sus dientes eran un brillante triunfo del arte sobre la naturaleza, y aunque su cabeza estaba desnuda y lisa como una bola de billar, sus mejillas colgantes tenían un delicado tono rosado del que no había duda.

Su rostro, con su larga nariz aristocrática, barbilla algo prominente y frente retraída, y su sonrisa perpetua y melosa, recordaba a los retratos de Beau Nash, y hacía imaginar lo bien que le habría quedado bien el polvo y los volantes, la peluca y la

espada pequeña de los primeros días de Jorge III, en lugar del odioso traje negro de cola de golondrina y el de camarero de la época actual.

Y este viejo galán parlanchina —este "pantalone delgado y zapatillado"— era descendiente y representante de la gran línea normanda de Slobar de Gullion, que había atrapado al sajón Kerne en el New Forest, extrayendo las trituradoras de los hijos de Judá; que se habían destacado (como haría un marinero irlandés) en Magna Charta, y montaron en toda su herretería en las filas de Eduardo en Bannockburn y en las de Enrique en Azincourt.

Mi satisfacción al encontrarme aún amante de Luisa, y de nuevo invitado de su padre, se vio algo frustrada por la presencia de este, en cierto sentido, formidable rival, que, como me informó la condesa en susurros, estaba a punto de ser nombrado marqués por su ferviente apoyo a la administración de Lord Aberdeen, y que sería condecorado con la Jarretera, de la que el emperador Nicolás acababa de ser despojado.

Murmuré algo como respuesta, y Lady Louisa, que estaba sentada cerca de nosotros en un otomán, dijo, riendo, detrás de su abanico—

"Un marqués y K.G. ¡Oh, mamá, qué examen tan antiguo es! Pero, imagina, ha estado proponiendo llevarnos a todos, y también a Cora, en su yate a Constantinopla—o incluso al Mar Negro, si así lo deseamos."

"Qué amable por su parte."

"Lleva cañones de latón, y él cree que puede ayudar al almirante Lyons, si es necesario."

"Recuerda que es un admirador devoto tuyo", oí susurrar a Lady Chillingham, con una mirada que reprimía el deseo de su hija de reír abiertamente.

"Silencio, mamá", respondió, cerrando bruscamente el abanico; "Las confidencias son inusuales en ti; y en cuanto a aquel del que hablas, su aspecto es suficiente para hacer envejecer."

Si la condesa habría contenido este comentario inapropiado, que no pude evitar escuchar con alegría, no lo sé, porque en ese momento se oyó el rugido del gong de la cena en el vestíbulo, y mi tío, Sir Nigel, con aspecto saludable, fuerte y sonrojado, con su cabello plateado brillante y ondeante, entró y estrechó la mano de todos, pero con nadie tan cálido como yo. Llevaba un abrigo de montar gris oscuro, botas superiores y pantalones blancos con cordón, un disfraz por el que se disculpó con la condesa y luego volvió a mirarme a mí.

"¡Madre mía, Newton, me alegro de verte, querido muchacho—también con uniforme—¡qué bien queda el tipo con su faja y charreteras! Disculpe por llegar tan tarde, Lady Chillingham; pero fui a caballo hasta los barracones, pensando en acompañar a Newton aquí. ¡Qué contento estaba Willie, el hijo de mi antiguo cuidador, de verme! Al regresar, me perdí entre una red de caminos verdes y setos; pero como tu Kent aquí es tan plano como una mesa de billar, comparado con Fife y Kinross, las laderas de los Lomonds y las colinas salinas, cabalgué directamente hacia Chillingham, apresurando a mi caballo hacia setos, vallas hundidas y todo lo que se cruzaba en su camino, desafiando las amenazas contra los intrusos, y así sucesivamente, ¡y aquí estoy!"

"¿Veniendo como corresponde el amo de los sabuesos de Fife, eh, Sir Nigel?" dijo la condesa; "pero ahora tomaré tu brazo."

El conde lideró a Cora, Slubber entregó su brazo a Lady Louisa; y pensé en el honesto "Enero y mayo" de Chaucer, mientras cerraba la marcha, solus, jugando con las borlas de mi fajín y mordiéndome el bigote, mientras marchábamos por una doble fila de sirvientes con librea hasta el comedor, donde me las arreglaba para sentarme al otro lado.

Había un aire de decencia en el viejo Slubber, que, aunque hacía reír a Louisa, era intensamente provocador para mí, que tenía que mantener mi distancia convencional. Sin embargo, podía cruzar un país con ella cuando cabalgaba hacia los sabuesos y reclamar su cintura esbelta para un vals cuando la ocasión lo permitía; ¡Gracias a Dios! nuestro senil anglonormando estaba por encima de estos, y de algunas otras cosas ahora; y me lanzó muchas miradas brillantes e inteligentes desde debajo de sus largas pestañas negras, que casi se rizaban en las puntas—reconocimientos de los cuales su señoría autocomplaciente estaba en una feliz ignorancia.

Tenía que restaurar el anillo de compromiso; pero mientras tanto nuestra conversación se limitó a la tontería de la mesa, y mientras la cena se servía *al estilo Rus*, y dejaban de lado todas las tallas, incluso sus cortesías fueron abolidas: así que confabulamos con mucha sinceridad vacía sobre el rumor prevalente de que toda la caballería, ligera y pesada, marchar por Francia hasta Marsella, la última tanda de novelas de Mudie, las reuniones de carreras, el futuro Derby y otros temas igualmente lejanos de nuestro corazón; y luego tuvimos que reírnos del viejo Lord Slubber, cuando perpetró la broma que todo pequeño ingenio hacía en aquella época.

"¿Turquía, mi señor?" dijo un sirviente.

"Gracias—una porción—justo lo que quiere Nicholas."

"¿Y lo que tú, Newton y otros tipos debéis impedir que consiga, eh?" dijo Sir Nigel.

Devolver nuestro anillo de compromiso fue el principal objetivo que me alteró durante la cena; y, al ver que Louisa había quitado el guante de su hermosa mano izquierda, casi pensé que el regreso era invitado; y mientras nos demoramos en el postre, que se sirvió en el servicio favorito del conde Rose du Barri de vajilla de Sèvres, y mientras Slubber hablaba elocuentemente de la dudosa política de su amigo Lord Aberdeen, que mi tío destrozó por completo, yo ideé, sin ser visto, colocar mi diamante de Rangún en su mano, que se cerró sobre él y sobre la mía, con una presión rápida pero nerviosa, que me provocó un escalofrío en el corazón y un rubor en la mejilla.

¡Ya estaba hecho!

Recuperando—si es que alguna vez la perdió—me preguntó, con una sonrisa, como si fuera casual, qué me había gustado el lema familiar, que estaba grabado alrededor de las copas de champán.

"Prends moi tel que je suis", añadió, leyéndolo.

"Lo entiendo con deleite", dije.

"Tómame tal y como soy", tradujo ella, con una mirada que me llenó de alegría.

El pobre Slubber no sabía nada del pequeño enigma que se representaba casi bajo su nariz aristocrática, y entre comentarios tan triviales como estos—

"¿De qué cubo es este puerto, señor ——?" nombrando al mayordomo.

"Buen y notable oporto, mi señor—bin diez—añada, 1820; es el mejor vino antiguo del condado de Kent."

"No sabe así", dijo Lord Chillingham; De hecho, había sido expulsado del Salón de los Sirvientes por considerarlo intolerable. "¿Y el jerez—eh?"

"Pálido, mi señor", susurró el mayordomo; "Pagaste trescientos por colilla por ella—de la pequeña papelera."

"Bien—destapa un poco del Mosela."

En el rostro calmado, inescrutable y la postura instruida de Louisa Loftus, nadie podría haber leído el profundo secreto que acabábamos de compartir: la reconciliación de dos corazones ardientes y ansiosos, el vínculo de amor y confianza renovado; pero este extraño poder de velar toda agitación a veces es inferido tanto al

nacimiento como a la educación, y a las influencias locales de estos en la actualidad, cuando en la sociedad moderna el rostro humano es demasiado a menudo una simple máscara que oculta toda emoción, mostrando un exterior calmado, aunque en desacuerdo con la mente o la disposición de la persona; así, aunque su orgullo y autoestima habían sido recientemente enloquecidos, y su corazón aplastado por dentro, ahora, bajo el incidente de repulsión que provocó una gran alegría y reencuentro conmigo, Louisa pudo lucir su dulce rostro con una sonrisa tranquila y bien educada, mientras escuchaba el parloteo senil de mi Lord Slubber.

Las grandes emociones, como las que despertó el asunto de Agnes Auriol, rara vez pueden permanecer mucho tiempo y deben calmarse; Louisa estaba bastante tranquila y sumergida en suavidad y amor esa noche. Ella era todo lo que podía desear: mi propia Louisa.

Los caballeros pronto se unieron a las damas en el salón, y me acerqué de inmediato a Louisa, que de nuevo estaba sentada en el mismo otomán que Cora. Lady Chillingham estaba ociosa en un sillón, medio dormida, cerca del fuego, con los pies apoyados en el taburete de terciopelo y un perrito faldero sedoso sobre la rodilla; pero se animó al acercarse a Lord Slubber para susurrar uno de sus cumplidos anticuados, acuñados en la época en que la valentía era un ejemplo.

"¿Y crees que la caballería no pasará por Francia?" dijo Louisa, retomando, tras un rato, el hilo de algunas de sus antiguas palabras, mientras Cora fijaba amablemente sus ojos tiernos y hermosos en mi rostro.

"Es extremadamente dudoso", dije.

"¿Y por qué, Newton?" preguntó Cora.

"Porque, primo, se teme que los abrigos rojos no sean populares en Francia; y luego están los Scots Greys, que están literalmente cubiertos de trofeos de Waterloo; [*] especialmente resultarían un espectáculo muy desagradable para los hombres del Segundo Imperio."

[*] Esta circunstancia retrasó durante un tiempo la aparición de los Grises en las filas del ejército aliado. Partieron de Nottingham en julio de 1854, con su banda tocando "Scots wha hae", etc.

"Tu ruta será larga pero muy agradable, por mares clásicos y costas clásicas", dijo Louisa. "¿Lo trazamos en el mapa del Mediterráneo, en la biblioteca? Ven, Cora."

Hubo un cambio tembloroso en su voz y una mirada en sus ojos que no pude confundir.

Saliendo del salón sin que los mayores nos dieran cuenta, entramos en la biblioteca, cuyas estanterías de roble estaban llenas de libros de todos los tamaños en relucientes encuadernaciones, más para adornar que para usar, y acercándonos al gran conjunto de mapas sobre rodillos horizontales, dibujamos el del Mediterráneo, mientras Cora, cuyo buen corazón presagiaba que no necesitáramos su ayuda geográfica, Nos miró con nostalgia un segundo y se desmayó junto a una puerta más allá.

La biblioteca tenía lámparas de sombra verde, que estaban medio iluminadas; así estábamos casi ocultos en la sombra, y el enorme mapa de tela que examinábamos colgaba ante nosotros como una pantalla amiga. Solo tuvimos unos pocos momentos robados para conversar, y un impulso nos animó.

Me giré hacia Louisa; Su rostro se acercó al mío, y nuestros labios se encontraron en un largo, largo beso apasionado—un beso como si nuestras almas estuvieran allí.

"¿Lo entiendes todo, Louisa?" dije yo.

"Todo", dijo, con la misma voz entrecortada.

"Y perdona todo—por esa pobre chica, quiero decir. ¡Cómo las apariencias estaban en mi contra!"

"Oh sí, querido, querido Newton."

"¿Y tú me quieres?"

"¡Oh, Newton!"

"¿Todavía me quieres?"

"¿Puedes preguntarme mientras me acaricias? ¿Has sentido nuestra separación desde aquellos pocos días felices en Calderwood?"

"Como una muerte en vida, Louisa. Peor que las expectativas de la mayor separación que está por venir."

"¡Con todos sus peligros!" dijo, con los ojos ahora llenos de lágrimas.

"Sí; porque pase lo que pase, me sentiré seguro——"

"Que tu pobre Louisa todavía te quiere—te quiere mucho, Newton; y antes de que te vayas esta noche debes darme un mechón de tu pelo."

Su cabeza en mi hombro; Su ceño pálido contra mi mejilla, sus labios cerca de los míos.

"Hasta que ambos estemos en nuestras tumbas, querido Newton, nunca, nunca podrás saber cuánto te quiero y la agonía que me costó la astucia de Berkeley."

Eran palabras bendecidas para escuchar—palabras bendecidas para atesorar en la tierra lejana a la que iba; y en un silencio más elocuente que las palabras, solo pude presionarla contra mi corazón.

Era sin duda un momento de reunión, nunca olvidable, pero para ser atesorado en los rincones secretos del alma, y recordado solo de vez en cuando; y hubo momentos en que lo recordaba, cuando muy, muy lejos, en las solitarias vigiliass de aquellas noches oscuras, cuando se oía el roce del Mar Negro a lo lejos en las rocas del Fuerte Constantine, y el trueno de Sebastopol estaba cerca y cercano; Y entonces el recuerdo vago e indefinido del lugar, la hora, su voz, sus ojos y su beso, volvía poco a poco, llenando mi corazón de una melancolía intensa y mis ojos de lágrimas.

En mi duda sobre el futuro, en mi temor a las trampas y al ejercicio de la autoridad parental (un poder que tanto tememos en Escocia), y para no ser que, por una circunstancia o azar imprevisto, la perdiera, en realidad le supliqué, en qué términos es imposible recordar ahora, que consintiera un matrimonio privado; y se me ocurrieron extrañas ideas de promesas escritas y protestas, de sangre mezclada con vino y muchas otras absurdidades melodramáticas.

"Ah, no, no", dijo ella, animándose a la ocasión. "Habrá tiempo cuando regreses."

"Si alguna vez regreso", dije impulsivamente, pensando en las posibilidades de guerra y en mi cierto encuentro hostil con Berkeley.

"Debes volver, querido Newton—lo harás, y lo siento en mi corazón."

"Y habrá tiempo——"

"Para mí", interrumpió, "ser llorada, como dice Lydia Languish, 'tres veces en una iglesia parroquial', y que un secretario parroquial enormemente gordo pida el consentimiento de todos los carniceros de la parroquia para unirse en matrimonio legítimo a Newton Calderwood Norcliff, soltero, y a Louisa Loftus, soltera; a menos que tengamos una licencia especial, St. George's, Hanover Square, y el obispo de Londres en sus mangas de jardín, y así sucesivamente."

Este cambio repentino de actitud en un momento así me sorprendió y angustió.

"Es su costumbre—una ligereza equivocada de trato", pensé.

¡Pero, ay! ¡Aún no había aprendido algunas terribles lecciones sobre la traición del corazón humano!

Otro breve y silencioso abrazo, y tuvimos justo tiempo de velar nuestra mutua agitación y dirigir nuestra atención al mapa extendido del Mediterráneo, que intentaba trazar la distancia desde Cagliari hasta Malta, cuando oímos la voz de Lord Chillingham diciéndole a Sir Nigel—

"Aquí están, aparentemente reviviendo su geografía. Capitán Norcliff", añadió, "aquí tiene una nota para usted que acaba de ser traída por un dragón ordenanza."

"Gracias, mi señor. ¿Está esperando?"

"No, señor", dijo el sirviente, que me lo presentó en una bandeja de plata recortada; "Inmediatamente dio la vuelta a su caballo y salió galopando."

"Permíteme", dije, abriéndola de un rasgón.

Frank Jocelyn lo había dibujado apresuradamente y decía así:—

"MI QUERIDO NORCLIFF,—El teniente coronel al mando de los depósitos consolidados aquí me informa que la ruta hacia nuestro es en Maidstone, lugar hacia donde la tropa debe marchar antes del amanecer de mañana. Perdona que interrumpa tu cena; pero ahora la palabra es '¡Hacia el este!'"

Se la entregué primero a Louisa, y por un momento mi voz falló; pero recomponiéndome, dije—"Debo disculparme por una salida precipitada, y le agradeceré, mi señor, que ordene a mi caballo."

Gran parte de lo que siguió fue confusión. Recuerdo a mi buen tío dándome la mano repetidamente y dándome palmaditas en las charreteras (entonces éramos como oficiales, y llevábamos charreteras en los hombros). Cora lloró mucho; Louisa estaba bastante callada y muy pálida. Nuestra escena de despedida pasó como una vista que se disuelve; pero la amargura se le raudó un poco cuando todo el grupo prometió "conducir o cabalgar hasta Maidstone y vernos marchar"; así que, con una amable despedida de todos, monté a caballo, abandoné Chillingham Park y pronto llegué al cuartel, donde encontré a Jocelyn esperándome en mis aposentos, y a Willie Pitblado, que ya había dejado su librea por su uniforme de lancero, silbando vigorosamente mientras empacaba y abrochaba mis trampas.

Lejos de Louisa, ya no tenía alivio para mi mente pero sí una actividad intensa.

A la luz gris y tenue de la mañana siguiente, salí de Canterbury con mi tropa hacia Maidstone, donde nos tocó nuestra propia banda y vino una o dos millas por la carretera de Rochester para encontrarse con nosotros.

Allí supe por el coronel Beverley que, al día siguiente, deberíamos marchar para unirnos a la expedición destinada a la defensa de Turquía.

CAPÍTULO XXIV.

Ahora, valientes chicos, vamos a marchar,
Tanto a Portingale como a España;
Los tambores retumban, los colores ondean,
Y cuando vuelvamos, volveremos.
Así que, cariño, adiós, ¡estamos a favor de marchar!
Ochenta y ocho e Inniskillin',
Chicos que pueden, chicos que están dispuestos;
Faugh-a-ballagh y el condado de Down,
Ponte junto al arpa y ponte junto a la corona.
Así que, cariño, adiós, ¡estamos a favor de marchar!
El coronel grita: "Chicos, ¿estáis listos?"
"Estamos a su espalda, señor, firmes y firmes;
Nuestras bolsas llenas de bolas y aves,
Y un candado de fuego en cada día."
Así que, cariño, adiós, ¡estamos a favor de marchar!

Así era la canción canchina—una canción campana de los valientes días peninsulares—con la que escuché a mi novio irlandés, Larity O'Regan, consolarse a la luz gris de la madrugada, mientras frotaba mi cargador y se abrochaba sus allegados adornos, en el alba del, para mí, agitado 22 de abril. ¡Cómo envidiaba la ligereza de corazón de ese hombre! Quizá tenía una madre en una cabaña de techo de paja en algún pantano irlandés marrón lejano; también hermanas; podría ser un encanto—alguna Biddy de ojos grises y pelo negro, o Nora. Si era así, entonces apenas le causaban arrepentimiento; y la extraña canción y el porte jovial de Lanzay ayudaron mucho a despertar mi propio espíritu mientras montaba en el valiente caballo oscuro que me llevaría en los campos del futuro.

El regimiento, que reunía unos trescientos hombres de todos los rangos, salió rápidamente de las caballerizas, bajo la supervisión de Studhome y de ese omnipresente e incansable suboficial, el sargento mayor Drillem. El sol aún no había salido, pero las ventanas del cuartel estaban llenas de hombres de otros cuerpos para presenciar nuestra partida. Pronto llegaría su turno.

Wilford me informó que la ruta[*] había llegado de forma repentina, cuando el regimiento estaba en la iglesia, y que fue anunciada por primera vez por el capellán desde el púlpito. La santidad del lugar por sí sola contenía los vítores de los lanceros, pero no los sollozos de las mujeres; y añadió que, por una coincidencia singular, el texto que el capellán había elegido para su sermón era de Proverbios xxvii. 1—"No te jactes de mañana, porque no sabes lo que un día puede traer."

[*] Orden para marchar.

Mientras las trompetas tocaban la asamblea en esa auspiciosa mañana, su sonido parecía diferente—más belicoso de lo habitual—una parte del gran movimiento en el que estaba implicado el destino de Europa, y ciertamente de muchos pobres seres humanos.

Hasta ahora, Lionel Beverley, nuestro teniente coronel, que llevaba su Cruz del Baño, era el único hombre condecorado entre nosotros (salvo algunas medallas indias); pero se cosecharía una rica cosecha de tales tributos en la tierra a la que íbamos.

Nuestras plumas habían sido apartadas, cubiertas vidriadas en nuestras gorras de corona cuadrada, y tanto oficiales como soldados tenían sacos de lona y cantimploras de madera colgadas sobre el hombro derecho; algunos de los primeros tenían telescopios y bolsas de mensajería; pero todo eso anunciaba el servicio y la preparación para ello.

Nuestros caballos eran casi todos de un color castaño oscuro profundo, salvo los de la banda y los trompetistas, muchos de los cuales eran blancos o gris moteado. Los guidones estaban todos sin funda; cada uno era de seda blanca (el color de nuestras fachas), bordado en oro, medía tres pies de largo por veintiún pulgadas en la lanza, que medía diez pies de largo—la norma para la caballería ligera. En el flanco de su tropa, cada estandarte ondeaba ahora con el viento matutino.

En esta ocasión, como era habitual en estos momentos, muchos del sexo femenino estaban interesados en nuestra partida. Hubo mucho llanto entre muchas esposas, y ciertamente entre un gran número de "vírgenes muy necias", como las denominó Studhome. Muchas de las esposas de los soldados se mezclaban entre las filas y, sin miedo a los cascos de los caballos, sostenían a sus crías para el último beso de

muchos pobres padres que encontrarían su tumba en la tierra a la que nos íbamos; y hubo muchas separaciones dolorosas entre aquellos que estaban destinados a no volver a encontrarse jamás.

Recuerdo a un sargento de la tropa de Wilford, cuya esposa le había presentado recientemente un bebé. Este murió repentinamente la noche antes de que marcháramos y, por una sola coincidencia, la cuna y el ataúd del pequeño fueron llevados juntos al cuartel a la mañana siguiente, pero el pobre sargento Dashwood tuvo que montar y dejar atrás a su esposa llorosa y a su pequeño sin enterrar.

Fue uno de los primeros en caer en el paso del Alma.

Por otro lado, había muchas bromas despreocupadas y ligereza ociosa.

"Esta vez", dijo Wilford, al grupo de oficiales reunidos alrededor de Beverley, "haremos una parte del Mediterráneo, todo el Levante y los Dardanelos, a costa de Su Majestad, y sin la ayuda de Bradshaw o John Murray."

"Así que por fin nos vamos", ceceó Jocelyn, mientras jugaba con la crin de su caballo.

"¡Ah! pero dejamos atrás a nuestros representantes."

"¿Cómo, Travers?"

"En un escuadrón de infantería ligera armada, sin duda", respondió Travers, un hombre apuesto, con ojos azul claro y largo bigote claro. Tenía la reputación de ser el tipo más descarado del regimiento y no pudo resistirse a repetir la vieja broma del dragón.

"Qué torpemente mostramos el dolor los ingleses", escuché decir a Berkeley, mientras presenciaba una despedida muy conmovedora entre una madre y su hijo.

"Escucha cómo esa anciana—ay—mujer se permite aullar."

"Cualquier cosa es mejor que que todas las emociones naturales sean sometidas y despreciadas desde la infancia, como ocurre entre nosotros en Escocia", pensé.

Los soldados se reúnen y marchan en todo momento, alegremente. El cuidado les agobia poco y brevemente, porque "con ellos el presente es todo, el pasado un punto, el futuro un vacío. El saludo a los amigos supervivientes rara vez se ve amargado por el recuerdo de quienes ya no están, y en una vida de peligro y bajas esto es natural."

La vanguardia ya había sido destacada y expulsada, bajo el mando del joven Sir Henry Scarlett. La multitud dentro y alrededor de los barracones era genial. Llegaban muchos carruajes llenos de gente de moda de Canterbury, Tunbridge y otros lugares,

con el doble propósito de abrirnos el apetito para desayunar y vernos partir; pero no vi nada de mis amigos, a quienes buscaba con ansiedad—tanto que Studhome dijo, riendo, mientras pasaba a caballo—

"Vamos, ponte alerta, Norcliff, y pon a tu tropa en forma. No hay una cuchara en el servicio, ni fuera de él, como un 'hombre comprometido'."

En otro momento podría haber resentido las bromas de Jack, pero Beverley giró el regimiento de columna abierta a fila y abrió filas, mientras el comandante de Maidstone entraba a trote, con su bastón, sus plumas ondeando y las charreteras brillando. Luego, desde la línea, nos formaron en columna cerrada detrás de la tropa de vanguardia, para pronunciar un discurso, del que no escuché ni una palabra, porque justo cuando el comandante se quitó el sombrero y comenzó su discurso, el carruaje de Lord Chillingham, precedido por dos jinetes, entró, percibí que estaba ocupado por Cora, Lord Chillingham y Lord Slubber. Mi tío y Lady Louisa, que iban a caballo, se acercaron de inmediato a mí.

Mi pálido amor me miró con ternura, y sus ojos oscuros mostraban inconfundibles rastros de lágrimas recientes, ¿o sería el largo viaje en el viento matutino lo que los había inflamado? Sin embargo, toda emoción estaba ahora contenida, lo cual era bueno, ya que su rara belleza, su porte y su asiento en la silla atrajeron la atención de la mitad del regimiento, dañando seriamente el interés del discurso del viejo comandante; y mi tío, tras estrecharme la mano con calidez, procedió a examinar, con ojo crítico, la montura de nuestros hombres.

El grupo en el carruaje bajó, así que Luisa desmontó y entregó su brida a su novio.

Rara vez nos apartábamos la mirada, pero poco teníamos que decir más allá de algunos lugares comunes, y sin embargo, en esa amarga hora de separación, nuestros corazones estaban muy llenos, y ella acariciaba y acariciaba a mi caballo, diciéndole casi a él las caricias que no se atrevía a dirigirme.

Por fin llegó el momento final de la partida, y sus ojos se llenaron de lágrimas irreprimibles. Lord Slubber se apresuró a ayudarla a montar de nuevo; pero sus manos temblorosas le fallaron, o Luisa resultó demasiado grande y generosa; así que salté de mi caballo y asumí el cargo sobre mí.

Louisa se mordió el labio y sonrió a Slubber, con una mezcla de tristeza y desprecio en su expresivo ojo, mientras yo le acariciaba con un brazo y la subía, acomodando para su completa satisfacción la abundante falda y el estribo acolchado para el pie y tobillo más bonitos que Inglaterra jamás produjo, y son mejores allí que en la presumida Andalucía.

En ese instante, una lágrima caliente cayó bajo su velo sobre mi rostro alzado; y entonces fue cuando intenté, sin ser visto, darle el mechón de pelo. Estaba en un pequeño relicario, el equivalente al que llevaba puesto en mi propio cuello. Simplemente lo tocó con los labios y lo deslizó en su pecho. Salvo Cora y yo, creo que nadie se dio cuenta de la pequeña acción.

Un momento más, y encontré a todo el regimiento en movimiento, precedido por la banda de un cuerpo de guardias de dragones, partiendo de la plaza del cuartel. Muchos de nuestros hombres ahora desabrocharon sus lanzas y las blandieron, mientras coraban: "Animados, chicos, animados"—una canción cuyo patriotismo es algo ambiguo, aunque el aire es agradable y estimulante.

Louisa me acompañó, cabalgando a mi lado, hasta la puerta. Lo que decíamos ahora no lo sé; Pero mi corazón latía con dolor. La escena a mi alrededor parecía pura confusión y fantasmagoría; El paso de los caballos, el estruendo de la banda, con platillos y timbales, los vítores de los soldados y del pueblo, parecían lejanos y lejanos. Solo escuché la voz de Louisa.

Pero ahora un hurro fuerte y reiterado —el pleno, profundo y sincero grito de calidez y bienvenida, de alegría o triunfo, que mejor viene de las gargantas inglesas, y solo de las inglesas— se alzaba de las multitudes fuera, mientras la cabeza de la columna profanaba lentamente la calle; y debo admitir que trescientos lanceros montados — todos jóvenes apuestos, bien montados y con uniforme alegre, rostro azul y blanco, y con todos sus banneroles rojos y blancos de cola de golondrina ondeando al viento— ofrecieron un espectáculo magnífico.

Miles de pañuelos se agitaban desde las ventanas, y muchas ramas de laurel y flores se lanzaban entre nosotros. Otras tropas, tanto a caballo como a pie, marchaban esa mañana, y el estruendo de otras bandas, oído a lo lejos, pasaba por encima de los campos de maíz y huertos de lúpulo en flor de la hermosa Kent. Presioné la mano de Louisa por última vez, y ella volvió con sus amigos. Por fin nos habíamos separado, y con todo el amor que brotaba en nuestros corazones, nos habíamos separado, como dice alguno, "sin el último sello en la ceremonia de despedida, que es ilegal administrar en público a cualquier persona que no sea menor de edad."

Ahora estaba solo, y no del todo solo, pues mi tío, aunque su carrera militar se había limitado a las filas de la tropa de Yeomanry de Kirkaldy, me acompañó durante algunos kilómetros, montado en un robusto refugio, aunque muy tentado de espolear a algún regimiento de las Highlands, cuyas gaitas oímos sonar en algún camino paralelo, mientras marchábamos por la carretera hasta Tunbridge, *de camino* a Portsmouth, donde estaban nuestros transportes.

Sir Nigel se despidió de mí en Tunbridge y se dio la vuelta para cabalgar de vuelta a Chillingham Park, adonde se fue mi corazón con él. La voz del buen anciano vaciló y sus ojos se humedecieron, mientras me presionaba la mano por última vez y apartaba su caballo, buscando entre la tropa a Willie Pitplado, a quien conocía desde la infancia y con quien también estrechaba la mano.

"Adiós, Willie", dijo él. "Recuerda que eres hijo de tu padre. No olvides Calderwood Glen, y que me quede con mi sobrino."

El corazón de Willie estaba lleno, y mientras se mordía la correa de la barbilla para ocultar su emoción, le oí enviar un mensaje de despedida a su padre, el viejo guardián.

Y entonces, mientras el robusto baronet cabalgaba lentamente hacia la retaguardia, adoptando de inmediato el viejo asiento de caza, varios de nuestros lanceros le animaron, pues era el último ejemplar de su clase que probablemente verían durante muchos días.

Ahora recordaba, con aguda reprocha, que en plena emoción por separarme de Louisa—de hecho, el egoísmo de mi amor—había olvidado despedirme de Cora y de Lord Chillingham. Me importaba poco esta última omisión; pero dejar a Cora—la amable y cariñosa Cora—cuyo rostro triste y sincero parecía aún ver, mientras miraba con tanta nostalgia por la ventana del carruaje, y dejarla, quizá para siempre, sin una palabra de despedida, era un defecto casi sin remedio ahora.

Sin embargo, no perdí tiempo en escribir mis excusas desde nuestro primer lugar de parada, que fue Mayfield, aunque algunas de nuestras tropas permanecieron en Tunbridge Wells y otras tuvieron que cabalgar hasta la ciudad mercantil de Cranbrook para alojarse y estacionarse. Avanzando por la gran zona lúpula de Inglaterra, marchábamos frecuentemente entre jardines, donde las pequeñas plantas empezaban a trepar por esos altos y delgados postes de fresno o castaño, que (antes de que el lúpulo crezca por completo, en septiembre) presentan un aspecto tan singular para los ojos de un desconocido. Cuando se recogieron esos lúpulos verdes, y cuando la reina del lúpulo fue decorada en honor a la casa de la cosecha, nos dirigíamos hacia el paso del Alma. Kent lucía ahora su aspecto más hermoso, en todo el esplendor de setos, bosques y prados, en los últimos días de la primavera, bajo un cielo azul claro y soleado. Los pájaros, en innumerables cantidades, llenaban los setos de melodía; Las lilas moradas y blancas ya estaban en plena floración, y la hierba estaba salpicada de margaritas blancas como la nieve y ranúnculos dorados, mientras que primulas y violetas crecían salvajes al borde de los caminos caláceos y pedernales.

Las pintorescas cabañas en ruinas, cubiertas hasta la cima de las chimeneas con hiedra, bosque y hojas de lúpulo silvestres; los rostros hermosos y sonrientes que nos miraban desde sus celosías enredadas; los robustos que descansaban y fumaban en la autopista; los vagones rojos con ruedas en la carretera; los wains cargados, y los paletos vestidos de lona a lo lejos; el ganado que mugía y que pasturaba por la ladera alta; la torre cuadrada blanca de la pequeña iglesia del pueblo en un lado; la casa señorial de ladrillo rojo en el otro, con todos sus frontones y oriels asomando sobre los bosques; el silbido del lejano tren y su humo blanco que se enroscaba bajo el sol eran todos indicativos de una Inglaterra feliz, pacífica y próspera, y de una tierra que un infante hostil hacía mucho no pisaba. Desde todos los puertos del Reino Unido; entre Portsmouth y Aberdeen, las tropas se retiraban rápidamente ahora. Siendo caballería, en nuestra ruta por Kent, Sussex y una pequeña parte de Hampshire, alcanzamos y pasamos varios cuerpos de infantería y artillería, que marchaban por los mismos caminos hacia el mismo lugar de embarque, y animaron los vítores con los que nos saludamos.

Observamos que las bandas de los regimientos escoceses e irlandeses casi siempre tocaban las marchas rápidas nacionales propias de sus propios países, mientras que las de los cuerpos ingleses tocaban música alemana e incluso yanqui.

Los Black Watch, los Cameron Highlanders, los Scotch Fusiliers, etc., se conmovían mutuamente con aires como "Scots wha hae", "Lochaber no more", y así sucesivamente; los Connaught Rangers y el 97º hicieron el recuerdo de "Garryowen" y aires similares, que son más inspiradores para el soldado británico que los de Prusia o Austria; y, como comentó nuestro coronel, habría sido mejor gusto que las bandas inglesas tocaran los pasos rápidos de los países hermanos en lugar de aires extranjeros, con los que un inglés no puede sentir ninguna simpatía. [*]

[*] El mismo defecto se observó aquel gran día en que Su Majestad entregó la Cruz Victoria. Las bandas de la Guardia tocaban aires escoceses para los Highlanders y "Rule Britannia" para los Marines; pero por lo demás "favorecía a las tropas y al pueblo con mucha música alemana, a la que no se prestaba atención. Los aires nacionales habrían complacido a ambos y habrían avivado el patriotismo del pueblo. Los Dragones y Fusileros de Enniskilling estaban compuestos principalmente por irlandeses; pero las bandas no se aventuraron en ningún aire propio de Irlanda." — *Historia de la guerra de Nolan*, p. 770.

Recordé un pequeño incidente agradable durante nuestra marcha por Sussex. Al pasar junto a una casa rectoral del pueblo—una antigua y pintoresca casa con frontón, aislada entre árboles cubiertos de musgo—el sonido de nuestros tímpanos y

trompetas, el paso de los caballos y el tintineo de las bridas de cadena y vainas de acero, atrajeron a los internos—un anciano clérigo y sus dos hijas—a un terreno verde en el cercano seto de acebo, donde el grupo estaba, como en un marco verde de hojas, mirando con profundo interés a los lanceros que pasaban, que cabalgaban en lo que entonces era la orden—secciones de tres. De cabello blanco y reverendo, con sus finos cabellos brillando al sol, el cura se quitó el sombrero y levantó las manos y los ojos de una manera que no podía haber duda. El anciano evidentemente rezaba por nosotros. Su rostro expresaba la emoción más fina; sentía que estaba mirando a muchos hombres a los que nunca volvería a ver. Quizá tenía un hijo, un soldado, o él mismo era hijo de un soldado; o sentía que, aunque viejo y marcado por la edad, estaba destinado a sobrevivir a muchos de los jóvenes, los fuertes y robustos de nuestras filas, que aún estaban "en marcha matutina de la vida". Algunos de nuestros oficiales levantaron sus gorros y se inclinaron ante el pequeño grupo, y estoy seguro de que Frank Jocelyn besó las manos a las chicas, que agitaban sus pañuelos, mientras más de una de las nuestras gritaba: "¡Dios te bendiga, viejo amigo!" y con frecuencia, mucho después, en las nieves de Sebastopol y los horrores del valle de la muerte, El rostro y la figura de ese buen viejo, y la bondad de su muda oración, recordaron a algunos de nosotros. Fue uno de nuestros últimos y más agradables incidentes relacionados con Inglaterra.

En cuatro días llegamos a Portsmouth, que presentó una escena de bullicio y actividad indescriptibles; y el quinto día mi tropa, compuesta por cincuenta hombres, con sesenta caballos, y con el coronel Studhome, M'Goldrick, un cirujano, el sargento mayor y el resto del estado mayor, embarcó desde el muelle del astillero a las once de la mañana, a bordo de un espléndido clíper, el *Pride of the Ocean*, capitán Robert Binnacle, con destino a Turquía. Las otras cinco tropas del cuerpo estaban embarcadas en los transportes *Ganges*, *Bannockburn* y otros buques.

No estábamos sin esperanza de entrar en el *Himalaya*, que habría llevado a todo el regimiento en su espacioso vientre, y que, además, es nuestro único barco de caballería; pero las autoridades habían declarado lo contrario.

La mañana de nuestro embarque fue preciosa; la escena animada, pintoresca y bulliciosa, como la que solo Portsmouth podía exhibir en tal época; pero estábamos muy preocupados por nuestros caballos. Algunos fueron transportados a bordo en cabinas de establo, otros bajados por las escotillas mediante bandas y correas, en las que, siendo jóvenes y enérgicos, estaban muy inquietos, atacando ante el peligro inminente de los cerebros y huesos de quienes estaban cerca, hasta que se encontraron en los establos acolchados bajo la cubierta principal.

Para aumentar el bullicio y el interés de la escena, varios buques de guerra estaban cargando provisiones y preparándose para zarpar; embarcaciones, tripuladas por marineros y marines con chaquetas blancas, iban y venían entre Portsmouth por un lado y Gosport por el otro. Un destacamento fuerte del 19º (1º Regimiento de Yorkshire) embarcaba a bordo del *Melita*, un vapor de la Cunard; el *Euxine*, un transatlántico peninsular y oriental, recibía a gran parte del personal, varios caballos y casi veinte toneladas de cartuchos de balas. Un escuadrón del 8º, o Royal Irish Hussars, bajo el mando del mayor de Salis, se estaba alojando a bordo del transporte *Mary Anne*; y un gran grupo de pensionistas de Woolwich, numerosos veterinarios, miembros del cuerpo de ambulancia, artillería y transporte, embarcaban al mismo tiempo. Así, el bullicio fue prodigioso, y todos los muelles estaban cargados con equipaje, provisiones, piezas de campaña, morteros, balas y proyectiles, cofres de armas, tiendas de campaña y equipo de campamento, custodiados por marines con bayonetas caladas o marineros con sables desenvainados. Con toda esta aparente actividad, por supuesto, existía la influencia contrarrestadora de ese burocracia que es la maldición del servicio británico. Cuando se declaró la guerra, el Real Arsenal no contaba con suficiente cantidad de proyectiles para suministrar el primer tren de bombardeo que fue a Turquía, y las mechas que se entregaron entonces llevaban almacenadas desde la batalla de Waterloo. ¡Incluso las colchas y palas entregadas a las tropas habían sido enviadas de regreso desde la península por el duque de Wellington como inútiles!

Aquí en Portsmouth vimos muchas despedidas amargas—y para demasiadas resultó ser una definitiva—adiós. Con todo mi alma amaba a Louisa; y sin embargo, cuando, de pie en el muelle del astillero, vi las despedidas de maridos de sus esposas y padres de sus hijos, agradecí al Cielo en mi corazón que en esta, para ellos, la hora más amarga, solo tuviera que cuidar de mi buen cargador negro.

El mediodía ya pasaba cuando todos los pasajeros del *Pride of the Ocean*, con su equipaje, etc., estaban a bordo. Personalmente tuve que ver el ganado estabulado abajo; los hombres regañaban a sus comedores y vigilantes; las lanzas, espadas y otras armas guardadas en estantes; las maletas y hamacas colgadas de sus tacos, y así sucesivamente. En los establos se dejaba un establo a cada lado, con hondas de repuesto, por si ocurría accidentes en el mar.

Por suerte, me ahorré las molestias de la sociedad de Berkeley durante el viaje, ya que no había espacio para más de una tropa a bordo del clipper; así que estaba con Wilford a bordo del *Ganges*. No estaba exactamente "en Coventry", pero de alguna manera nuestro grupo no le caía bien, y no podían comprender del todo, como lo expresaban, "qué pasaba" entre él y yo.

Ahora que volvía a estar en favor de Louisa Loftus; ahora que el incidente desafortunado en los Reculvers había sido completamente explicado, y que la victoria era mía, y suya la vergüenza, la derrota y el rechazo—casi toda hostilidad hacia él había desaparecido o había sido reemplazada por un desprecio asentado. Sin embargo, la reunión hostil seguía presente en el futuro y tendría que celebrarse en la primera oportunidad adecuada.

No me arrepentí cuando terminó el bullicio del embarcamiento y el clipper fue remolcado hasta el famoso dominio o rada de Spithead, donde ancló un tiempo, bajo el refugio de las tierras altas de la Isla de Wight.

El ejército más noble que jamás salió de las costas de las Islas Británicas fue, sin duda, el que partió bajo órdenes de Lord Raglan hacia el Este.

Fue el ejército cuidadosamente desarrollado de cuarenta años de paz, durante los cuales el mundo había avanzado enormemente en arte, ciencia y civilización—quizá más de lo que había hecho entre los días de la Duodécima Cruzada y el último día de Waterloo.

"La guerra", dice Napier en su "Historia de la Península", "la guerra pone a prueba el marco militar; Pero es en paz cuando debe formarse el propio marco—de lo contrario, los bárbaros serían los soldados principales del mundo. Un ejército perfecto solo puede formarse mediante instituciones civiles."

El mismo magnífico escritor dice en otro lugar, con terrible verdad: "Al comienzo de cada guerra, Inglaterra debe buscar en sangre el conocimiento necesario para asegurar el éxito; y como el avance del demonio hacia el Edén, su curso conquistador es a través del caos, seguido de la Muerte!" y que tal fue su rumbo en Crimea, que sean testigos los errores de la rutina general, las trincheras de Sebastopol y la burocracia criminal en casa.

De la moral de ese ejército no puede haber mayor evidencia que las voces que llegaron de los pobres compañeros de nuestras filas—las cartas con las que llenaron los periódicos de la época, detallando con espíritu, sencillez y patetismo sus humildes experiencias en los grandes acontecimientos de la guerra.

Todos nuestros hombres adoraban a Beverley, que era un oficial al mando ejemplar, y mi tropa se consideraba (como yo) especialmente afortunada de estar con él y el estado mayor del cuartel general. Cuidaba mucho de su regimiento y supervisaba estrictamente a los caballos.

No había dejado nada sin hacer en casa, con el establecimiento y el fomento de una escuela, una biblioteca, etc., para elevar el tono moral de los lanceros, sus esposas y familias; por lo tanto, algunas de las contribuciones de nuestros soldados rasos a los periódicos eran totalmente igualables a cualquiera que proviniera de la famosa Brigada de las Tierras Altas de Sir Colin. Beverley visitaba regularmente a los enfermos en el hospital y los animaba con su amable trato; y todos los pequeños que jugaban en la plaza del cuartel sonrieron y dieron la bienvenida a la llegada del coronel, que rara vez se quedaba sin unas pocas monedas pequeñas para esparcirse entre ellos y causar un alboroto; sin embargo, como he dicho, era algo un dandi, y no carecía de un toque afectivo en su tono y manera.

La noche siguiente estábamos en el mar.

La Nab Light se había hundido muy atrás, y los pálidos acantilados de la Isla de Wight se habían fundido en el mundo de las aguas.

El viejo Jack Bloater, el piloto de Selsey, había bebido su último cuerno de grog en el binnacle y nos dejó con todos los deseos de "un viaje de apendicita—un bong voyage, como lo llamaban los monjeros, y que pronto les diéramos a esos roosianos una brocheta."

Y ahora sabía que muchos días, semanas y meses, podrían pasar años, llenos de los peligros y tormentosas de una vida de campaña, inevitablemente pasarían antes de que volviera a oír la voz de Louisa, antes de tener su mano en la mía y mirar sus tiernos ojos de nuevo—si el Cielo me permitía regresar. Pero pocos sabían que nuestro ejército marchante era el sufrimiento y los horrores que le precedieron—horrores y sufrimientos para los que las bayonetas y las balas rusas eran un juego de niños.

Ahora estaba finalmente lejos de ella, y sin haber hecho el menor arreglo para aquello que por sí solo puede calmar la agonía y la ansiedad de tal separación—¡la correspondencia! Me aferré a la esperanza de que me escribiera; si no, solo podía saber de ella por parte de Cora, o quizá cuando la señorita Wilford escribía a su hermano Fred; y, quizá, de algún párrafo disperso en el *Court Journal* o el *Morning Post*, si alguna llegaba a salir más allá de los Dardanelos, lo cual parecía dudoso.

Tenía su mechónpreciado de pelo y la miniatura, a la que nunca me cansaba de mirar, especialmente cuando podía hacerlo sin ser vista en mi camilla oscilante, porque un transporte abarrotado es el último lugar del mundo para entregarse a los sueños o ensoñaciones de amante. Era un daguerrotipo pobre y débil, pero hubo momentos en que, por la fuerza de la imaginación, el rostro representado parecía

iluminarse con la sonrisa de Louisa, y cuando los finos rasgos femeninos se llenaron de un destello de luz y vida, tan parecido al original que se volvieron perfectamente hermosos.

Luego pensaba también en Cora, y cuando reflexionaba sobre toda su actitud hacia mí, la luz que se rompía sobre mí al principio se hacía más clara.

Sus lágrimas cuando le contó por primera vez a Sir Nigel su sospecha de que yo amaba a Louisa; sus repentinos cambios de color, de palidez a una susurrección rojiza en la mejilla; su vacilación a la hora de dirigirse a mí en ocasiones, su brusquedad en otras o su silencio; su vehemencia al defenderme de las acusaciones de Berkeley y su alegría por mi victoria; su ocasional frialdad hacia Louisa y su silenciosa tristeza por mi partida; todo lo que en algún momento me había desconcertado se explicaba ahora.

Cora me amaba con un amor más allá del de un primo, y debí de haber apuñalado a menudo su buen corazón con mis confidencias impertinentes sobre mi pasión por otro.

Bueno, bueno, el amor de Cora y mis arrepentimientos eran ahora igual de vanos, porque el rápido clíper navegaba con una corda de proa tensa junto a las faldas de la tormentosa bahía de Vizcaya, mientras nos llevaba hacia "a la gloria" y Gallípoli.

CAPÍTULO XXV.

Una sábana mojada y un mar que fluye,

Un viento que sigue rápido,

Y llena la vela blanca y susurrante,

Y dobla el valiente mástil.

Y dobla el valiente mástil, muchachos.

Mientras, como el águila libre,

Vuela la buena nave y se va

La vieja Inglaterra a sotavento.

La cabina era espaciosa y cómoda. Binnacle, el capitán, era un tipo bajito y corpulento de cuerna, con un rostro redondo y de buen humor, que se había enfosgrado por la exposición en todos los climas y en todos los mares bajo el sol. Era muy anecdótico, siempre bromeando y riendo, y tenía una peculiaridad: nunca

intercalaba sus comentarios en la conversación con fraseología náutica, como el marinero convencional u ortodoxo del romance y el teatro.

Nunca antes había navegado con un caballo a bordo, y ahora que tenía realmente cien de esos útiles cuadrúpedos bajo sus escotillas, pasaba gran parte de su tiempo libre entre ellos, haciéndoles cosquillas en las orejas y narices—quizá más de lo que a algunos les gustaba, si se puede juzgar por la forma en que ocasionalmente mostraban el blanco de sus ojos, y atacaron la parte trasera de sus boxes.

A bordo fumábamos, por supuesto, jugábamos al ajedrez, al baño (*un poco de rouge-et-noir*) y observábamos a diario con interés los vapores que pasaban junto a nosotros, llenos de tropas, británicas o francesas, todos de camino hacia el Este. Algunos llevábamos diarios y memorandos para amigos en casa: pero algunos se cansaban de hacerlo, o pensaban que quizá no vivieran para registrar que, en un día así, los acantilados blancos de la vieja Inglaterra volvían a estar a la vista.

Llevábamos una buena cantidad de la "Biblioteca del Ferrocarril" a bordo; pero a leer preferíamos contar historias, matar el tiempo o observar, telescopio en mano, fragmentos de paisaje continental, mientras corríamos por la costa de Portugal, cruzábamos el golfo de Cádiz y remontábamos hacia el Estrecho de Gibraltar, tras pasar el promontorio rocoso del cabo de San Vicente, que vimos elevarse desde el mar al norte-noreste de nosotros, a unas diez millas de distancia, al quinto día después de zarpar de Spithead.

Durante el día no teníamos muchas horas de ocio, ya que no hay situación en la que las tropas requieran con mayor urgencia la supervisión personal de sus oficiales que cuando están a bordo.

Todos los lanceros recibieron vestidos de lona blanca, para salvar sus uniformes, y se dividieron en tres guardias, cada uno de los cuales estaba en cubierta, con al menos un oficial. Teníamos un oficial de guardia y guardia, que colocaba centinelas, armados con la espada, en los rompientes de la popa y la proa, para mantener el orden y, cuando el tiempo lo permitía, teníamos una hora de ejercicio de carabina y espada, para gran edificación del capitán Binnacle y su tripulación. Cada mañana la ropa de cama se llevaba a cubierta y se colocaba en redes junto a ella; No se permitía fumar en los establos ni entre cubiertas.

El ganado era, por supuesto, nuestro principal cuidado, y Beverley siempre era meticuloso con sus monturas. La experiencia y la teoría le habían convencido durante mucho tiempo de que el semental dominaba en la raza de cargadores; por ello, siempre evitó la producción de sementales mestizos y caballos de cría. Les dimos

macerados con nitro, y mezclamos salvado con su maíz; A diario lavábamos sus cascos y sus bofetos con agua salada limpia, sus ojos y narices esponjados, y cuando a veces las velas de viento fallaban y la bodega se cerraba, lavamos los pesebres con vinagre y agua, y esponjábamos las fosas nasales de los caballos con la misma dilución refrescante.

A pesar de todo nuestro cuidado, antes de avistar Malta perdimos tres—uno de ellos era el regalo de mi tío, el truco de portada negra con la estrella blanca en su encimera. Se volvió un amuleto.

Pitblado, que había visto nacer al nag y lo había llevado muchos días a pastar en Falkland Park y en las verdes laderas del Mid Lomond, se negó rotundamente a dispararle cuando se lo ordené, pero entregó su carabina cargada a Lanty O'Regan, que tenía menos escrúpulos al respecto.

Cuando ocurrió este episodio, el cabo Espartel se dirigía al sureste de nosotros, a unos doce millas de distancia; y por nuestras gafas podíamos distinguir claramente las características de ese extraordinario promontorio de Marruecos, el extremo noroeste del poderoso continente africano, con su rango de columnas basálticas, que casi rivalizan en magnificencia con las de la Cueva de Fingal en Staffa; y al mediodía del día siguiente, mientras adentrábamos en el Mediterráneo, vimos la gran cima de Gibraltar alzarse desde el horizonte como un león tumbado, con la cola vuelta hacia España.

Cuando mi pobre aguja, antes de su matanza, estaba siendo levantada de la bodega, Beverley quedó muy impresionada por el verdadero dolor del honesto Pitblado por su pérdida; y me contó una anécdota india interesante sobre un caballo mascota que pertenecía a los 8º Húsares Reales Irlandeses.

Beverley rara vez hablaba de la India, pues era una tierra que no estaba exenta de recuerdos tristes para él; y todos sabíamos que llevaba al cuello un gran relicario de oro, que contenía una trenza del cabello de su prometida—una hermosa muchacha, que fue fusilada en sus brazos, y cuando estaba sentado en su silla, mientras espoltaba con su tropa a través de los horrores y la carnicería del paso de Khyber—aquel día en que casi todo nuestro 44º Regimiento pereció—y la pobre Beverley, con su cadáver, cayó en manos de los afganos.

"La última vez que fuimos a la India", dijo él, "fue cuando yo tenía apenas dieciséis años, y varios años antes de que te unieras a nosotros, relevamos al 8º Royal Irish, que llevaba allí mucho tiempo—no sé cuántos años, pero tiempo suficiente para ganar sus colores *Pristinæ virtutis* memores, con 'Leswaree, 'y 'Hindostan'—honoros

que compartieron con los antiguos 25º Regimientos de Dragones Ligeros,[*] durante veinticinco años fue entonces el término común para la expatriación india.

[*] Un cuerpo se disolvió en 1818; y anteriormente los 29º Dragones Ligeros, fueron formados en 1795.

"El 8º estuvo en el asalto de Kalunga, donde su viejo y querido coronel—entonces general Sir Robert Rollo Gillespie—fue asesinado a su cabeza, y cayó con esa espléndida espada, inscrita 'El regalo de los Royal Irish', apretada en su mano. Su caballo era un animal notablemente noble, que había nacido de una yegua irlandesa en el Cabo de Buena Esperanza; pero tenía la hermosa cabeza árabe, el cuello finamente arqueado, largos hombros oblicuos, cuartos generosos, piernas bien dobladas y un largo pastillón elástico de su padre—una espléndida espina Godolphin. ¡Black Bob era realmente una belleza!

"Tras el incidente de Kalunga fue puesto a la venta, con su silla y alojamientos aún manchados con la sangre del valiente Gillespie, quien era tan querido por los valientes irlandeses del 8º que decidieron conservar su caballo como memorial en su honor; Pero, desafortunadamente, el precio sorpresa fue de trescientos guineas.

"Dos oficiales del 25º Dragones Ligeros lo elevaron rápidamente a cien más. Pero sin desconcertarse, los pobres muchachos suscribieron entre ellos y de hecho recaudaron quinientas guineas, por lo que el hermoso caballo negro, con sus alojamientos, les fue vendido.

"Black Bob pasó a ser su propiedad y siempre precedía al regimiento en la marcha. Conocía las trompetas del 8º mejor que las de cualquier otro regimiento. Los hombres solían afirmar que también tenía gusto por el acento irlandés, y que siempre se levantaba más las orejas en 'Garryowen', considerando que su madre era una yegua de las colinas de Wicklow.

"Bob fue alimentado, acariciado, acariciado y acariciado como ningún caballo antes; y siempre, cuando estaba en los barracones, mientras el cuerpo avanzaba de estación en estación donde él había estado con su antiguo jinete, tomaba la posición habitual en la base de saludo cuando las tropas pasaban, como si el viejo Rollo Gillespie aún estuviera en la silla, observando cómo los escuadrones o compañías profanaban sucesión, y no estuviera en su tumba, muy lejos bajo las murallas de Kalunga, entre las montañas del Himalaya en Nepaul.

"Bueno, como he dicho, al final vinimos a socorrer al 8º, que estaba desmontado y nos entregaron sus caballos. Iban a volver a casa, como habíamos salido, por mar. Los fondos de los húsares eran ahora escasos; se gastó el pago y el dinero del premio

desapareció. Estaban desesperados ante la perspectiva de perder a su caballo mascota; pero ningún pasajero de ese tipo rodeaba el Cabo, así que tuvieron que separarse finalmente de Bob.

"Un civil en Cawnpore lo compró, y los húsares le devolvieron más de la mitad del precio, al recibir una solemne promesa de que Bob tendría un buen establo y un cercado acogedor donde pasaría el resto de sus días con comodidad; y esta promesa la mantuvo fielmente el nuevo propietario. Pero Bob solo llevaba tres días en sus nuevos aposentos cuando escuchó las trompetas del 8º despertando los ecos del recinto, mientras marchaban y desmontaban antes del amanecer para embarcar en el Ganges, rumbo a Calcuta.

"Era el aire antiguo del regimiento, 'Garryowen'. Entonces Bob se puso frenético. Mordió y destrozó su pesebre; Atacó con los cascos y pateó los postes del talón y las tablas de repaso. Destruyó todo su box y se hundió entre la paja, sangrando, cortado y medio estrangulado en el collar del cubele.

"Con el tiempo, cuando día tras día pasaba y ya no veía los uniformes que antes eran familiares, ni escuchaba las voces ni las trompetas de sus viejos amigos, suspiró, rechazó su maíz e incluso los purés más tentadores, rechazando totalmente toda comida. Así que lo llevaron al corral; pero entonces saltó la valla de bambú y, con toda la velocidad que le quedaba, corrió directamente hacia los barracones de Cawnpore.

"Allí se dirigió directamente al cantón de la caballería europea y llegó relinchando hasta el puesto de saludo, donde tantas veces había llevado al viejo Gillespie y visto a los escuadrones del 8º profanar de largo, y allí, en ese mismo lugar, el caballo cayó y murió!" [*]

[*] Había otra mascota de los 8º Húsares, que tuvo un destino diferente. El caballo negro azabache, sobre cuyo lomo su coronel, T. P. Vandeleur, murió en la batalla de Leswaree "mantuvo mucho tiempo su lugar en el regimiento y luego pasó a ser propiedad de Cornet Burrowes, quien cuidó mucho de él hasta que el cuerpo abandonó la India, cuando fue fusilado, para que no cayera en manos indignas." — *Narrativa de Leswaree*. Por el Dr. Ore.

"He oído a menudo historias similares de perros—pero nunca una historia tan contundente de caballo", dijo el capitán Binnacle, que quedó muy impresionado por esta anécdota y fumó durante mucho tiempo pensativo y en silencio después.

"¡Eso sí!" dijo Beverley, seca y bastante altiva, mientras tiraba las cenizas de su puro.

"Ese caballo tenía el corazón de un hombre. Pero podría contarte una historia, coronel, sobre un hombre que tenía el corazón de una bestia—sí, de un lobo salvaje; y todo ocurrió bajo mi propio ojo—pues tuve que derramar sangre humana en el asunto; aunque dudo que Dios no me absuelva por ello, dado que mi propia conciencia me absolve."

La impresionante manera adoptada tan repentinamente por nuestro digno pequeño capitán atrajo la atención de Beverley, Studhome, M'Goldrick y todo el grupo de escuchas.

Incluso Jocelyn—un tipo alegre, que tenía más *asuntos de fantasía* que *de corazón*, y que nunca permitió que los impulsos de ese útil utensilio, su corazón, fueran más allá de lo conveniente o cómodo—se sintió interesado por la expresión sombría y severa que se dibujó en el rostro del capitán Binnacle.

"¿Queréis escuchar mi historia, caballeros?" dijo este último.

"Con placer—ciertamente—por favor—si me permite", decíamos nosotros, alternando y todos juntos, pues Binnacle estaba evidentemente ansioso por girarlo.

Lanzó una mirada hacia arriba, y otra al cielo. La noche fue tranquila y despejada. El oficial tenía el mando de la cubierta, el barco se movía bajo sus velas de proa, los rumbos, las velas de proa y las velas de la punta antes de una brisa fuerte y fina que, al balancearse de un lado a otro, hacía que nuestros caballos se enrollaran y oscilaran en sus establos acolchados abajo. La guardia de lanceros fumaba o charlaba en el lado de babor; los veleros, agazapados bajo la abertura de la proa, estaban ocupados en un nuevo juego de velas de relieve; Los carpinteros estaban reparando los raíles de proa.

El resultado de las miradas de Binnacle fue satisfactorio; y, descendiendo a la cabina, a donde todos le seguimos, pidió vasos y decantadores, con una caja de cuatro botellas cuadradas que contenían algo más fuerte que lo que suelen tener los decantadores. Todos nos llevamos a beber brandy y agua, excepto Frank Jocelyn, que bebió noyeau y limonada, una decocción que Binnacle miraba con un desprecio sublime; pero Frank llevaba el pelo dividido por la mitad y siempre usaba *la w* de *r*, así que le excusamos, como se haría con una joven.

Tras unas cuantas toses y dobladillos preliminares, Binnacle nos contó la siguiente historia, que es tan horrible que requiere plenamente—esperemos que merezca—un capítulo entero para sí misma.

CAPÍTULO XXVI.

Al final susurró uno su compañero, que
Susurró otro, y así giró,
Y entonces creció en un murmullo aún más áspero,
Un sonido ominoso, salvaje y desesperado;
Y cuando sus compañeros pensaban que cada sufriente lo sabía,
Era solo suyo propio, reprimido hasta ahora, descubrió,
Y hablaban de muchos para carne y hueso,
Y que debería morir por ser la comida de sus compañeros.—BYRON.

"Debéis saber, caballeros, que hace cinco años, en diciembre próximo, fui primer oficial del *Favourite*, una goleta de Londres, registrada en Lloyd's como dote de doscientas toneladas de carga, John Benson, capitán, con una tripulación de solo nueve hombres y un chico. Habíamos llegado, a finales de año, a Terranova para cargar bacalao salado, y navegando más tarde, perdimos un mástil alto y tuvimos que subir por la bahía de Conception para reacondicionarnos en la ciudad de Harbour Grace.

"El invierno estaba cerca, así que no perdimos tiempo en preparar nuestro equipo; pero el hielo del campo descendió rápidamente desde el norte, y durante la distancia de doscientas millas desde la desembocadura de la bahía—es decir, desde Baccalieu y el cabo St. Francis—hacia el Gran Banco de Terranova, cubrió todo el mar, duro y firme, con cientos de icebergs encajados entre él; así que ahora no nos quedaba nada salvo paciencia y franela, despojar el barco de su lona y sus aparejos, guardar todo hasta la primavera, amortiguarnos hasta el morro y tratar de evitar que nuestra sangre se congelara sentándonos cerca de las hogueras de leña y bebiendo ron rojo de Jamaica mezclado con agua de nieve, o el de los manantiales minerales en la colina de Lookout.

"Un invierno en Harbour Grace no es tan agradable como lo sería en Londres, pues es un pobre pueblo de madera, con unos pocos miles de habitantes miserables, y un puerto difícil de entrar, aunque lo suficientemente seguro cuando uno está bastante dentro. Bueno, todo pasa con el tiempo; Así pasó el invierno y llegó la primavera; pero, como era habitual en esa estación imaginaria allí, la nieve caía más fuerte, hasta llegar a profundidades profundas en los barrancos y zonas planas; El tiempo se volvió más invernal que nunca, y aunque la feroz escarcha negra se relaja un poco, sigue congelando mitad y mitad glog tan dura como cristal de roca.

"Algunos de nuestra tripulación lamentaron amargamente esta detención inesperada, especialmente el capitán Tom Dacres y uno o dos hombres casados, cuyas esposas, temían, los considerarían perdidos; pero ninguno era más impaciente que el chico que he nombrado. Le llamábamos Scotch Willy, porque se llamaba William Ormiston, del pueblo de Gourock, en el Clyde. Bien educado, con un poco de latín y otras cosas, una pasión por la aventura salvaje y, sobre todo, por el mar —pasión alimentada por la lectura de Robinson Crusoe y otros romances— le hizo huir de casa y embarcar hacia Norteamérica, donde lo recogimos; y a menudo, en las vigilias de la noche, el pobre Willy me confiaba su remordimiento y arrepentimiento, y lloraba por su madre, cuyo corazón temía haber roto. Luego solía enseñarme un anuncio recortado de un periódico de Glasgow, que cayó en sus manos en Nueva York:—

"Salió de su casa hace diez días, un niño de quince años llamado William Ormiston; vestido con chaqueta azul y pantalones de salto, con un gorro Glengarry; tiene ojos oscuros y cabello castaño. Cualquier información sobre él será recibida con gran gratitud por su madre viuda y afligida, en el Muelle, Gourock."

"Tal fue la señal que llamó mi atención cuando estaba a más de dos mil millas de ella—con el corazón tan lleno de remordimiento como el bolsillo vacío', decía Willy, con voz entrecortada por sollozos; pero esperaba aún llegar a casa y lanzarse a sus brazos.

"En su tribulación, Willy siempre pensó que su madre rezaría por él, y que sus oraciones serían más eficaces que las suyas, y esta convicción siempre le consolaba y fortalecía. Era un chico apuesto, este Willy, con unos ojos tan oscuros que podría haber pasado por un nieto de 'Susan de ojos negros', solo que ella era una chica inglesa, y nuestro Willy era escocés hasta la oscuridad—lo era.

"En marzo empezamos a prepararnos para el mar, ya que normalmente el hielo se rompe parcialmente a mediados de ese mes, así que decidimos alejarnos si podíamos, y cruzar hacia Cádiz, si una vez nos despejábamos de esa tierra lúgubre y nevada y del hielo del campo. En España íbamos a cambiar el bacalao salado por vino y fruta, y luego regresar a Londres.

"Un ballenero ruso, que había estado congelado en la misma caña, pero más cerca del mar, avanzaba por delante de nosotros a unas tres millas, a través del agua azul y entre los témpanos blancos flotantes, y le animamos al mendigo grasiento cuando salió de la bahía, hizo un buen camino y se alejó, de este por norte, rodeando la isla Baccalieu.

"Conception Bay, debo decirles, caballeros, es una gran ensenada de la costa de Terranova, de unos cincuenta y tres millas de largo por unas veinte de ancho; por lo tanto, hay mucho margen para entrenar, incluso contra viento en contra. Su costa es muy audaz y escarpada, especialmente en torno a Point de Grates y el cabo St. Francis. Harbour Grace y Carboniere en su orilla fueron asentamientos de la antigua Francia.

"Mientras seguíamos la estela del ruso, Bob Jenner, un joven marinero apuesto y apuesto, de Bristol, llevaba el timón, dirigiendo, con mano firme, entre los témpanos de hielo roto que flotaban peligrosamente por la bahía. Teníamos la goleta con vela fácil; sus platos de proa y mayor, velas de proa, foque y vela de proa.

"En medio del silencio que reinaba a bordo y de la satisfacción que sentimos al ver el agua azul ondular de nuevo a su lado, nos sorprendió oír una voz que nos saludaba, por así decirlo, desde el mar.

"Un hombre en el agua, señor; justo delante de nosotros, a babor', gritó Scotch Willy, mientras saltaba a las cadenas principales.

"Y allí, efectivamente, en el mar, a unos veinte metros de nosotros, vimos la cabeza de un hombre moviéndose arriba y abajo como una bocha de pescador, justo cuando nos acercábamos a la boca de la ensenada, donde, más allá de los cabos, cubiertos de nieve y brillando en el mar, pudimos ver las aguas del Atlántico extendiéndose lejos.

"¡Cuerda—una cuerda!—hombre al agua, capitán Benson; ¡Lanzad el plato principal al viento!' fueron ahora los gritos.

"¡Echa una mano—rápido—diabla!' gritó el hombre en el agua. '¿Sois unos inútiles, ni en el cielo ni en el infierno, para dejarme ahogar ante vuestros ojos, d—n ellos?'

"Antes de que este discurso tan notable nos llegara, la escota fue lanzada a estribor, izada al puerto, el bergantín se lanzó al viento y la cuerda fue puesta a este personaje de mal crianza en el agua. Lo captó con dificultad, pues estaba muy entumecido y de hecho se hundió fuera de la vista mientras se lo ataba bajo las axilas. Sin embargo, volvió a subir, y lo subimos suavemente a bordo, donde se desmayó durante unos minutos; pero se recuperó cuando le echamos un poco de brandy caliente con agua por la garganta, le quitamos la ropa mojada y lo metimos en una hamaca de repuesto acogedora en la proa.

"Cuando todo esto terminó, habíamos despejado la bahía de Conception y, con bandadas de aves Baccalieu gritando a nuestro alrededor, nos dirigíamos de este a

norte para mantenernos alejados de los témpanos que la corriente lanzaba de nuevo hacia la tierra, tan rápidamente, que muchos de ellos, como los eslabones de una cadena helada, ya se separaban entre nosotros y el ruso, que izaba sus velas de tachones a ambos lados para hacer el mejor vuelo posible, antes de que el sol se pusiera sobre esa costa helada y mar sin marea.

"Al mediodía ya casi estaba con el casco hundido; pero de pie hacia el sur, habiendo despejado el ángulo exterior del hielo, mientras nosotros estábamos al este y al norte, para girar el final de una larga masa, que esperábamos lograr antes de que cayera la noche. De hecho, el ruso había deslizado por una abertura, que se había cerrado de nuevo, pues solo podíamos ver una línea de hielo, que ahora se extendía hasta el horizonte norte, encerrándonos hacia la tierra.

"Al mediodía nuestra nueva mano estaba tan recuperada que pudo decirnos que se llamaba Urbain Gautier, un canadiense francés, y que había sido marinero a bordo del ballenero ruso; que había resentido algún maltrato, que había sido azotado y arrojado por la borda. Como prueba de este procedimiento sumario nos mostró su espalda, cubierta de marcas furiosas, evidentemente producidas por la aplicación contundente de un extremo de cuerda de gato o nudos, pero Scotch Willy disminuyó la simpatía general informándonos a Tom Dacres y a mí, en un susurro, que cuando el cuchillo del canadiense cayó de su vaina mientras lo arrastrábamos a bordo, había sangre en su hoja.

"¡Sangre!

"Esta circunstancia se susurraba entre la tripulación de oreja a oreja y generó muchas sospechas en absoluto favorables a nuestra nueva adquisición, a quien, sin embargo, no quisieron cuestionar, pues era un hombre singularmente repulsivo y brutal en su aspecto, y tenía algo en su expresión de ojos que hacía que todos a bordo se encogieran ante él.

"Urbain Gautier era hercúleo en estatura y proporción, y muy saturnino y satánico en su rostro. Sus ojos estaban demasiado cerca y demasiado clavados a cada lado de su larga nariz ganchuda, sobre la que sus dos cejas se unían en una línea recta y negra sin interrupciones. Su boca, con sus labios finos y colmillos dentados, sugería crueldad, y en conjunto había en él un aspecto general y terrible de maldad. Hablaba inglés, pero cuando se entusiasmaba recurría a juramentos e intervenciones franco-canadienses.

"Si nos trajo mala suerte, recibimos nuestra primera entrega esa misma noche.

"La mañana se hizo fría, gris y sin alegría, en medio de una tormenta de nieve y viento, a través de la cual, para reducir la velocidad del barco, pues apenas veíamos delante, avanzamos bajo el curso de proa y las velas de la tapa ya muy cerradas, y todos lamentamos amargamente la impaciencia que nos hizo abandonar nuestros amarres acogedores en Harbour Grace.

"De vez en cuando el escudo negro se levantaba un poco, pero solo para mostrar los campos de hielo acercándose cada vez más, para que, no fuéramos aplastados o encerrados entre ellos sin remedio, y entonces, pudiéramos morir de hambre cuando se acabara la última carne de vacuno, galletas y agua, nos dirigimos hacia la tierra, con la salvaje tempestad ártica—para tal fuera—aumentando cada momento.

"Intentamos sondear hacia sotavento, pero el cable siempre se me escapaba de las manos entumecidas, y al final perdimos la cuerda congelada, que se partió en el bloque de hierro que quedó sujeto al aparejo por una cuerda de cola. Pronto tocamos las sondeaciones con el plomo de mano, ¡porque el agua empezaba a bajarse!

"Las capas de la goleta y las entrañas de las velas de cola estrecha se llenaron de nieve, y ahora empezamos a mirarnos con tristeza, temiendo más que dudando del final.

"Durante la mayor parte de ese día cansado resistimos así, alternando entre el oeste y el norte—solo queríamos la sala del mar hasta que se abriera un refugio seguro; Pero pronto supimos que sería inútil buscar cualquiera de los dos si el vendaval continuaba, y el ejercicio más rápido apenas podría evitar que nos congeláramos.

"Habíamos sido empujados hacia el noroeste no sé cuántas millas—quizá más de treinta y seis—cuando un mar más agitado de lo habitual golpeó la goleta por su costado de estribor, lanzándola de boca a babor, llevándose los baluartes, arrancando la lancha larga de sus calzos y amarres a mitad de la nave, y haciendo una limpieza limpia de todo en cubierta, cubos, largueros sueltos y clavos de mano; y con estos se fue uno de los nuestros, que nunca volvió a ser visto.

"La goleta se enderezó, pues era una pequeña embarcación valiente, pero con la pérdida de sus mástiles superiores y la bola de foque, todos los cuales, con vergas y engranajes, se rompieron en las tapas, y con hachas y cuchillos trabajamos en medio de la cegadora y adormecida neblina de la nieve y la salpicadura, la nieve y la oscuridad de la noche que se avecinaba, para despejar el pecio—y todo se fue de popa con un estruendo, dejando al *Favorite* ahora solo bajo su curso de proa y vela de estandere.

"Nunca olvidaré esa noche, aunque viva mil años.

"Las bombas estaban congeladas; las cajas son una masa de hielo; los frenos se negaban a funcionar; pero sabía que había más agua en la bodega de la que era saludable para nosotros. No pudimos tomar té, café ni comida caliente, porque la cocina del cocinero había sido arrastrada por la borda, y los pequeños de grog, que servía de vez en cuando, resultaban, creo, más bien estupefactos que consolarlos a los pobres compañeros, que empezaban a perder el ánimo, y a acurrucarse juntos para calentarse en la proa.

"Relámpagos, verdes y espantosos, a veces brillaban, revelando el aspecto extraño de la goleta lisiada y cubierta de nieve; Sin embargo, tuvo el efecto de limpiar la atmósfera y permitirnos ver las estrellas; pero aún así el viento soplaba feroz y cortante sobre los vastos campos de hielo, y la nave destinada seguía volando— apenas sabíamos dónde—pero, como demostró el suceso, entre el promontorio de Buenovista y el hielo que lo rodeaba.

"Tuvimos la mayor dificultad para mantener una lámpara en el binnacle, y a su luz, en medio de la tormenta, Urbain Gautier, el franco-canadiense que llevaba el timón, estaba al volante; Ningún otro hombre a bordo que él no pudiera haberlo manejado solo y mantener el bergantín en rumbo, pues tenía la fuerza de tres de nosotros y parecía igual de impermeable al frío y al sufrimiento.

"Creo que ahora puedo verlo tal y como estaba entonces, con los pies firmemente plantados en la rejilla de la alcopera, las manos en los radios del timón y los relámpagos lívidos que parecían jugar a su alrededor, mientras la goleta volaba entre la tormenta y la oscuridad, y con cada destello cambiando de tono. Ahora eran verdes, y aun rojo o azul; ahora púrpura, y luego blanco espantoso; Una y otra vez, mientras el relámpago iluminaba, ese rostro infernal salía de la penumbra con una grotescidad diabólica y una extraña sonrisa que nos horrorizaba a todos; Y ahora empezó a amanecerse otro día.

"'Tío, ese tipo es más como un diablo que como un ser humano', susurró Bob Jenner para mí, repitiendo mis propios pensamientos, mientras nos aferrábamos juntos a los pasadores de aseguramiento detrás del mástil mayor.

"Habló en un susurro bajo; pero en un instante los ojos de Urbain se posaron en él.

"¡'Ah!' dijo él, mostrando sus dientes serrados, 'un *discurso torpe*, compañero de mesa.'

"'No es tu compañero de comida', gruñó Bob, imprudentemente.

"'Compañero de barco', entonces," sugirió el otro, con una mirada extraña, entre una sonrisa y un ceño fruncido, pues sus ojos negros y brillantes mostraban una expresión y su boca cruel otra.

"'Bueno, quizá, porque debe ser,' dijo Bob, sin rodeos.

"'Ah', dijo Urbain, con su horrible sonrisa, mientras sostenía el volante con una mano y—incluso en ese terrible momento—palpaba su cuchillo de funda con la otra; ' ¡Ah! ¿Me crees un *mauvais sujet*, verdad?"

"'No sé qué puede ser 'mavy suggey', y no me importa si nunca lo sé', respondió Bob, con firmeza; ' pero una vez que te pille en tierra, Mounseer, te enseñaré a no agarrar el cuchillo cuando me hables.'

"'No discutáis, chicos', dije yo, mientras castañeteaba los dientes en el frío de esa horrible atmósfera matutina. ' Solo desearía que estuviéramos en tierra.'

"'Entonces pide tu deseo. ¡Land ho!' cantó Urbain; y en ese momento la gris que nos rodeaba se abrió como una cortina; Hubo un estruendo terrible que nos hizo rodar a todos de un lado a otro; Los rompientes que había visto delante ahora hervían a nuestro alrededor; y el bergantín yacía abultado y con el lomo roto sobre un arrecife, cerca de una alta línea de costa rocosa, un pecio indefenso, con el hielo cerrándose a su alrededor; y con un sonido entre juramento y risa, Urbain abandonó la ahora inútil rueda, que oscilaba, como en burla, de un lado a otro.

"El capitán Benson, que, agotado por el trabajo, había estado descansando unos minutos bajo el capó de la pasarela, ahora saltó a cubierta para encontrar la goleta completamente perdida, y que para nosotros no había recurso, si salvábamos la vida, salvarla y llegar a tierra.

"Rota y abultada, estaba demasiado firmemente atrapada en el arrecife como para que tuviéramos la más mínima esperanza de sacarla, salvo hundirla en aguas profundas. Por ahora podría aguantar unas horas, si la furia de la tormenta disminuía, y había señales evidentes de ello.

"A medida que cada explosión sucesiva se volvía menos furiosa, y a medida que la fuerza y el sonido del mar descendían, oímos el salvaje alboroto de los pájaros de Baccalieu; y ahora, antes de que el agua, que subía rápidamente en bodega y cabina, destruyera todo, conseguimos cartas y telescopios para descubrir en qué parte de esa costa estadounidense, desolada y desolada nos había dejado nuestro destino.

"Al comparar el contorno de la costa nevada con los diagramas del mapa, descubrimos que estábamos varados en algún lugar entre la Bahía Sangrienta y la

Bahía de Bella y Falsa, a unas ciento veinte millas al noroeste del punto desde donde habíamos partido.

"Pocos o ningún colono, ni siquiera de la descripción más resistente y desesperada, se encuentran por allí, ya que los habitantes entre ese lugar y la bahía de Notre Dame, unos ciento cincuenta, son pobres desgraciados que pescan bacalao y salmón en lo que llaman verano, y focas y morsas en invierno, y normalmente se retiran para este último propósito a St. John's, o se entierran en el bosque hasta que desaparezca la nieve, alrededor del mes de junio.

"Solo teníamos una triste perspectiva ante nosotros; Cada instante la prisión se desmoronaba más y más bajo nuestros pies, y nuestras gafas barrían en vano la costa nevada, pues no se veía ni rastro de una habitación humana ni señal de un ser humano. No había ningún ser vivo salvo los pájaros de Baccalieu, que gritaban y giraban en bandadas sobre los rompientes hirvientes.

"Las resoluciones del capitán Benson se tomaron de inmediato. Decidió abandonar el naufragio y dirigirse de inmediato por tierra hacia Trinity, un pequeño pueblo en el lado occidental de la gran bahía que divide Avalon del continente de la isla, o hacia Buenoventura, otro asentamiento a doce millas al sur.

"Al circunnavegar las numerosas ensenadas, bahías y otras ensenadas que nos separan de Buenoventura —especialmente el largo, estrecho y provocador tramo de Clode Sound— siempre que no lográramos cruzarlo sobre el hielo, tendríamos al menos cien millas para atravesar un desierto y cubierto de nieve, sin camino y sin otra guía que una brújula de bolsillo.

"Nos pusimos manos a la obra de inmediato. Cada hombre se puso su ropa más abrigadora, y Tom Dacres le prestó una acogedora chaqueta Petersham al canadiense Gautier. Engrasamos bien nuestras botas para que no tuvieran lo mojado, y nos hicimos leggings largos para llevar sobre los pantalones, atando trozos de lona desde el tobillo hasta la rodilla, y amarrándolos bien con hilo hilado.

"Durante muchas horas estuvimos sin comida, y ahora el examen demostró que, salvo unas pocas galletas en el casillero de la cabina, todo el pan a bordo había sido destruido por el agua salada; sin embargo, Urbain Gautier logró hacer un buen favor. Nos vimos obligados a conformarnos con media galleta cada uno, para que la comieran en nuestro primer lugar de parada en la orilla. No teníamos nada de vacuno ni provisiones, ni una gota de ron ni ningún otro líquido, porque la goleta se desmoronaba rápidamente, mientras los rompientes se elevaban bajo su

contraventa, y todo el casco detrás del mástil mayor se hundía rápidamente en el agua.

"Por suerte conseguimos seis mosquetes y algo de munición seca por el tragaluz. Digo que, por suerte, porque tendríamos que buscar hasta Buenaventura; y estos, con dos pannikins de hojalata, con los que cocinar y derretir la nieve para hacer agua, y una caja de cerillas Lucifer para encender fuegos cuando nos acostamos en la selva por la noche, desembarcamos en el bote de cuarto y desembarcamos una pequeña banda fría, débil, demacrada y miserable, compuesta por once personas en total, incluyendo al capitán, Bob Jenner, Tom Dacres, Willy Ormiston, el chico, yo mismo y otros cinco.

"No estábamos exentos de cierto temor hacia los indios rojos, aunque creo que ahora pocos o ninguno se encuentran en la isla. Por tanto, nuestro primer procedimiento fue cargar y tapar cuidadosamente nuestros mosquetes. [*]

[*] Era tradición, cuando el autor estaba allí, que en 1810 se enviara un grupo de exploración, bajo el mando del teniente Buchan, R.N., para cultivar amistad con los indios rojos, y que dejaron con ellos, como rehenes, a dos marines. Al regresar a la Bahía de las Exploits (a unos setenta kilómetros al oeste de Bloody Bay) el verano siguiente, encontró a los salvajes desaparecidos y los restos decapitados de sus dos marines tendidos en la selva.

"El capitán Benson avanzó al frente, con una pieza de caza al hombro, guiando el camino, con la ayuda de su brújula de bolsillo y un fragmento de una carta; Y él también era el custodio de nuestra caja de cerillas Lucifer. Justo cuando llegamos a la cima de los acantilados, por un ascenso resbaladizo y peligroso, oímos un sonido que nos hizo detenernos y mirar hacia el naufragio. El hielo del campo ya se había cerrado sobre el arrecife; pero los últimos vestigios de la goleta habían desaparecido donde los pájaros de Baccalieu giraban más densos y gritaban más fuerte.

"Desde el acantilado que dominaba el mar, cubierto hasta el horizonte por una infinidad de montículos de hielo de campo, diversificados aquí y allá por un gran iceberg, la vista hacia tierra difería poco en aspecto. Toda la extensión lúgubre estaba cubierta de nieve—nieve que hacía que los lagos y bahías helados se fundieran tanto con la tierra, que salvo por los oscuros bosques de abetos raquíticos y matorrales enanos que crecían en el suelo árido, era difícil saber dónde terminaba uno y comenzaba el otro. Las colinas eran bajas, monótonas y desagradablemente parecían icebergs, sin poseer la altitud, las cumbres afiladas y los contornos abruptos de estos últimos.

"En todo ese desierto invernal reinaba el silencio más terrible, y no se escuchaba ni un sonido en el aire azul claro, pues ahora la tormenta de nieve había cesado, el viento se había apagado y el cielo era de un azul más puro, profundo, intenso y sin nubes. Entre él brillaba el sol deslumbrante, provocando un reflejo en la nieve que servía en parte para cegarnos o desconcertarnos; pero ahora, tras compartir nuestro tabaco—todo salvo Urbain—para un aroma amistoso, emprendemos decididamente nuestro viaje, en una dirección inicialmente directamente suroeste desde Bloody Bay, hacia el ángulo superior de las largas y sinuosas costas de Newman's Sound.

"Viajamos tres días laboriosamente, cada uno ayudando a sus compañeros de barco, pues nuestras fuerzas se agotaban rápidamente y dormir en la maleza por la noche era un trabajo peligroso, pues el frío era indescriptiblemente intenso; Pero seleccionamos lugares donde la nieve estaba arqueada y concentrada sobre los bajos abetos, y allí nos acercamos sigilosamente para refugiarnos, corriendo solo el riesgo de quedar completamente tapados por la nieve. Tres días viajamos así, sin camino, por el páramo blanco, donde, en algunos lugares, la nieve estaba congelada como una roca de pedernal, y en otros, nos arrodillábamos a cada paso; y durante esos tres días, salvo la media galleta por hombre que teníamos al dejar el naufragio, no salió comida de nuestros labios ni otro líquido que nieve derretida; y cuando la humedad destruyó nuestra pequeña reserva de cerillas, no teníamos otro medio de calmar la agonía de nuestra sed que succionando un trozo de hielo o un puñado de nieve, y estos seguramente producían labios sangrantes y lenguas hinchadas, pues ardían como fuego.

"En la tercera mañana, como resultó, un marinero, cuyo nombre no recuerdo, no se movió; Dimos la mano y le llamamos, pero no hubo respuesta; El pobre había fallecido mientras dormía, así que lo dejamos allí.

"Nuestros dedos y narices estaban frecuentemente congelados; Pero cuando estaban bien frotadas en la nieve, la animación volvía. Quienes tenían bigotes los encontraban más una molestia que una fuente de calor, ya que generalmente se obstruían con grandes masas de hielo. El temor a la ceguera por la nieve, tras el resplandor del invierno pasado, también nos invadió; porque cada día el sol brillaba y no tenía nubes—un globo resplandeciente sobre sus cabezas; pero un globo que no daba calor.

"No encontramos rastros de Red, ni de indios micmac, ni del ciervo caribú salvaje; El oso negro, el zorro rojo, el musquash de cola ancha, la liebre blanca y otros animales del país tampoco aparecían por ningún lado, o si no, no éramos lo suficientemente tramperos para conocer sus guaridas o senderos.

"Las aves de nieve y todas las demás aves parecían igualmente escasas: de hecho, la severidad del tiempo las había destruido o desplazado a otros lugares, y con nuestros ojos vacíos y enrojecidos escudriñamos en vano los páramos blancos en busca de un disparo a algo.

"Para colmo, el pequeño Scotch Willy prácticamente se derrumbó, incapaz de continuar; y como no se podía dejar que el niño pereciera, lo llevábamos por turnos— todos, salvo el gran y musculoso Urbain Gautier, que nos dijo claramente que vería al niño y a la tripulación en un clima muy cálido antes de que añadiera a sus propios sufrimientos convirtiéndose en una bestia de carga.

"Una bestia que serás jamás, sea una carga o no', dijo el capitán Benson, mientras tomaba el primer encanto de cargar al pobre Willy, que, como un niño como era, lloraba mucho por su madre ahora.

"*¡Tonnerre de Dieu!* gruñó el salvaje, apretando los dientes y armando su mosquete; pero cuando tres de nosotros hicimos lo mismo, esbozó una de sus extrañas sonrisas y reanudó su viaje; pero se mantuvo más distante de nosotros, por lo que no nos arrepentimos.

"En contraste con los horrores helados que nos rodean, la memoria nos atormentaba con ideas e imágenes de hogueras encendidas y hogares festivos; de hogares felices, de cenas calientes y jarras de ponche caliente; de café humeante y nata rica; de vinos calientes; de castañas chisporroteando entre las brasas; de habitaciones alfombradas y cortinas cerradas, brillando en rojo bajo la cálida chamapa de un fuego de carbón marino; de cálidos lechos de plumas y mantas inglesas acogedoras; de todo consuelo lejano que no tuvimos, y que nunca más podríamos ver.

"Al cuarto día no hubo alivio para nuestros sufrimientos; no hubo cambio en el tiempo, salvo una fuerte nevada, contra la que avanzamos tambaleándonos y a ciegas, cuando un grito de desesperación escapó de los labios ampollados del capitán Benson.

"La bragueta y la aguja de la brújula de bolsillo habían cedido, ¡y ya no teníamos guía!

"De hecho, no sabíamos dónde, ni en qué dirección, podríamos haber estado avanzando con este índice defectuoso desde que dejamos la nave. Mucho antes del mediodía del cuarto día, habríamos girado el ángulo interior de Clode Sound; Pero ahora solo veíamos masas de rocas de pizarra por todas partes, que se elevaban de la nieve, con nieve en sus cimas, salvo hacia el oeste, donde la vasta y plana extensión de una capa de agua congelada y cubierta de nieve se extendía a lo lejos.

"Pensábamos que era el mar, pero finalmente resultó ser el gran Lago Inexplorado, que mide más de cincuenta millas de largo por unos veinte millas de ancho.

"En este terrible estado nos encontramos, mientras nuestra escasa fuerza se agotaba tan rápido que apenas podíamos cargar con nuestros mosquetes hasta entonces inútiles; Y ahora se acercaba otra noche.

"Urbain, que estaba cerca de mí, soltó una risa salvaje.

"¿En qué piensas?" pregunté sorprendido.

"¿De qué, eh?"

"Sí."

"*Très bien!* Muy bien; Estaba pensando en cuál es probablemente la mejor parte de un hombre."

"¿Para qué?"

"*Cordieu!* para comer', dijo él, con una mueca diabólica.

"Después de esto, las improntaciones de Urbain, principalmente contra el capitán, se volvieron ruidosas, profundas y horribles; pero por suerte para nosotros, la mayoría se pronunciaban en francés. Poco después, el ánimo del salvaje pareció cambiar; lloró y, para nuestra sorpresa, se ofreció a llevar a Willy, con una condición: que uno de nosotros llevara su mosquete; Y luego, una vez más, guiados ahora por la dirección en la que se había puesto el sol, continuamos nuestra peregrinación hacia el sur.

"La enorme fuerza de Urbain parecía haberse marchado ya; Era incapaz de seguirnos el ritmo y empezó a retrasarse cada vez más, de modo que a menudo teníamos que esperarle, pues éramos demasiado débiles para llamar, y Willy, que le temía mucho, nos suplicaba que no los dejáramos.

"En estas ocasiones, el viejo temperamento diabólico de Urbain se agitó, y rompió en juramentos e incluso amenazas; Así que, al final, le dejamos avanzar a su ritmo lento mientras nos acercábamos a un bosque, arrastrando con nosotros a un marinero llamado Tom Dacres, que ya no podía abstenerse de tragar nieve, lo que le hizo hinchar la boca casi de inmediato, mientras él se quedaba sin palabras y casi paralizado.

"Sin embargo, seguimos y seguimos esforzándonos, arrastrándolo por turnos, nuestras extremidades cansadas hundiéndose profundamente a cada paso. Cuando miro atrás a esos sufrimientos, a menudo pienso que debía de estar parcialmente

loco; pero parece que, como en un sueño, seguí toda la fórmula de la vida como una persona cuerda.

"Al llegar al matorral, resultó ser uno de abetos viejos y medio descomponidos; Luego procedimos a chupar porciones de la corteza con avidez. Después de esto, nos dimos cuenta, por primera vez, de la ausencia de Urbain Gautier y del pequeño Willy.

"¡Habían desaparecido en el crepúsculo!"

Aquí el capitán Binnacle interrumpió su relato expresando el temor de que nos cansaría; pero le suplicamos que continuara, ya que estábamos ansiosos por saber cómo terminaban esas aventuras en la orilla del Lago Inexplorado.

CAPÍTULO XXVII.

Una voz pequeña y tranquila me habló,

"Estás tan lleno de miseria,

¡Y si no fuera mejor no serlo!"

Entonces, a la voz pequeña y quieta le dije,

"No dejes que arroje sombra infinita

Lo que está tan maravillosamente hecho." TENNYSON.

"Cerca de una roca, del lado de la cual la nieve formaba un arco, encontramos algo de musgo, que comimos con avidez, y luego ramitas de saliva, que generalmente crecen en las hendiduras de las rocas de toda la isla y la costa de Labrador, dando como resultado la baya de la que se hace la cerveza de abeto. Con lágrimas de agradecimiento los devoramos y estábamos suponiendo qué había sido de Urbain, cuando sobre las nueve en punto, junto al reloj del capitán, apareció, pero sin Scotch Willy, que, según él, había muerto hacía aproximadamente una hora y había sido enterrado por él entre la nieve.

"¿Dónde?' preguntó el capitán, en voz baja, pues Dacres y otros dos de nuestra banda hambruna estaban en estado de muerte.

"¿Has visto un viejo tronco pelado de un árbol a una milla de distancia?"

"Sí."

"*Très bien*—lo enterré allí', respondió Urbain, cuya voz sonaba fuerte y llena comparada con lo que era hace unas horas. El capitán Benson comentó esto y dijo—

"¿Has cazado y encontrado algo de comer?"

"¡*Tonnerre de ciel!* Belcebú—no. Te dejé mi pistola."

"Cierto; ¿murió el pobre Willy fácilmente?" Pregunté.

"Ojalá todos moramos tan fácilmente", respondió Urbain, con un juramento impaciente, mientras se acercaba a mí para calentarme, haciéndome, no sé por qué, estremecerme.

"Apenas dormí esa noche, aunque nuestra celda de nieve no estaba desprovista de calor; Pero sospechas vagas y terrores sólidos me mantenían despierto. La muerte repentina de Willy me horrorizó; y algo en el porte y el aspecto de Urbain me llenó de conjeturas terribles, que, por la mañana, solo comunicé a Bob Jenner.

"Al amanecer encontramos a Tom Dacres muerto y a otros dos muertos; Dejar lo último habría sido inhumano; los pobres estaban muy serenos, nos dieron la mano a todos, compartieron su tabaco por igual, y mientras todos fumábamos para entrar en calor, el capitán repitió el Padre Nuestro. Después de eso, Jenner y yo cogimos nuestras armas y salimos a explorar. Con consentimiento tácito pero silencioso, fuimos directamente al viejo árbol esqueleto desnudo. La nieve a su alrededor estaba congelada y dura, pura, impecable y sin pisar, como cuando cayó unos días antes; así que Urbain había contado una mentira, y el pequeño Willy no fue enterrado allí. Para alimentarnos un poco, ahora chupábamos los harapos con los que engrasábamos nuestras armas y mirábamos a nuestro alrededor, siguiendo un poco el rastro de la noche anterior.

"De repente nos topamos con las huellas de Urbain, que se desviaban en ángulo pronunciado de nuestras varias huellas, y las seguimos durante unos trescientos metros, hasta donde una gran roca se alzó abruptamente de la nieve, que estaba toda removida y descolorida alrededor de su base—descolorida y por—sangre.

"Bob Jenner y yo nos miramos con expresión vacía, y por fría que fuera nuestra propia sangre, parecía enfriarse aún más. Allí, en esa terrible soledad de vastas y nevadas praderas, bosques enanos, lagos inexplorados y tierras inexploradas, se había representado con demasiada seguridad una terrible tragedia. Había matado al chico—¿pero por qué? Quitando la nieve con las culatas de nuestras armas, apareció la mano de un hombre blanco, un brazo, y luego sacamos el cadáver del pequeño Willy Ormiston. Tenía un aspecto extraño y antinaturalmente demacrado. Un moratón furioso estaba en la sien derecha, y había una herida, una única perforación bajo la oreja derecha. Esto fue todo lo que pudimos descubrir al principio; Pero había mucha sangre sobre la nieve alrededor y sobre la ropa raída del pobre chico. Entonces se nos

escapó un gemido a ambos cuando descubrimos que su manga izquierda estaba rasgada y que un gran trozo del brazo faltaba literalmente y cerca del hueso.

"¡¡Una extraña mutilación!" dije, mientras mis dientes castañeteaban de desánimo y evitaba poner mis pensamientos en palabras. 'Si los lobos——'

"'Los lobos nunca hicieron esto', respondió Jenner con voz ronca; 'pero se ha usado un cuchillo.'

"¿Quieres decir——quieres decir——"

"Mira, compañero de barco, esa herida redonda en el cuello.'

"¿Y bien?"

"Después de aturdirle de un golpe, Urbain Gautier le ha perforado la garganta y le ha chupado la sangre, como un comadreja o un vampiro, o algo así, y en realidad terminó cortándole un corte del brazo!"

"Todos los detalles de este acto de horror parecían demasiado completos, y poco a poco nos vimos obligados a aceptarlo, más aún cuando recordé su extraño comentario de la noche anterior. Nos pusimos enfermos y mareados; El paisaje blanco nadaba a nuestro alrededor, y mientras cubríamos los restos con nieve caíamos repetidamente con exceso de debilidad, y luego regresamos al pequeño matorral — regresamos lentamente para descubrir que nuestra banda se había reducido en tres, pues además de Tom Dacres, otros dos pobres acababan de exhalar su último aliento. Los fieros ojos negros de Urbain nos interrogaron en un silencio severo mientras nos acercábamos.

"¿Has encontrado al chico?" preguntó el capitán Benson, que había estado chamuscando el pelo de un gorro de piel de Dacres y cortándolo en tiras para que lo mordiéramos, cosa que por suerte hicimos.

"Sí, está muerto. No pensemos más en ello por ahora", dije yo.

"Una furia negra se acumuló en el rostro sombrío de Urbain cuando nos acercábamos a él, y gruñó—"Lo enterré al pie del viejo árbol, compañero de barco; Así que, *¡diable!* Di lo que te guste, o lo que es más seguro, piensa lo que quieras.'

"Era demasiado débil para resentir esto, o para enfrentarle, así que me aparté. El capitán repartió algunas de las prendas de los muertos entre nosotros, pero estas Urbain se negaron a compartirlas, o en tiras de piel chamuscada, pues su fuerza parecía haberse renovado por completo durante la noche; y tras cubrir a nuestros pobres compañeros de nieve, volvimos a partir cansados hacia el sureste y, aunque

débiles, echamos muchas miradas hacia atrás hacia el matorral donde yacían nuestros tres compañeros muertos uno al lado del otro. Hacia el mediodía, un grupo de urogallos blancos de invierno estaba cerca de nosotros; Todos disparamos a la vez. No sé si éramos malos tiradores, nuestras manos eran débiles, nuestros ojos calculaban mal la distancia o nuestra puntería flaqueaba, pero todos los pájaros escaparon y, con gemidos de desesperación, recargamos. Luego, para colmo de problemas, se descubrió que solo tres de nosotros, es decir, el capitán, Urbain y yo, teníamos pólvora seca. ¡Y sigue y sigue hacia el sureste, a través del deslumbrante y sin huellas de nieve!

"En un lugar donde un cuero cabelludo gris de roca estaba casi desnudo de nieve acumulada encontramos el esqueleto de un ciervo caribú. Era completamente blanco y cubierto de escarcha cristalina. La miramos con la mirada con lupones, como si hubiéramos succionado los huesos secos que varios inviernos, quizás, habían blanqueado, pues ni un vestigio de piel quedaba en ellos. Aquellos cuya munición les falló, ahora abandonan sus armas y cuernos de pólvora como cargas inútiles. Todos nos redujimos a sombras, y dos tuvieron que sostener sus formas dobladoras en bastones de paseo. Incluso nuestro alegre capitán se estaba volviendo bastante débil, y la desesperanza de la desesperación asentada se apoderaba de todos nosotros.

"Solo Urbain parecía sano y avanzaba con firmeza, cuando otros caían cada vez más en completa debilidad. Hubo momentos en que observé su enorme tamaño, que se avecinaba aún más a mi vista enferma, y pensé que teníamos al demonio malvado viajando con nosotros en forma de hombre.

"¿Y si todos perecieran—todos menos él y yo? Continuamos trabajando hacia otro matorral, donde propusimos buscar raíces o musgo, para preparar una comida y encender un fuego, pues se acercaba la noche; y ahora fue cuando Urbain se sentó sobre un trozo de roca, jurando que no seguiría adelante, sino que se reuniría con nosotros en el matorral. El capitán Benson era demasiado débil, o le importaba poco, para reprenderse, así que pasamos en silencio a nuestro lugar de parada, donde, de forma muy providencial, encontramos algunos arbustos de enebro, que la nieve había conservado, y corteza de abeto blanda, que devoramos con avidez. Refrescados por esto, encendimos un fuego con pólvora y una cápsula de percusión, y le amontonamos las ramas. Un par de pájaros trinaban al pasar; Disparé mecánicamente—casi sin apuntar—y tuve la suerte de derribar un águila paloma de gran tamaño, que fue rápidamente dividida y devorada, medio asada, antes de pensar que solo quedaban plumas para Urbain, de cuya culpa Bob y yo habíamos informado a nuestros compañeros, que todos podrían estar alerta y que nuestra narración

aumentara sus sufrimientos, Por ahora todos temíamos dormir y teníamos que lanzar suertes para un Vigilante.

"Al amanecer regresó, y cuando todos partimos de nuevo, aunque habíamos sido renovados por el calor de nuestro fuego y por la salvaje comida que habíamos preparado, parecía, como siempre, el más fresco de los dos, y ese día observamos, en susurros, que llevaba al cuello un pañuelo con manchas rojas que habíamos dejado atado sobre el rostro de Tom Dacres.

"Debe haber vuelto al matorral donde yacían los tres hombres muertos, pero ¿con qué propósito?

"Alrededor del mediodía de ese día nos encontramos en la cima de una cresta montañosa de roca desnuda; No había nieve, que sin embargo yacía acumulada en profundidad alrededor. Ofrecía una vista amplia desde los límites del gran Lago Inexplorado a nuestra derecha, hasta la cabecera de Smith's Sound a nuestra izquierda.

"No había señales de una habitación humana a la vista, y nuestros ojos barreron en vano el horizonte, donde se encontraba la nieve blanca y el cielo azul, buscando una corona de humo que indicaba dónde estaba la cabaña de un ocupante.

"¡'Maldición!' dijo Urbain, ronco, 'si esto continúa, comeré algo, *bon gré malgré!*—si es que es carne de un hombre. Pareces sorprendido, tío', me dijo, mientras yo me encogía.